

Los Tigres de Mompracem

Por

Emilio Salgari

Freeditorial 

I. Sandokán y Yáñez

La noche del 20 de diciembre de 1849, un violentísimo huracán se desataba sobre Mompracem, isla salvaje de siniestra fama, refugio de terribles piratas, situada en el mar de Malasia, a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo.

Impulsados por un viento irresistible y entremezclándose confusamente, negros nubarrones corrían por el cielo como caballos desbocados, y de cuando en cuando dejaban caer sobre la impenetrable selva de la isla furiosos aguaceros; en el mar, levantadas también por el viento, olas enormes chocaban desordenadamente y se estrellaban con furia, confundiendo sus rugidos con las explosiones breves y secas unas veces, interminables otras, de los rayos.

Ni en las cabañas alineadas al fondo de la bahía de la isla, ni en las fortificaciones que la defendían, ni en los numerosos barcos anclados al amparo de los arrecifes, ni bajo los bosques, ni en la alborotada superficie del mar se divisaba luz alguna; sin embargo, si alguien que viniera de oriente hubiera mirado hacia arriba, habría podido ver brillar en la cima de un altísimo acantilado cortado a pico sobre el mar dos puntos luminosos: dos ventanas vivamente iluminadas.

Pero ¿quién podía velar, en aquella hora y con semejante tempestad, en la isla de los sanguinarios piratas?

En medio de un laberinto de trincheras destrozadas, de terraplenes caídos, de empalizadas arrancadas, de gaviones rotos, al lado de los cuales podían divisarse todavía armas inutilizables y huesos humanos, se levantaba una amplia y sólida cabaña adornada en su cúspide con una gran bandera roja, que ostentaba en el centro la cabeza de un tigre.

Una de las habitaciones de la vivienda está iluminada; las paredes están cubiertas de pesados tejidos rojos y de terciopelos y brocados de gran calidad, pero ya manoseados, rotos y sucios; y el suelo queda oculto bajo una gruesa capa de alfombras persas, relucientes de oro, pero también rotas y manchadas.

En el centro hay una mesa de ébano, con incrustaciones de madreperla y adornada con flecos de plata, repleta de botellas y vasos del más puro cristal; en los ángulos se alzan grandes anaqueles, en parte caídos, llenos de jarrones rebosantes de brazaletes de oro, pendientes, anillos, medallones, preciosos ornamentos sagrados, retorcidos o aplastados, perlas procedentes sin duda de las famosas pesquerías de Ceilán, esmeraldas, rubíes y diamantes, que centellean como otros tantos soles bajo los reflejos de una lámpara dorada suspendida del techo.

En un rincón hay un diván turco con los flecos arrancados en varios lugares; en otro, un armónium de ébano con las teclas destrozadas y espaciados alrededor, en una confusión indescriptible, hay alfombras enrolladas, espléndidos vestidos, cuadros quizá debidos a célebres pinceles, lámparas derribadas, botellas de pie o volcadas, vasos enteros o rotos, y además carabinas indias con arabescos, trabucos españoles, sables, cimitarras, hachetas, puñales y pistolas.

En esa habitación tan extrañamente decorada, un hombre está sentado en un butacón cojo: es alto, esbelto, de fuerte musculatura, con rasgos enérgicos varoniles, fieros, y de una extraña belleza.

Largos cabellos le caen hasta los hombros: una barba negrísima le enmarca un rostro ligeramente bronceado.

Tiene la frente amplia, sombreada por dos espesas cejas de arcos atrevidos; una boca pequeña que muestra unos dientes afilados como los de las fieras y relucientes como perlas; dos ojos negrísimos, que despiden un fulgor que fascina, que abrasa, que hace bajar la vista a cualquiera.

Llevaba sentado unos cuantos minutos, con los ojos fijos en la lámpara y las manos cerradas nerviosamente alrededor de la preciosa cimitarra que le colgaba de una larga faja de seda roja, sujeta alrededor de una casaca de terciopelo azul con flecos de oro.

Un estruendo formidable, que sacudió la gran cabaña hasta sus cimientos, lo arrancó bruscamente de aquella inmovilidad. Se echó hacia atrás los largos y ensortijados cabellos, se aseguró en la cabeza el turbante adornado con un espléndido diamante, grueso como una nuez, y se levantó de repente, echando a su alrededor una mirada en la que se podía leer un no sé qué de tétrico y amenazador.

—Es medianoche —murmuró—. ¡Medianoche, y todavía no ha vuelto!

Vació lentamente un vaso lleno de un líquido color ámbar, después abrió la puerta, se adentró con paso firme entre las trincheras que defendían la cabaña, y se paró al borde del gran acantilado, a cuyos pies rugía furiosamente el mar.

Se detuvo allí unos minutos con los brazos cruzados, inmóvil como la roca que lo sostenía, aspirando por encima del mar revuelto; luego se retiró lentamente, volvió a entrar en la cabaña y se paró delante del armónium.

— ¡Qué contraste! —exclamó—. ¡Fuera el huracán y yo aquí! ¿Quién es más terrible de los dos?

Deslizó los dedos sobre las teclas, obteniendo algunos sonidos muy rápidos, que tenían algo de extraño y salvaje; luego fueron disminuyendo, hasta que se perdieron entre el estruendo de los truenos y los silbidos del

viento.

De pronto, volvió con vivacidad la cabeza hacia la puerta que había dejado entreabierta. Se quedó unos momentos escuchando, inclinado hacia adelante, con los oídos atentos; luego salió rápidamente, llegando hasta el borde del acantilado.

Al rápido resplandor de un relámpago divisó un pequeño barco, con las velas casi arriadas, que entraba en la bahía, confundiéndose en medio de los otros barcos anclados.

Nuestro hombre acercó a sus labios un silbato de oro y emitió tres notas estridentes; un silbido agudo contestó unos momentos después.

— ¡Es él! —Murmuró con viva emoción—. ¡Ya era hora!

Cinco minutos después, un ser humano, envuelto en una amplia capa chorreando agua, se presentaba delante de la cabaña.

— ¡Yáñez! —exclamó el hombre del turbante, echándole los brazos al cuello.

— ¡Sandokán! —respondió el recién llegado, con un acento extranjero muy marcado—. ¡Brrr! ¡Qué noche de infierno, hermano mío!

— ¡Ven!

Atravesaron rápidamente las trincheras y entraron en la habitación iluminada, cerrando la puerta.

Sandokán llenó dos vasos y, ofreciendo uno al extranjero, que se había desembarazado de la capa y de la carabina que llevaba en bandolera, le dijo con un acento casi afectuoso:

—Bebe, mi buen Yáñez.

—A tu salud, Sandokán.

—A la tuya.

Vaciaron los vasos y se sentaron delante de la mesita.

El recién llegado era un hombre de unos treinta y tres o treinta y cuatro años, un poco mayor que su compañero. De mediana estatura, de constitución muy fuerte, tenía la piel blanquísima, las facciones regulares, los ojos grises, astutos, los labios finos y burlones, indicio de una voluntad de hierro. Se veía a primera vista que era europeo y que debía de pertenecer a alguna raza meridional.

—Bueno, Yáñez —preguntó Sandokán con cierta emoción—: ¿Has visto a la joven de los cabellos de oro?

—No, pero sé cuánto querías saber.

— ¿No has ido a Labuán?

—Sí, pero comprenderás que en aquellas costas, vigiladas por los cruceros ingleses, no nos resultará fácil desembarcar a gente como nosotros.

—Háblame de esa joven. ¿Quién es?

—Puedo decirte que es una criatura maravillosamente hermosa, tan hermosa que es capaz de embrujar al más formidable pirata.

— ¡Ah! —exclamó Sandokán.

—Me han dicho que tiene los cabellos rubios como el oro, los ojos más azules que el mar, la piel blanca como el alabastro. Sé que Alambra, uno de nuestros más feroces piratas, la vio una tarde pasearse por los bosques de la isla, y quedó tan impresionado por aquella belleza, que detuvo su nave para contemplarla mejor, con peligro de haber sido destrozado por los cruceros ingleses.

—Pero ¿a quién pertenece?

—Algunos dicen que es hija de un colono; otros, que lo es de un lord, y otros, en fin, que es nada menos que pariente del gobernador de Labuán.

—Extraña criatura —murmuró Sandokán oprimiéndose la frente con las manos.

— ¿Entonces...? —preguntó Yáñez.

El pirata no respondió. Se levantó bruscamente, presa de una viva emoción, y, llegándose hasta el armónium, dejó que sus dedos se deslizaran por las teclas.

Yáñez se limitó a sonreír y, descolgando de un clavo un viejo laúd, se puso a puntear sus cuerdas, diciendo:

— ¡Está bien! Vamos a tocar un poco.

Pero apenas había comenzado a tocar un aire portugués, cuando vio a Sandokán acercarse bruscamente a la mesa, apoyando las manos en ella con tal violencia, que hizo que se doblara.

Ya no era el mismo hombre de antes: su frente estaba borrascosamente fruncida, sus ojos despedían sombríos destellos, sus labios, separados, mostraban los dientes convulsamente apretados, y sus miembros se estremecían. En aquel momento era el formidable jefe de los feroces piratas de Mompracem, el hombre que desde hacía diez años ensangrentaba las costas de Malasia, el hombre que en todas partes había sostenido terribles batallas, el hombre a quien su extraordinaria audacia e indomable coraje le habían valido

el apodo de Tigre de Malasia.

— ¡Yáñez! —Exclamó con un tono de voz que ya no tenía nada de humano—. ¿Qué hacen los ingleses en Labuán?

—Están fortificándose —contestó tranquilamente el europeo.

— ¿Quizá están tramando algo contra mí?

—Eso creo.

— ¡Ah! ¿Lo crees? ¡Que se atrevan a levantar un dedo contra mi Mompracem! ¡Diles que intenten desafiar a los piratas en su escondrijo! El Tigre los destruirá hasta el último y se beberá toda su sangre. Dime, ¿qué dicen de mí?

—Que ya es hora de que se acabe con un pirata tan audaz.

— ¿Me odian mucho?

—Tanto, que consentirían perder todos sus barcos con tal de ahorcarte.

— ¡Ah!

— ¿Lo dudas? Hermano mío, llevas ya muchos años haciendo una mala y otra peor. En todas las costas hay huellas de tus correrías; todos los pueblos y todas las ciudades han sido atacados y saqueados; todos los fuertes holandeses, españoles e ingleses han recibido tus balas, y el fondo del mar está erizado de naves que tú has echado a pique.

—Es verdad, pero ¿quién tiene la culpa? ¿Acaso los hombres de raza blanca no han sido inexorables conmigo? ¿Acaso no me destronaron con el pretexto de que me hacía demasiado poderoso? ¿Acaso no asesinaron a mi madre, a mis hermanos y a mis hermanas, para destruir mi estirpe? ¿Qué mal les había hecho yo a ellos? ¡La raza blanca no había tenido nunca nada contra mí y a pesar de ello quisieron aplastarme! Ahora los odio, sean españoles, holandeses, ingleses o tus compatriotas portugueses; los maldigo y mi venganza será terrible: ¡lo juré sobre los cadáveres de mi familia y mantendré mi juramento! Si he sido despiadado con mis enemigos, espero que alguna voz se levantara para decir que a veces también he sido generoso.

—No una, sino cientos, miles de voces pueden decir que con los débiles has sido hasta demasiado generoso —dijo Yáñez—. Pueden decirlo todas las mujeres que han caído en tu poder y que has llevado a los puertos de los hombres blancos, con peligro de que los cruceros te echaran a pique; pueden decirlo las débiles tribus que has defendido de los saqueos de los poderosos, los pobres marinos privados de sus barcos en la tempestad y que tú has salvado de las olas y cubierto de regalos, y otros cientos y miles que siempre recordarán tu benevolencia, Sandokán. Pero dime, hermano mío, ¿dónde

quieres ir a parar?

El Tigre de Malasia no contestó. Se puso a pasear por la habitación con los brazos cruzados y con la cabeza inclinada sobre el pecho. ¿En qué pensaba aquel hombre formidable? El portugués Yáñez, aunque hacía mucho tiempo que lo conocía, no podía adivinarlo.

—Sandokán —dijo al cabo de algunos minutos—, ¿en qué piensas?

El Tigre se detuvo mirándolo fijamente, pero no respondió.

— ¿Te atormenta algún pensamiento? —Prosiguió Yáñez—. ¡Bah! Diríase que te afliges porque te odian tanto los ingleses.

Pero también entonces permaneció el pirata silencioso.

El portugués se levantó, encendió un cigarrillo y se acercó a una puerta oculta por el cortinaje, diciendo:

—Buenas noches, hermano mío.

Sandokán, al oír aquellas palabras, se sobresaltó y, deteniendo a su amigo con un ademán, dijo:

—Una palabra, Yáñez.

—Habla, entonces.

— ¿Sabes que quiero ir a Labuán?

— ¡Tú...! ¡A Labuán!

— ¿Por qué tanta sorpresa?

—Porque eres demasiado audaz y cometerás alguna locura en el escondrijo de tus más encarnizados enemigos.

Sandokán lo miró con dos ojos que despedían llamas y emitió una especie de sordo rugido.

—Hermano mío —prosiguió el portugués—, no tientes demasiado a la suerte. ¡Estate en guardia! La hambrienta Inglaterra ha puesto sus ojos sobre nuestra Mompracem y quizá no espere tu muerte para lanzarse sobre tus tigres y destruirlos. Estate en guardia, porque he visto un crucero erizado de cañones y repleto de armas rondando por nuestras aguas, y ese es un león que solo está esperando su presa.

— ¡Pero encontrará al Tigre! —exclamó Sandokán apretando los puños y temblando de pies a cabeza.

—Sí, lo encontrará y quizá sucumba en la batalla, pero su grito de muerte llegará hasta las costas de Labuán y otros se moverán contra ti. Morirán

muchos leones, puesto que tú eres fuerte y terrible, ¡pero morirá también el Tigre!

—Yo...

Sandokán había dado un salto hacia adelante con los brazos contraídos por el furor, los ojos centelleantes y las manos apretadas como si empuñaran las armas. Pero fue un relámpago, se sentó a la mesa, apuró de un solo trago una copa que había quedado llena y dijo con voz perfectamente tranquila:

—Tienes razón, Yáñez; a pesar de todo, mañana iré a Labuán. Una fuerza irresistible me empuja hacia esas playas, y una voz me susurra que debo ver a la joven de los cabellos de oro, que debo...

— ¡Sandokán...!

—Silencio, hermano mío, vámonos a dormir.

Sin embargo, el formidable pirata, todavía salió unos minutos al exterior para contemplar soñadoramente el horizonte, mientras daba lentas chupadas a un aromático y delgado cigarro confeccionado con escogidas hojas de Borneo.

II. Fiereza y generosidad

Al día siguiente, unas horas después de aparecer el sol, salía Sandokán de la cabaña, dispuesto a emprender la arriesgada empresa.

Iba vestido de guerra: se había puesto largas botas de piel roja, su color preferido, y una espléndida casaca de terciopelo también roja, adornada con bordados y flecos, y largos pantalones de seda azul. Llevaba en bandolera una preciosa carabina india con arabescos y de largo alcance; a la cintura, una pesada cimitarra con la empuñadura de oro macizo y un kriss, ese puñal de hoja ondulada y envenenada tan apreciado en aquellas poblaciones de Malasia.

Se detuvo un momento a la orilla del gran acantilado, recorriendo con su mirada de águila la superficie del mar, que se había quedado lisa y tersa como un espejo, y miró a oriente.

—Es allá —murmuró, después de algunos instantes de contemplación—. Extraño destino que me empujas allí, ¡dime si me serás fatal! ¡Dime si esa mujer de los ojos azules y de los cabellos de oro, que cada noche turba mis sueños, será mi perdición!...

Movió la cabeza como queriendo ahuyentar un mal pensamiento; luego bajó con paso lento una estrecha escalera abierta en la roca y que conducía a la playa.

Un hombre lo estaba esperando abajo, era Yáñez.

—Todo está dispuesto —dijo—. He mandado preparar las dos mejores embarcaciones de nuestra flota, reforzándolas con dos gruesas espingardas.

— ¿Y los hombres?

—Todas las bandas están formadas en la playa, con sus respectivos capitanes. No tendrás más que escoger a las mejores.

—Gracias, Yáñez.

—No me des las gracias, Sandokán, quizá haya preparado tu ruina.

—No temas, hermano mío; las balas tienen miedo de mí.

—Sé prudente, muy prudente.

—Lo seré y te prometo que en cuanto haya visto a esa joven volveré aquí.

— ¡Condenada mujer! Estrangularía al pirata que la vio por primera vez y te habló de ella.

—Vamos, Yáñez.

Atravesaron una explanada defendida por grandes baluartes, terraplenes y fosos profundos, y armada de gruesas piezas de artillería, y llegaron a la orilla de la bahía, en medio de la cual flotaban doce o quince veleros, de los llamados praos.

Delante de una larga hilera de cabañas y de sólidos edificios, que parecían almacenes, trescientos hombres estaban perfectamente alineados, en espera de una orden cualquiera para arrojar a los barcos, como una legión de demonios, y llevar el terror a todos los mares de Malasia. ¡Qué hombres y qué tipos!

Había malayos, de estatura más bien baja, vigorosos y ágiles como monos, cara cuadrada y huesuda, color oscuro, hombres famosos por su audacia y ferocidad. Los había de Batjan, de color aún más oscuro, conocidos por su afición a la carne humana, aunque dotados de una civilización relativamente avanzada; de dayako, isla próxima a Borneo, de alta estatura, bellos rasgos, célebres por sus estragos, que les valieron el título de «cortadores de cabezas»; de Siam, con su rostro romboidal y ojos con reflejos amarillentos; de Cochinchina, de color amarillo y con la cabeza adornada por una cola desmesurada; había también indios, buquineses, javaneses, tagalos de Filipinas y, en fin, negritos con sus enormes cabezas y rasgos repelentes.

Al aparecer el Tigre de Malasia, un bramido recorrió la larga fila de piratas; todos los ojos parecieron incendiarse y todas las manos empuñaron las armas.

Sandokán echó una mirada complacida a sus tigres, como le gustaba llamarlos, y dijo:

—Patán, acércate.

Un malayo de alta estatura, poderosos miembros y color aceitunado, vestido con una simple falda roja adornada de plumas, avanzó con ese balanceo típico de los hombres de mar.

— ¿Con cuántos hombres cuenta tu banda? —le preguntó.

—Cincuenta, Tigre de Malasia.

— ¿Todos buenos?

—Todos sedientos de sangre.

—Embárcalos en aquellos dos praos y deja la mitad al javanés Giro-Batol.

— ¿Y adónde vamos?

Sandokán le lanzó una mirada que lo hizo estremecerse por su imprudencia, aunque era uno de esos hombres que se ríen de la metralla.

—Obedece sin rechistar, si quieres seguir viviendo —le dijo Sandokán.

El malayo se alejó rápidamente, llevándose tras él su banda, compuesta de hombres valerosos hasta la locura, y que a una señal de Sandokán no habrían dudado en saquear el mismísimo sepulcro de Mahoma, aunque eran todos mahometanos.

—Vamos, Yáñez —dijo Sandokán, cuando vio que todos estaban embarcados.

Estaban a punto de llegar a la playa, cuando fueron alcanzados por un feo negro de enorme cabeza, con manos y pies de una grandeza desproporcionada, un verdadero campeón de aquellos horribles negritos que podían encontrarse en el interior de casi todas las islas de Malasia.

— ¿Qué quieres y de dónde vienes, Kili-Dalú? —le preguntó Yáñez.

—Vengo de la costa meridional —contestó el negrito, respirando afanosamente.

— ¿Y qué nos traes?

—Una buena nueva, jefe blanco; he visto un gran junco que navegaba hacia las islas Romades.

— ¿Iba cargado?

—Sí, Tigre.

—Está bien; dentro de tres horas caerá en mi poder.

— ¿Y después irás a Labuán?

—Directamente, Yáñez.

Se detuvieron ante una soberbia ballenera, montada por cuatro malayos.

—Adiós, hermano —dijo Sandokán, abrazando a Yáñez.

—Adiós, Sandokán. Cuidado con hacer locuras.

—No temas, seré prudente.

—Adiós, y que tu buena estrella te proteja.

Sandokán saltó a la ballenera, y en pocas paladas se acercó a los praos, que estaban desplegando sus inmensas velas. Desde la playa se alzó un inmenso grito:

— ¡Viva el Tigre de Malasia!

—Vámonos —ordenó el pirata dirigiéndose a las dos tripulaciones.

Levaron anclas las dos escuadras de demonios, color verde aceituna o amarillo sucio, y las dos embarcaciones, dando dos bordadas, se lanzaron a alta mar, resoplando sobre las azules olas del mar malayo.

— ¿Ruta? —preguntó Patán a Sandokán, que se había puesto al mando del barco mayor.

— ¡Directos a las islas Romades! —contestó el jefe. Después, dirigiéndose a las tripulaciones, gritó:

— ¡Tigres, abrid bien los ojos; tenemos que saquear un junco!

El viento, que soplaba del sudoeste, era bueno, y el mar, ligeramente picado, no oponía resistencia al curso de los dos barcos, que en poco tiempo alcanzaron una velocidad superior a los doce nudos, velocidad realmente poco común en los barcos de vela, pero no extraordinaria para los barcos malayos, que llevan velas inmensas y son de casco estrechísimo y ligero.

Los dos barcos con los que el tigre iba a empezar la audaz empresa no eran dos verdaderos praos, los cuales ordinariamente son pequeños y sin puente.

Sandokán y Yáñez, que en lo tocante a cosas del mar no tenían rival en toda Malasia, habían modificado todos sus veleros para atacar con ventaja a las naves que perseguían.

Habían conservado las inmensas velas, cuya longitud alcanzaba los cuarenta metros, e igualmente los mástiles, gruesos pero dotados de cierta flexibilidad, y los cabos de fibra de gamut y de rotang, más resistentes que las maromas y más fáciles de encontrar. En cambio, habían dado a los cascos mayores dimensiones, una forma más esbelta a la quilla, y a la proa una

solidez a toda prueba.

Además, en todos los barcos habían construido un puente y abierto agujeros en los costados para los remos; habían eliminado uno de los dos timones que llevaban los praos y suprimido los balancines para que no pudieran dificultar los abordajes.

A pesar de que los dos praos se encontraban aún a una gran distancia de las islas Romades, hacia las cuales se suponía que se dirigía el junco descubierto por Kili-Dalú, apenas se corrió la noticia de la presencia de aquel barco, los piratas pusieron enseguida manos a la obra, para poder estar prestos para el combate.

Los dos cañones y las dos gruesas espingardas fueron cargados con el máximo cuidado; dispusieron en el puente una gran cantidad de balas y granadas para lanzarlas a mano, y luego fusiles, hachas, sables de abordaje, y colocaron en la borda los garfios de abordaje para lanzarlos sobre las jarcias del buque enemigo. Hecho esto, aquellos demonios, cuyas miradas ya se encendían de ardiente deseo, se pusieron en observación, unos sobre las batayolas, otros sobre los flechaste y otros a horcajadas sobre las vergas todos ansiosos de descubrir el junco, que prometía un rico saqueo, pues tales naves procedían ordinariamente de los puertos de China.

También Sandokán parecía participar de la ansiedad y excitación de sus hombres. Caminaba de proa a popa con paso nervioso, escudriñando la inmensa extensión de agua y apretando con una especie de rabia la empuñadura de oro de su espléndida cimitarra.

A las diez de la mañana Mompracem desaparecía en el horizonte, pero el mar seguía desierto.

Ni un escollo a la vista, ni una columna de humo que indicase la presencia de un piróscafo, ni un punto blanco que señalase la proximidad de algún velero.

Una viva impaciencia empezaba a adueñarse de la tripulación de los dos barcos: los hombres subían y bajaban de los aparejos maldiciendo, artillaban las baterías con fusiles y hacían destellar las relucientes hojas de sus kriss envenenados y de las cimitarras.

De pronto, poco después del mediodía, desde lo alto del palo mayor se oyó una voz:

— ¡Eh! ¡Alerta a sotavento!

Sandokán interrumpió su paseo. Lanzó una rápida mirada sobre el puente de su propio barco, otra sobre el mandado por Giro-Batol; y luego ordenó:

— ¡Tigres! ¡A vuestros puestos de combate!

En menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, los piratas que habían subido a los palos bajaron a cubierta, ocupando sus puestos asignados.

—Araña de Mar —dijo Sandokán, volviéndose hacia el hombre que había quedado de vigía en el mástil—. ¿Qué ves?

—Una vela, Tigre.

— ¿Es un junco?

—Es la vela de un junco, sin lugar a dudas.

—Hubiera preferido un barco europeo —murmuró Sandokán, frunciendo el ceño—. Ningún odio me empuja contra los hombres del Celeste Imperio. Pero quién sabe...

Reemprendió el paseo y no volvió a hablar.

Pasó una media hora, durante la cual los dos praos ganaron cinco nudos. Luego, volvió a oírse la voz de Araña de Mar.

— ¡Capitán, es un junco! —gritó—. Tened cuidado, porque nos ha divisado y está cambiando de rumbo.

— ¡Ah! —Exclamó Sandokán—. ¡Eh, Giro-Batol! Maniobra de forma que le impidas la huida.

Los dos barcos se separaron y, describiendo un amplio semicírculo, se dirigieron con todas las velas desplegadas al encuentro del barco mercante.

Era esta una de esas pesadas embarcaciones llamadas juncos, de forma burda y de dudosa solidez, utilizadas en los mares de China.

En cuanto se percató de la maniobra de los dos barcos sospechosos, contra los cuales no podía competir en velocidad, el junco se paró enarbolando un gran estandarte.

Al ver el estandarte, Sandokán dio un salto hacia adelante.

—La bandera del rajá Brooke, el exterminador de los piratas —gritó, con un indescriptible acento de odio—. ¡Tigres! ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!...

Un alarido salvaje, feroz, estalló en las dos tripulaciones, las cuales no ignoraban la fama del inglés James Brooke, que se había convertido en rajá de Sarawak, y era enemigo despiadado de los piratas: un gran número de ellos había caído bajo sus golpes.

Patán, de un salto, alcanzó el cañón mientras los demás apuntaban la espingarda y armaban las carabinas.

— ¿Empiezo?

—Sí, pero no desperdicies la bala.

— ¡Está bien!

De pronto, una detonación retumbó a bordo del junco y una bala de pequeño calibre pasó con un agudo silbido a través de las velas.

Patán se agachó sobre su cañón e hizo fuego; el efecto fue inmediato: el palo mayor del junco, roto por la base, osciló violentamente hacia adelante y hacia atrás y cayó sobre cubierta, con las velas y todos los cordajes. A bordo del desafortunado junco se vio a algunos hombres correr al costado del barco y después desaparecer.

— ¡Mira, Patán! —gritó Araña de Mar.

Un pequeño bote, montado por seis hombres, se alejaba del junco y huía hacia las Romades.

— ¡Ah! —Exclamó Sandokán con ira—. ¡Hay hombres que huyen en lugar de luchar!

— ¡Patán, haz fuego sobre esos cobardes!

El malayo disparó a flor de agua una carga de metralla que destrozó el bote, fulminando a todos los que iban en él.

— ¡Bravo, Patán! —Gritó Sandokán—. Y ahora, déjame ese barco raso como una barcaza, pues veo aún sobre él una numerosa tripulación. ¡Después lo enviaremos a reparar a los arsenales del rajá, si los tiene!

Los dos barcos corsarios reemprendieron la infernal música, lanzando balas, granadas y ráfagas de metralla hacia el pobre barco, destrozando el palo del trinquete y desfondando las amuras y los costados, reduciendo su maniobrabilidad y matando a sus marineros, que se defendían desesperadamente a tiros de fusil.

— ¡Bravos! —Exclamó Sandokán, que admiraba el valor de los pocos hombres que habían quedado en el junco—. ¡Tirad, tirad aún contra nosotros! ¡Sois dignos de combatir contra el Tigre de Malasia!

Los barcos de Mompracem, cubiertos de espesa nube de humo, en medio de la cual relampagueaba la artillería, se iban acercando, poco a poco, al junco y en contados instantes estaban colocados, uno a babor y otro a estribor de la nave atacada.

— ¡Barra a sotavento! —gritó Sandokán.

Su prao abordó al junco por babor y de inmediato los piratas arrojaron los garfios y amarraron así ambos buques.

— ¡Al asalto, tigres! —bramó el terrible pirata.

Se recogió sobre su cuerpo como un tigre que se dispone a dar el salto sobre su presa y en momentos en que iba a precipitarse sobre la borda del junco una mano poderosa lo detuvo; se volvió lanzando un alarido, mas el hombre que había osado detenerlo, se adelantó de un brinco y le cubrió con su cuerpo.

— ¡Tú, Araña de mar! —gritó Sandokán levantando sobre él su cimitarra, pero en ese preciso instante partió del junco un tiro de fusil y el pobre Araña cayó fulminado a sus pies.

— ¡Ah, gracias mi tigre! ¡Me has salvado!

Se encaramó seguidamente sobre un cañón y dando un gran salto cayó sobre la cubierta del junco, precipitándose al fiero combate que ya se había entablado allí.

Casi toda la tripulación enemiga se lanzó hacia Sandokán para cerrarle el paso.

— ¡A mí, tigres! —gritó.

Una quincena de piratas, encaramándose por el cordaje del prao cayeron sobre la cubierta del junco en ayuda de su capitán, en tanto que la nave de Giro-Batol, en ese momento, lanzaba los grampines de abordaje y su gente caía sobre el buque del rajah por la amura de estribor.

— ¡Rendíos! —intimó Sandokán a la tripulación del junco. Al ver la nave invadida por todas partes y comprendiendo que la resistencia era ya inútil, una veintena de hombres arrojaron las armas sobre la cubierta.

— ¿Quién es el capitán? —preguntó Sandokán.

—Yo —contestó un chino, y se adelantó temblando.

—Eres un valiente y tus hombres son dignos de ti —dijo Sandokán—. ¿Adónde vais?

—A Sarawak.

Una profunda arruga se dibujó en la amplia frente del pirata.

— ¡Ah! —Exclamó con voz ronca—. Vas a Sarawak. ¿Y qué hace el rajá Brooke, el exterminador de los piratas?

—No lo sé, porque falto de Sarawak desde hace varios meses.

—No importa, pero le dirás que un día iré a echar el ancla a su bahía y que allí esperaré sus barcos. ¡Y veremos si el exterminador de los piratas será capaz de vencer a los míos!

Después se arrancó del cuello una hilera de diamantes de trescientos o

cuatrocientas mil liras de valor y, ofreciéndosela al capitán del junco, dijo:

—Tómalos, valiente. Siento haberte destrozado el junco, pero con estos diamantes podrás comprarte otros diez.

—Pero ¿quién sois vos? —preguntó el capitán, estupefacto.

Sandokán se le acercó y, poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—Mírame bien, yo soy el Tigre de Malasia.

Y luego, antes de que el capitán y sus marineros pudieran reponerse de su asombro y terror, Sandokán y sus piratas ya habían vuelto a sus barcos.

— ¿Ruta? —preguntó Patán.

El Tigre levantó el brazo indicando hacia el este; luego, con voz metálica, en la que se notaba una gran vibración, gritó:

— ¡Tigres, a Labuán! ¡A Labuán!

III. El crucero

Después de haber abandonado el desarbolado y hendido junco, que sin embargo no corría peligro de irse a pique, al menos por el momento, los dos barcos de presa reemprendieron el curso hacia Labuán, la isla habitada por aquella joven de los cabellos de oro, a la que Sandokán quería ver a toda costa.

El viento se mantenía al noroeste y era bastante fresco; el mar seguía tranquilo, favoreciendo el curso de los dos praos, que corrían a diez u once nudos por hora.

Sandokán, después de haber mandado limpiar el puente, arreglar las jarcias cortadas por las balas enemigas, arrojar al mar el cadáver de Araña y de otro pirata muerto de un balazo, y cargar los fusiles y las espingardas, encendió un espléndido narguile, procedente sin duda de algún bazar indio o persa, y llamó a Patán.

El malayo se apresuró a obedecer.

—Dime, malayo —dijo el Tigre, clavándole en el rostro dos ojos que infundían pavor—. ¿Sabes cómo ha muerto Araña de Mar?

—Sí —respondió Patán, estremeciéndose al ver al pirata tan ceñudo.

—Cuando yo voy al abordaje, ¿sabes cuál es tu sitio?

—Detrás de vos.

—Y tú no estabas allí, y Araña ha muerto en tu lugar.

—Es verdad, capitán.

—Debería fusilarte por esta falta, pero tú eres un valiente y no me gusta sacrificar inútilmente a los valientes. Pero, en el primer abordaje, te dejarás matar a la cabeza de mis hombres.

—Gracias, Tigre.

—Sabau —exclamó después Sandokán.

Otro malayo, cuyo rostro estaba cruzado por una profunda herida, se acercó.

— ¿Has sido tú el primero en saltar al junco detrás de mí? —le preguntó Sandokán.

—Sí, Tigre.

—Está bien. Cuando muera Patán, tú le sucederás en el mando.

Dicho esto, atravesó a pasos lentos el puente y bajó a su camarote, situado a popa. Durante el día, los dos praos continuaron navegando por aquel trecho de mar comprendido entre Mompracem y las Romades al oeste, la costa de Borneo al este y al noroeste, y Labuán y las Tres Islas al norte, sin encontrar ningún barco mercante.

La siniestra fama de que gozaba el Tigre se había esparcido por aquellos mares, y muy pocos barcos se atrevían a aventurarse por aquellos lugares. La mayor parte huían de aquellos parajes, continuamente transitados por los barcos corsarios, y se mantenían al socaire de la costa, dispuestos, al primer peligro, a lanzarse a tierra, al menos para poder salvar la vida.

Apenas cayó la noche, los dos barcos amainaron las grandes velas para protegerse contra inesperadas ráfagas de viento, y se acercaron el uno al otro para no perderse de vista y estar preparados para ayudarse mutuamente.

Hacia la medianoche, en el momento mismo en que pasaban por delante de las Tres Islas, que son los centinelas avanzados de Labuán, Sandokán se presentó en el puente.

Seguía presa de una gran agitación. Se puso a pasear de proa a popa, con los brazos cruzados, encerrado en un feroz silencio. Pero, de cuando en cuando, se paraba para escudriñar la negra superficie del mar, subía a las amuradas para abarcar mejor el horizonte y después se agazapaba y se ponía a la escucha. ¿Qué esperaba oír? ¿Quizá el gruñido de alguna máquina que le indicase la presencia de un crucero, o acaso el ruido de las olas que se iban rompiendo sobre las costas de Labuán?

A las tres de la mañana, cuando las estrellas empezaban a palidecer, Sandokán gritó:

— ¡Labuán!

En efecto, hacia el este, allí donde el mar se confundía con el horizonte, se podía divisar confusamente una estrecha línea oscura.

— ¡Labuán! —repitió el pirata, respirando como si se hubiera quitado de encima un gran peso que le oprimía el corazón.

— ¿Tenemos que seguir adelante? —le preguntó Patán.

—Sí —respondió el Tigre—. Entraremos en el río que ya conoces.

La orden fue transmitida a Giro-Batol, y los dos barcos se dirigieron en silencio hacia la suspirada isla.

Labuán, cuya superficie no rebasa los 116 kilómetros cuadrados, no era en aquellos tiempos el importante puerto que es hoy.

Ocupada en 1847 por sir Rodney Mandy, comandante del Iris, por orden del gobierno inglés, que intentaba aniquilar la piratería, solo contaba entonces con un millar de habitantes, casi todos de raza malaya, y unos doscientos blancos.

Por entonces habían fundado apenas una ciudadela, a la que habían dado el nombre de Victoria, fortificándola con algunos baluartes, para impedir que fuera destruida por los piratas de Mompracem, que ya varias veces habían saqueado sus costas. El resto de la isla estaba cubierto por espesos bosques, todavía poblados de tigres, y solo algunas factorías se habían construido en sus alturas o en sus praderas.

Los dos praos, después de haber costeadado durante algunas millas la isla, entraron silenciosamente en un pequeño río, cuyas orillas estaban cubiertas de una riquísima vegetación, y lo remontaron unos seiscientos o setecientos metros, anclando bajo la oscura sombra de grandes árboles.

Un crucero que hubiera batido las costas no habría logrado descubrirlos, ni habría podido sospechar la presencia de aquellos tigres, emboscados como los tigres de las sunderbunds indias.

A mediodía Sandokán, después de haber enviado dos hombres a la desembocadura del río y otros dos a la selva para no ser sorprendido, se armó de su carabina y desembarcó seguido de Patán.

Había recorrido alrededor de un kilómetro, adentrándose en la espesura de la selva, cuando se detuvo bruscamente al pie de un colosal durion, cuyo delicioso fruto, erizado de durísimas espinas, se agitaba bajo los picotazos de una bandada de tucanes.

— ¿Habéis visto algún hombre? —preguntó Patán.

—No, escucha —contestó Sandokán.

El malayo aguzó el oído y escuchó unos lejanos ladridos.

—Hay alguien de cacería —dijo, levantándose.

—Vamos a ver.

Reemprendió el camino, pasando bajo los pimenteros, cuyas ramas estaban cargadas de racimos rojos, bajo los artocarpus o árboles del pan y bajo las arecas, entre cuyas hojas volaban batallones de lagartos voladores.

Los ladridos del perro se acercaban cada vez más, y en pocos momentos los dos piratas se encontraron en presencia de un feo negro, vestido con unos pantalones rojos y que llevaba atraillado un mastín.

— ¿Adónde vas? —le preguntó Sandokán, cortándole el paso.

—Busco la pista de un tigre —contestó el negro.

— ¿Y quién te ha dado permiso para cazar en mis bosques?

—Estoy al servicio de lord Guldek.

— ¡Está bien! Ahora dime, esclavo maldito, ¿has oído hablar de una joven que se llama la Perla de Labuán?

— ¿Quién no conoce en esta isla a esa bella criatura? Es el buen genio de Labuán, a quien todos quieren y adoran.

— ¿Es hermosa? —preguntó Sandokán emocionado.

—Creo que ninguna mujer se le puede comparar.

Un fuerte sobresalto se apoderó del Tigre de Malasia.

—Dime —volvió a preguntar después de un instante de silencio—, ¿dónde vive?

—A dos kilómetros de aquí, en medio de una pradera.

—Me basta con eso; vete y, si estimas en algo tu vida, no mires para atrás.

Le dio un puñado de monedas de oro y, cuando el negro desapareció, se sentó a los pies de un gran artocarpus, murmurando:

—Esperamos la noche, y después iremos a echar un vistazo por los alrededores.

Patán lo imitó, tumbándose a la sombra de una areca, pero con la carabina a mano. Serían las tres de la tarde, cuando un acontecimiento imprevisto vino a interrumpir su espera.

Del lado de la costa se oyó un cañonazo, que hizo callar bruscamente a todos los pájaros que poblaban los bosques.

Sandokán se puso en pie de un salto, con la carabina entre las manos, completamente transfigurado.

— ¡Un cañonazo! —exclamó—. ¡Vámonos, Patán! ¡Veo sangre!

Y se lanzó a saltos de tigre a través de la selva, seguido por el malayo, que, a pesar de ser ágil como un ciervo, a duras penas podía mantenerse detrás.

IV. Tigres y leopardos

En menos de diez minutos, los dos piratas alcanzaron la orilla del río. Todos los hombres habían subido a bordo de los praos y estaban desplegando todas las velas aunque hacía muy poco viento.

— ¿Qué sucede? —preguntó Sandokán, saltando al puente.

—Capitán, nos están atacando —dijo Giro-Batol—. Un crucero nos cierra la salida en la desembocadura del río.

— ¡Ah! —Dijo el Tigre—. ¿Vienen a atacarme hasta aquí esos ingleses? ¡Pues bien, mis tigres, empuñad las armas, y nos haremos a la mar! ¡Vamos a demostrar a esos hombres cómo luchan los tigres de Mompracem!

— ¡Viva el Tigre! —Gritaron las dos tripulaciones con terrible entusiasmo—. ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!

Un instante después, los dos barcos bajaban por el río y tres minutos más tarde se encontraban en pleno mar.

A seiscientos metros de la orilla, un gran buque, que rebasaba las mil quinientas toneladas, poderosamente armado, navegaba a poco vapor, cerrándoles la salida del oeste.

Sobre su puente se oían redoblar los tambores que llamaban a los hombres a sus puestos de combate y se oían las órdenes de los oficiales.

Sandokán miró fríamente a aquel formidable adversario, y en lugar de asustarse de sus dimensiones, de su numerosa artillería y de su tripulación, tres o cuatro veces más numerosa que la suya, ordenó:

— ¡A los remos, mis tigres!

Los piratas se precipitaron bajo el puente, poniéndose a los remos, mientras los artilleros apuntaban los cañones y espingardas.

—Ahora nos toca a nosotros, barco maldito —dijo Sandokán, cuando vio los praos dispararse como flechas bajo el empuje de los remos.

Súbitamente un chorro de fuego brilló sobre el puente del crucero, y una bala de grueso calibre pasó silbando entre la arboladura del prao.

— ¡Patán! —Gritó Sandokán—. ¡A tu cañón!

El malayo, que era uno de los mejores artilleros de que pudiera jactarse la piratería, encendió la mecha a su pieza. El proyectil se alejó silbando y fue a estrellarse en el puente del comandante, destruyendo al mismo tiempo el asta de la bandera.

El barco de guerra, en lugar de contestar, dio una bordada, ofreciendo el costado de babor, del cual salían las extremidades de una media docena de cañones.

— ¡Patán! No desperdicies ni un solo tiro —dijo Sandokán, mientras un cañonazo retumbaba sobre el prao de Giro-Batol—. Destroza la arboladura de ese maldito, rómpele las ruedas, desmonta sus piezas y, cuando ya no tengas puntería, déjate matar.

En aquel instante, el crucero pareció incendiarse. Un huracán de hierro atravesó los aires y alcanzó de lleno a los praos, arrasándolos como si fueran barcazas.

Espantosos alaridos de rabia y de dolor se alzaron entré los piratas, sofocados por una segunda ráfaga que lanzó por los aires remeros, artillería y artilleros.

Hecho esto, el barco de guerra, envuelto en remolinos de humo negro y blanco, dio una bordada a menos de cuatrocientos metros de los praos y se alejó un kilómetro, dispuesto a reemprender el fuego.

Sandokán, que había quedado ileso, aunque derribado por una verga, se levantó enseguida.

— ¡Miserable! —Tronó, mostrando los puños al enemigo—. ¡Huyes, cobarde, pero te alcanzaré!

Con un silbido, llamó a sus hombres a cubierta.

— ¡Rápido, instalad una barricada delante de los cañones! ¡Y después, adelante!

En un momento, a proa de los dos barcos fueron apilados palos de repuesto, barriles llenos de balas, viejos cañones desmontados y escombros de todo género formando una sólida barricada.

Los veinte hombres más fuertes volvieron a bajar para maniobrar los

remos, mientras los demás se colocaban detrás de las barricadas empuñando las carabinas y llevando entre los dientes sus puñales, que centelleaban entre los labios temblorosos.

— ¡Adelante! —ordenó el Tigre.

El crucero había detenido su marcha hacia atrás y ahora avanzaba a poco vapor, vomitando torrentes de humo negro.

— ¡Fuego a discreción! —aulló el Tigre.

Desde ambos lados se reemprendió la música infernal, respondiendo disparo por disparo, proyectil por proyectil, metralla contra metralla.

Los tres barcos, decididos a sucumbir antes que retroceder, casi no podían verse, envueltos como estaban en inmensas nubes de humo, que una calma obstinada mantenía sobre los puentes, aunque rugían con el mismo furor y los relámpagos sucedían a los relámpagos y las detonaciones a las detonaciones.

El buque tenía la ventaja de su volumen y de su artillería, aunque los dos praos, que el valeroso Tigre conducía al abordaje, no cedían. Rasos como barcazas, horadados en cien lugares, hendidos, irreconocibles, con el agua ya en la bodega, llenos ya de muertos y heridos, continuaban avanzando a pesar de la continua tempestad de balas.

El delirio se había apoderado de aquellos hombres que no deseaban más que poder subir al puente de aquel formidable buque, si no para vencer, por lo menos para morir en campo enemigo.

Patán, fiel a su palabra, se había dejado matar detrás de su cañón, pero enseguida otro hábil artillero había ocupado su lugar. Varios hombres habían caído, y otros, horriblemente heridos, con las piernas o los brazos cortados, se debatían aun desesperadamente entre torrentes de sangre.

Un cañón había sido desmontado en el prao de Giro-Batol, y una espingarda ya casi no funcionaba, pero eso ¿qué más daba?

Sobre el puente de, los dos barcos quedaban otros tigres sedientos de sangre, que cumplían valerosamente con su deber.

El hierro silbaba por encima de aquellos valientes, desprendía brazos y destrozaba pechos, regaba los puentes, quebraba las amuradas, rompía cuanto pillaba, pero nadie hablaba de retroceder, antes bien insultaban al enemigo y hasta lo desafiaban, y, cuando una ráfaga de viento desembarazaba a aquellos pobres barcos de los nubarrones que los cubrían, se veían, tras las semiderruidas barricadas, rostros hoscos y desencajados de furor, ojos inyectados en sangre, que despedían fuego a cada relampagueo de la artillería, y dientes que crujían sobre las hojas de los puñales; y, en medio de aquella horda de auténticos tigres, su capitán, el invencible Sandokán, que, con la

cimitarra en la mano, la mirada ardiente, los largos cabellos desparramados por los hombros, animaba a los combatientes con una voz que resonaba como una trompeta entre el retumbar de los cañones.

La terrible batalla duró veinte minutos; después, el crucero se desplazó unos seiscientos metros, para no ser abordado.

Un alarido de furor resonó a bordo de los dos praos, ante aquella nueva retirada. Ya no había posibilidad de luchar contra aquel enemigo, que, aprovechándose de sus máquinas, evitaba todo abordaje.

Pero Sandokán no quería retroceder.

Derribando de un irresistible empujón a los hombres que le rodeaban, se agachó sobre el cañón que aún estaba cargado, corrigió la puntería y encendió la mecha.

Pocos segundos después, el palo mayor del crucero, alcanzado en su base, se precipitaba al mar, llevándose consigo a todos los tiradores que se encontraban en las cofas y crucetas.

Mientras el buque se detenía para salvar a los hombres que iban a ahogarse y suspendía el fuego, Sandokán aprovechó para embarcar en su propio barco a la tripulación del prao de Giro-Batol.

— ¡Y ahora a la costa volando! —tronó.

El prao de Giro-Batol, que aún se mantenía a flote por un verdadero milagro, fue desalojado enseguida y abandonado a las olas con su cargamento de cadáveres y con sus piezas de artillería ya inservibles.

Velozmente los piratas se pusieron a los remos y, aprovechándose de la inactividad del buque de guerra, se alejaron con rapidez, refugiándose en el río.

¡No pudo ser más a tiempo! El pobre barco, que hacía agua por todas partes, a pesar de los taponos puestos apresuradamente en los agujeros abiertos por las balas del crucero, se hundía lentamente.

Gemía como un moribundo bajo el peso del agua que lo invadía, y escoraba, tendiendo a inclinarse a babor.

Sandokán, que se había puesto al timón, lo dirigió hacia la orilla próxima y lo embarrancó en un banco de arena.

Apenas se dieron cuenta los piratas de que ya no corría peligro de hundirse, irrumpieron sobre cubierta como una manada de tigres hambrientos, con las armas en la mano, los rasgos contraídos por el furor, dispuestos a recomenzar la lucha con igual ferocidad y resolución.

Sandokán los detuvo con un gesto, y luego, mirando el reloj que llevaba en la cintura, dijo:

—Son las seis: dentro de dos horas el sol habrá desaparecido y las tinieblas se apoderarán del mar. Que todos se pongan a trabajar con rapidez, de manera que a medianoche el prao esté listo para volver al mar.

— ¿Atacaremos al crucero? —preguntaron los piratas, agitando frenéticamente las armas.

—No os lo prometo, pero os juro que muy pronto llegará el día en que vengaremos esta derrota. Y junto al relampagueo de los cañones, se verá ondear nuestra bandera en los baluartes de Victoria.

— ¡Viva el Tigre! —gritaron los piratas.

—Silencio —tronó Sandokán—. Que vayan dos hombres a la desembocadura del río a espiar el crucero y otros dos a los bosques para evitar toda posible sorpresa; curad a los heridos, y después, todos a trabajar.

Mientras los piratas se apresuraban a vendar las heridas que habían sufrido sus compañeros, Sandokán se acercó a popa y se quedó algunos minutos en observación, dirigiendo su mirada hacia la bahía, cuyo espejo de agua podía verse a través de un desgarrón, de la selva.

Intentaba sin duda descubrir el crucero, que al parecer no se atrevía a aproximarse demasiado a la costa, quizá por miedo a encallar en los numerosos bancos de arena que se extendían por aquel lugar.

—Sabe con quién se enfrenta —murmuró el formidable pirata—. Espera que nos hagamos nuevamente a la mar para exterminarnos; pero se engaña si cree que voy a mandar a mis hombres al abordaje. El Tigre también sabe ser prudente.

Se sentó sobre el cañón y luego llamó a Sabau.

El pirata, uno de los más valientes, que se había ganado ya el grado de lugarteniente después de haberse jugado veinte veces la piel, acudió.

—Patán y Giro-Batol han muerto —le dijo Sandokán con un suspiro—. Se han dejado matar sobre su prao, a la cabeza de los valientes que intentaban arrojarle contra ese maldito navío. El mando te corresponde ahora a ti, y yo te lo confiero.

—Gracias, Tigre de Malasia.

—Tú serás tan valiente como ellos.

—Cuando mi capitán me mande dejarme matar, estaré dispuesto a obedecerle.

—Ahora, ayúdame.

Uniendo sus fuerzas, empujaron a popa el cañón y las espingardas, y las apuntaron hacia la pequeña bahía para poder barrerla a golpes de metralla, en caso de que los botes del crucero intentaran forzar la desembocadura del río.

—Ahora podemos estar seguros —dijo Sandokán—. ¿Has enviado dos hombres a la desembocadura?

—Sí, Tigre de Malasia. Deben de estar emboscados entre los bambúes.

—Muy bien.

— ¿Esperaremos a la noche para salir al mar?

—Sí, Sabau.

¿Lograremos engañar al crucero?

—La luna aparecerá bastante tarde y quizá ni se divise. Veo acercarse algunas nubes desde el sur.

— ¿Tomaremos la ruta de Mompracem, capitán?

—Directamente.

— ¿Sin vengarnos?

—Somos muy pocos, Sabau, para enfrentarnos con la tripulación del crucero; y además, ¿cómo responder a su artillería? Nuestro barco ya no está en condiciones de sostener un segundo combate.

—Es verdad, capitán.

—Paciencia por ahora; el día de la revancha llegará muy pronto.

Mientras los dos jefes charlaban, sus hombres trabajaban con febril encarnizamiento. Eran todos valientes marinos, y entre ellos no faltaban carpinteros ni maestros del hacha.

En solo cuatro horas construyeron dos nuevos palos, arreglaron las amuradas, taparon todos los agujeros y repusieron las jarcias, ya que tenían a bordo abundancia de cables, fibras, cadenas y gúmenas.

A las diez, el barco podía no solo hacerse de nuevo a la mar, sino incluso emprender otro combate, pues habían levantado también barricadas formadas con troncos de árbol para proteger el cañón y las espingardas.

Durante aquellas cuatro horas, ningún bote del crucero se había atrevido a mostrarse en las aguas de la bahía.

El comandante inglés, sabiendo con quién tenía que luchar, no había considerado oportuno comprometer a sus hombres en una batalla terrestre. Por

otra parte, estaba absolutamente seguro de obligar a los piratas a rendirse o de rechazarlos nuevamente hacia la costa, si hubieran intentado atacarlo o lanzarse a mar abierto.

Alrededor de las once, Sandokán, que había tomado la resolución de intentar la salida al mar, llamó a los hombres que había mandado a vigilar la desembocadura del río.

— ¿Está libre la bahía? —les preguntó.

—Sí —contestó uno de los dos.

— ¿Y el crucero?

—Se encuentra delante de la bahía.

— ¿Muy lejos?

—A media milla.

—Tendremos espacio suficiente para pasar —murmuró muró Sandokán—. Las tinieblas protegerán nuestra retirada.

Después, mirando a Sabau, dijo:

—En marcha.

Enseguida, quince hombres se pusieron al banco de los remos y con un poderoso impulso empujaron el prao hasta el río.

—Que nadie grite, bajo ningún pretexto —dijo Sandokán con voz imperiosa—. Tened bien abiertos los ojos y las armas preparadas. Nos estamos jugando una partida tremenda.

Se sentó junto al timón, con Sabau a su lado, y guio resueltamente el barco hacia la desembocadura del río.

La oscuridad favorecía la huida. No había luna en el cielo y no se veía una estrella, ni siquiera esa vaga claridad que proyectan las nubes cuando el astro de la noche las ilumina desde arriba.

Gruesos nubarrones habían invadido la bóveda celeste, interceptando completamente cualquier luz. Y la sombra proyectada por los gigantescos durion, las palmeras y las desmesuradas hojas de los plátanos era tan densa que Sandokán apenas si podía distinguir las dos orillas del río.

Un silencio profundo, apenas roto por el leve rumor de las aguas, reinaba sobre aquella pequeña corriente de agua. No se oía ni el susurro de las hojas, dado que no se movía un soplo de viento bajo las tupidas bóvedas de aquellos grandes vegetales, y tampoco sobre el puente del barco se percibía el menor ruido. Parecía que todos aquellos hombres, agazapados entre la proa y la popa,

habían dejado de respirar, por temor a perturbar la calma.

El prao estaba ya muy cerca de la desembocadura del río, cuando tras un leve choque se detuvo.

— ¿Encallados? —preguntó Sandokán.

Sabau se inclinó sobre las amuradas y escudriñó atentamente las aguas.

—Sí —dijo luego—. Hay un banco debajo de nosotros.

— ¿Podremos pasar?

—La marea sube rápidamente y creo que dentro de unos minutos podremos continuar el descenso del río. —Esperemos, pues.

La tripulación, aunque ignoraba por qué se había detenido el prao, no se movió. Pero Sandokán había oído el crujido característico de las carabinas al ser montadas, y había visto a los artilleros curvarse en silencio sobre el cañón y las dos espingardas.

Pasaron algunos minutos de angustiosa espera para todos; luego se oyeron hacia proa y bajo la quilla algunos crujidos. El prao, levantado por la marea, que subía rápida, se deslizaba sobre el banco de arena.

Al poco rato, se había librado de aquel fondo firme, balanceándose levemente.

—Desplegad una vela —ordenó Sandokán a los hombres de maniobra.

— ¿Será suficiente, capitán? —preguntó Sabau.

—Por ahora sí.

Un momento después, una vela latina se desplegó sobre el trinquete. La habían pintado de negro, para que pudiera confundirse completamente con las tinieblas de la noche.

El prao descendió con rapidez, siguiendo las tinieblas del río. Superó felizmente el bajío, pasando entre los bancos de arena y los arrecifes, atravesó la pequeña bahía y salió silenciosamente al mar.

— ¿Y el buque? —preguntó Sandokán, poniéndose de pie.

—Allí está, a media milla de nosotros —contestó Sabau.

En la dirección indicada se divisaba confusamente una masa oscura, sobre la cual se levantaban de cuando en cuando pequeños puntos luminosos, indudablemente chispas que salían de la chimenea. Escuchando con atención, se podían oír también las sordas vibraciones de las calderas.

—Aún tiene las calderas encendidas —murmuró Sandokán—. Así pues,

están esperándonos.

— ¿Pasaremos inadvertidos, capitán? —preguntó Sabau.

—Eso espero. ¿Ves alguna chalupa?

—Ninguna, capitán.

—Pasaremos rozando la playa, para confundirnos mejor con la masa de los árboles, y después enfilaremos el mar abierto.

El viento era débil y el mar estaba tranquilo como si fuera de aceite.

Sandokán mandó que se desplegara una vela más, en el palo mayor; después puso rumbo al sur, siguiendo las sinuosidades de la costa.

Como la playa estaba cubierta de grandes árboles, los cuales proyectaban sobre las aguas su tupida sombra, había pocas probabilidades de que el pequeño barco corsario pudiera ser descubierto.

Sandokán, siempre al timón, no perdía de vista al formidable adversario, que de un momento a otro podía despertarse repentinamente y cubrir el mar y la costa de huracanes de hierro y plomo.

Se disponía a engañarlo; pero en el fondo de su alma, aquel hombre soberbio se lamentaba de tener que dejar aquellos parajes sin tomarse la revancha. Habría deseado encontrarse ya en Mompracem, pero también habría deseado otra tremenda batalla. Él, el formidable Tigre de Malasia, el invencible jefe de los piratas de Mompracem, casi se avergonzaba de andar así, a escondidas, como un ladrón nocturno.

Esta sola idea le hacía hervir la sangre y hacía que sus ojos llamearan con una cólera tremenda. ¡Oh! ¡Cómo habría saludado un cañonazo, aunque fuera la señal de una nueva y más desastrosa derrota!

El prao se había alejado ya unos quinientos o seiscientos pasos de la bahía y se preparaba para salir a mar abierto, cuando a popa, sobre la estela, apareció un extraño resplandor. Parecía como si miríadas de pequeñas llamas salieran de las profundidades tenebrosas del mar.

—Nos estamos traicionando —dijo Sabau.

—Mucho mejor —contestó Sandokán con una sonrisa feroz—. No, esta retirada no era digna de mí.

—Es verdad, capitán —contestó el malayo—. Mejor, morir con las armas en la mano que huir como cobardes.

El mar continuaba volviéndose fosforescente. Delante de la proa y detrás de la popa del velero, los puntos luminosos se multiplicaban y la estela se hacía cada vez más luminosa. Parecía que el prao dejaba atrás un surco de

alquitrán ardiendo, o de azufre líquido.

Aquel rastro que brillaba vivamente en la oscuridad que los rodeaba no podía pasar inadvertido a los hombres que estaban de guardia en el crucero. De un momento a otro, el cañón podía tronar de improviso.

También los piratas, tendidos sobre cubierta, se habían percatado de aquella fosforescencia, pero ninguno había hecho ningún gesto, ni había pronunciado una sola palabra que pudiera traicionar cualquier aprensión. Tampoco ellos podían resignarse a huir sin haber disparado un solo tiro de fusil. Una granizada de metralla habría sido saludada con un alarido de alegría.

Habían transcurrido apenas dos o tres minutos, cuando Sandokán, que tenía siempre los ojos fijos en el crucero, vio encenderse las luces de posición.

— ¿Se han dado cuenta de nuestra presencia? —se preguntó.

—Eso creo, capitán —contestó Sabau.

— ¡Mira!

—Sí, veo que salen más chispas de la chimenea. Están alimentando las calderas. En un instante Sandokán se puso de pie empuñando la cimitarra.

— ¡A las armas! —gritaron a bordo del barco de guerra.

Los piratas se habían levantado apresuradamente, mientras los artilleros se precipitaban al cañón y a las dos espingardas. Todos estaban dispuestos a emprender la lucha definitiva.

Tras aquel primer grito, sucedió un breve silencio a bordo del crucero; pero luego la misma voz, que el viento llevaba con claridad hasta el prao, repitió:

— ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Los piratas huyen!

Poco después, se oyó el redoblar de un tambor sobre el puente de la nave inglesa. Estaban llamando a los hombres a sus puestos de combate.

Los piratas, apoyados en las amuradas o amontonados detrás de las barricadas formadas con troncos de árbol, no respiraban, pero sus facciones, volviéndose feroces, traicionaban su estado de ánimo. Sus dedos oprimían las armas, impacientes por apretar los gatillos de sus formidables carabinas.

El tambor seguía redoblando sobre el puente del barco enemigo. Se oía rechinar las cadenas de las anclas al pasar por sus guías, y los golpes secos del cabrestante.

El buque se preparaba para desatracar y poder atacar al pequeño navío corsario.

— ¡A tu cañón, Sabau! —Ordenó el Tigre de Malasia—. ¡Ocho hombres a

las espingardas!

Apenas había dado aquella orden, cuando una llama brilló en la popa del crucero, sobre el castillo, iluminando bruscamente el trinquete y el bauprés. Retumbó una aguda detonación, acompañada seguidamente del ruido metálico del proyectil silbando a través de los estratos del aire.

El proyectil cortó la extremidad del palo mayor y se perdió en el mar, levantando una gran masa de espuma.

Un alarido de furor se oyó a bordo del barco corsario. Ahora había que aceptar la batalla, y era eso lo que deseaban aquellos valientes marinos del mar malayo.

Un humo rojizo salía de la chimenea del buque de guerra. Se oía las ruedas morder velozmente las aguas, el ronco borboteo de las calderas, las órdenes de los oficiales y los pasos precipitados de los hombres.

Todos se apresuraban a situarse en sus puestos de combate.

Las dos luces de posición se movieron. Ahora el buque corría al encuentro del pequeño barco corsario, para cortarle la retirada.

— ¡Preparémonos a morir como valientes! —gritó Sandokán, que ya no se hacía ilusiones sobre el resultado de aquella tremenda batalla.

Un solo alarido le contestó:

— ¡Viva el Tigre de Malasia!

Sandokán, con un vigoroso movimiento de timón, dio una bordada y, mientras sus hombres orientaban rápidamente las velas, lanzó el velero contra el buque, para intentar abordarlo y arrojar a sus hombres sobre el puente enemigo.

Bien pronto comenzó el cañoneo por una y otra parte. Se disparaban balas y metralla.

— ¡Ánimo, mis tigres, al abordaje! —Tronó Sandokán—. ¡La partida no está igualada, pero nosotros somos los tigres de Mompracem!

El crucero avanzaba rápidamente, mostrando su agudo espolón y rompiendo las tinieblas y el silencio con un furioso cañoneo.

El prao, verdadero juguete frente a aquel gigante, al cual le bastaba un solo choque para cortarlo en dos y echarlo a pique, avanzaba también con una audacia increíble, cañoneando lo mejor que podía.

Sin embargo, la partida, como había dicho Sandokán, no estaba igualada, o mejor aún, era muy desigual. Nada podía intentar aquel pequeño barco contra una poderosa nave hecha de hierro y fuertemente armada. El resultado final, a

pesar del valor desesperado de los tigres de Mompracem, no podía ser difícil de adivinar.

No obstante, los piratas no se desanimaban y quemaban las cargas con admirable rapidez, intentando exterminar a los artilleros de cubierta y derribar a los marinos de las jarcias, disparando furiosamente sobre el casco, sobre el castillo de proa y sobre las cofas.

Sin embargo, dos minutos más tarde, su barco, aplastado por los disparos de la artillería enemiga, no era más que un montón de escombros.

Los palos habían caído, las amuras habían sido desfondadas, y ni siquiera las barricadas de troncos de árbol ofrecían protección alguna ante aquella tempestad de proyectiles. El agua entraba ya por los numerosos agujeros, inundando la bodega.

A pesar de ello, nadie hablaba de rendirse. Todos querían morir, pero arriba, sobre el puente enemigo.

Las descargas, entretanto, se hacían cada vez más tremendas. El cañón de Sabau estaba desmontado, y media tripulación yacía sobre cubierta, destrozada o acribillada por la metralla.

Sandokán comprendió que había sonado la última hora para los tigres de Mompracem.

La derrota era completa. No había ninguna posibilidad de hacer frente a aquel gigante, que vomitaba nubes de proyectiles sin interrupción. No quedaba más alternativa que intentar el abordaje, una locura, ya que ni sobre el puente del crucero la victoria podía ser de aquellos valientes.

No quedaban en pie más que doce hombres, pero eran doce tigres, guiados por un jefe cuyo valor era increíble.

— ¡A mí, mis valientes! —les gritó.

Los doce piratas, con los ojos extraviados, espumantes de rabia, con los puños cerrados como tenazas sobre las armas, escudándose en los cadáveres de sus compañeros, se pusieron a su alrededor.

El buque navegaba a toda marcha hacia el prao, para hundirlo con el espolón; pero Sandokán, en cuanto lo vio a pocos metros, con un movimiento de timón evitó el choque, y lanzó su barco contra el costado de babor del enemigo.

El choque fue violentísimo. El barco corsario se hundió hacia estribor, embarcando agua y arrojando muertos y heridos al mar.

— ¡Lanzad los garfios! —tronó Sandokán.

Dos garfios de abordaje se engancharon en los flechaste del crucero.

Entonces los trece piratas, locos de furor, sedientos de venganza, se lanzaron como un solo hombre al abordaje.

Ayudándose con manos y pies, agarrándose a las gúmenas y cuerdas que colgaban de las baterías, treparon por los tambores de las ruedas, alcanzaron las amuras y se precipitaron sobre el puente del crucero, antes de que los ingleses, asombrados de tanta audacia, hubieran pensado rechazarlos.

Con el Tigre de Malasia a la cabeza, se arrojaron contra los artilleros, matándolos al pie de sus propios cañones; destrozaron a los fusileros que habían acudido a cortarles el paso, y luego, blandiendo la cimitarra a diestra y siniestra, se dirigieron a popa.

A los gritos de los oficiales, se habían reunido allí enseguida los hombres de la batería. Eran sesenta o setenta, pero los piratas no se pararon a contarlos, y se lanzaron furiosamente sobre las puntas de las bayonetas, empeñados en una lucha titánica.

Golpeando desesperadamente, tronchando brazos y abriendo cabezas, gritando para causar mayor terror, cayendo y volviendo a levantarse, ora retrocediendo, ora avanzando, durante algunos minutos pudieron resistir a todos aquellos enemigos, pero al fin, acosados por los mosquetes de los hombres de las cofas y por los sables de los que estaban a su espalda, hostigados por las bayonetas, aquellos valientes cayeron.

Sandokán y otros cuatro, cubiertos de heridas, con las armas ensangrentadas hasta la empuñadura, en un esfuerzo prodigioso, se abrieron paso e intentaron ganar la proa para detener a cañonazos aquella avalancha de hombres.

Ya en mitad del puente, Sandokán cayó alcanzado en pleno pecho por una bala de carabina, pero enseguida se levantó gritando:

— ¡Matadlos! ¡Matadlos!

Los ingleses avanzaban a paso de carga con las bayonetas caladas. El choque fue mortal.

Los cuatro piratas se habían puesto delante de su capitán para cubrirlo, y cayeron bajo una descarga de fusil, quedando clavados en el suelo. Pero no sucedió así con el Tigre de Malasia.

Aquel formidable hombre, a pesar de la herida de la que le manaban oleadas de sangre, de un salto inmenso alcanzó la amura de babor, tumbó con la cimitarra tronchada a un gaviero que trataba de detenerlo y se lanzó de cabeza al mar, desapareciendo bajo las negras olas.

V. Fuga y delirio

Un hombre como aquel, dotado de una fuerza tan prodigiosa, de una energía tan extraordinaria y de un valor tan grande, no podía morir.

En efecto, mientras el piróscafo proseguía su curso, transportado por los últimos impulsos de las ruedas, el pirata, de un vigoroso impulso, volvía a subir a la superficie y se retiraba hacia alta mar, para no ser cortado en dos por el espolón del enemigo o alcanzado por algún tiro de fusil.

Conteniendo los gemidos que le arrancaba la herida y reprimiendo la rabia que lo devoraba, se encogió, manteniéndose casi completamente sumergido, en espera del momento oportuno para ganar las costas de la isla.

El barco de guerra daba entonces una bordada a menos de trescientos metros. Avanzó hacia el lugar donde se había hundido el pirata, con la esperanza de despedazarlo bajo las ruedas, y luego volvió a virar.

Se detuvo un momento, como si quisiera escudriñar aquel espacio de mar agitado por él; luego reemprendió la marcha, cortando en todas las direcciones aquella porción de agua, mientras los marinos, descolgándose en la red para delfines o colocándose en las bancadas, proyectaban por doquier la luz de algunos faroles.

Cuando se convencieron de la inutilidad de búsqueda, por fin se alejaron en dirección a Labuán.

El Tigre emitió entonces un grito de furor.

— ¡Vete, buque maldito! —exclamó—. ¡Vete, pero llegará el día en que te demostraré cuán terrible es mi venganza!

Se puso la faja sobre la sangrante herida, para detener la hemorragia, que podía matarlo, y luego, haciendo acopio de fuerzas, se puso a nadar, buscando las playas de la isla.

Veinte veces todavía se detuvo aquel hombre formidable para mirar el barco de guerra que apenas si podía distinguir, y para lanzarle una terrible amenaza. A veces el pirata, quizá mortalmente herido, quizá demasiado lejos aún de las costas de la isla, incluso se ponía a perseguir al barco que le había hecho morder el polvo, y lo desafiaba con alaridos que ya ni humanos parecían.

Finalmente venció la razón, y Sandokán reemprendió el fatigoso ejercicio, escudriñando las tinieblas que le ocultaban la costa de Labuán.

Nadó así durante mucho tiempo, parándose de cuando en cuando para recuperar fuerzas y desembarazarse de los vestidos que le impedían los movimientos; luego empezó a notar que sus fuerzas disminuían rápidamente.

Se le entumecían los miembros, la respiración se le iba haciendo cada vez más difícil y, para colmo de desgracias, la herida seguía sangrando, produciéndole dolores agudos al contacto con el agua salada.

Se encogió sobre sí mismo y se dejó transportar por la marea, agitando débilmente los brazos. De esta forma intentaba descansar para recobrar el aliento.

Al poco rato emitió un golpe. Algo le había tocado. ¿Había sido quizá un tiburón? Ante tal idea, a pesar de tener el coraje de un león, sintió que se le ponía la carne de gallina.

Alargó instintivamente la mano y agarró un objeto escabroso que parecía flotar en la superficie del agua. Tiró de él hacia sí y vio que se trataba de un pecio. Era un trozo de la cubierta del prao, al cual estaban aún enganchados unos cabos y una verga.

— ¡Qué oportuno! —Murmuró Sandokán—. Mis fuerzas se acababan.

Subió fatigosamente sobre aquel pecio, poniendo al descubierto la herida, de cuyos bordes, hinchados y rojos por la acción del agua marina, aún manaba un hilo de sangre.

Durante otra hora, aquel hombre que no quería morir, que no quería darse por vencido, luchó con las olas, que poco a poco sumergían el pecio; pero seguía perdiendo fuerzas, y se quedó postrado sobre sí mismo, aunque seguía con las manos cerradas alrededor de la verga.

Empezaba a clarear cuando un choque violentísimo lo arrancó de aquella postración, que casi podía llamarse desvanecimiento.

Se incorporó fatigosamente apoyándose en los brazos y miró delante de él. Las olas se rompían con estruendo alrededor del pecio, enroscándose y espumando. Parecía que estaban dando vueltas sobre bajíos.

Como a través de una niebla ensangrentada, el herido divisó a corta distancia una costa.

—Labuán —murmuró—. ¿Arribaré aquí, en la tierra de mis enemigos?

Experimentó un momento de duda, pero luego, reuniendo fuerzas, abandonó aquellas tablas que lo habían salvado de una muerte casi segura, y sintiendo bajo sus pies un banco de arena, avanzó hacia la costa.

Las olas lo golpeaban por todas partes, bramando a su alrededor como perros dogos furiosos, intentando abatirlo y empujándolo o rechazándolo.

Parecía que querían impedirle alcanzar aquella tierra maldita.

Avanzó tambaleándose a través de los bancos de arena y, después de haber luchado contra las últimas olas de la resaca, alcanzó la orilla, coronada por grandes árboles, dejándose caer pesadamente en el suelo.

A pesar de sentirse agotado por la larga lucha sostenida y por la gran pérdida de sangre, destapó la herida y la observó detenidamente.

Había recibido un balazo, quizá de pistola, bajo la quinta costilla del lado derecho, y aquel pedazo de plomo, después de habersele deslizado entre los huesos, se había perdido en el interior, pero, al parecer, sin tocar ningún órgano vital. Quizá aquella herida no era grave, pero podía serlo si no se curaba pronto, y Sandokán, que entendía un poco de eso, lo sabía.

Oyendo a breve distancia el murmullo de un arroyo, se arrastró hacia allí, abrió los labios de la herida, que se había inflamado por el prolongado contacto con el agua marina, y los lavó cuidadosamente, comprimiéndolos después hasta hacer salir aún algunas gotas de sangre.

Volvió a juntarlos bien, los vendó con un trozo de su camisa, única indumentaria que aún llevaba puesta, además de la faja que sostenía el kriss.

—Me curaré —murmuró cuando terminó la operación, y pronunció aquellas palabras con determinación, como si él fuera árbitro absoluto de su propia existencia.

Aquel hombre de hierro, a pesar de verse abandonado en aquella isla, donde no podía encontrar más que enemigos, sin refugio, sin recursos, sangrando, sin una mano amiga que lo socorriese, todavía estaba seguro de salir victorioso de tan desesperada situación.

Bebió algunos sorbos de agua para calmar la fiebre que comenzaba a apoderarse de él, y luego se arrastró bajo una areca, cuyas hojas gigantescas, de quince pies de largo por cinco o seis de ancho como mínimo, proyectaban a su alrededor una fresca sombra.

Apenas acababa de llegar, cuando de nuevo sintió que le faltaban las fuerzas. Cerró los ojos, rodeados de un cerco sanguinolento, y, después de haber procurado en vano mantenerse erguido, cayó entre las hierbas, quedando inmóvil. No volvió en sí hasta pasadas muchas horas, cuando ya el sol, después de haber tocado su cenit, bajaba por occidente.

Una ardiente sed lo devoraba, y la herida, otra vez calenturienta, le producía agudos dolores insoportables.

Intentó incorporarse para arrastrarse hasta el riachuelo, pero enseguida volvió a caer. Entonces aquel hombre, que quería ser tan fuerte como la fiera cuyo nombre llevaba, con un esfuerzo sobrehumano se puso de rodillas,

gritando casi en tono de desafío:

— ¡Yo soy el Tigre!... ¡A mí, mis fuerzas!...

Agarrándose al tronco del árbol, se puso de pie y, manteniéndose erguido por un prodigio de equilibrio y energía, se encaminó hasta la pequeña corriente de agua, en cuya orilla volvió a caer.

Apagó la sed, bañó nuevamente la herida, luego tomó su cabeza entre las manos y miró fijamente el mar, que venía a romperse a pocos pasos, borbollando sordamente.

— ¡Ah! —Exclamó, rechinando los dientes—. ¿Quién hubiera dicho que un día los leopardos de Labuán vencerían a los tigres de Mompracem? ¿Quién hubiera dicho que yo, el invencible Tigre de Malasia, acabaría aquí, derrotado y herido? ¿Y cuándo llegará la venganza...? ¡La venganza...! ¡Todos mis praos, mis islas, mis hombres y mis tesoros, con tal de destruir a los odiados hombres blancos que me disputan este mar! ¿Qué importa que hoy me hayan hecho morder el polvo, cuando dentro de un mes o dos volveré aquí con mis barcos y lanzaré sobre estas playas mis formidables bandas sedientas de sangre? ¿Qué importa que hoy el leopardo inglés esté orgulloso de su victoria? ¡Será él entonces el que caerá moribundo bajo mis pies! ¡También entonces todos los ingleses de Labuán, porque mostraré a la luz de los incendios mi sangrienta bandera!

Hablando de este modo, el pirata se había levantado de nuevo con los ojos llameantes, agitando amenazadoramente la mano derecha, como si blandiera todavía la terrible cimitarra, bramando tremebundo de cólera.

Aún herido, seguía siendo el indomable Tigre de Malasia.

—Paciencia, por ahora, Sandokán —prosiguió, volviendo a caer entre las hierbas y los retoños—. Me curaré, tendré que vivir un mes, dos, tres en esta selva, y alimentarme de ostras y frutas; pero, cuando haya recuperado las fuerzas, volveré a Mompracem, aunque tenga que construirme una barca o asaltar una canoa y conquistarla a golpes de kriss.

Se quedó varias horas tendido bajo las largas hojas de la areca, mirando sobriamente las olas que venían a morir casi a sus pies entre miles de murmullos. Parecía estar buscando bajo aquellas aguas los cascotes destrozados de sus dos barcos hundidos en aquellos parajes, o los cadáveres de sus desgraciados compañeros.

Entretanto, una fiebre fortísima lo atacaba, mientras sentía oleadas de sangre que se le agolpaban en el cerebro. La herida le producía espasmos continuos; pero ningún lamento salía de los labios de aquel hombre formidable.

A las ocho, el sol se precipitó en el horizonte, y después de un brevísimo crepúsculo las tinieblas se cernieron sobre el mar e invadieron la selva.

Aquella oscuridad produjo una inexplicable impresión en el alma de Sandokán. ¡Tuvo miedo de la noche, él, el fiero pirata que nunca había tenido miedo a la muerte y que había afrontado con valor desesperado los peligros de la guerra y los furores de las olas!

— ¡Las tinieblas! —exclamó, arañando la tierra con las uñas—. ¡No quiero que caiga la noche!... ¡No quiero morir!...

Se comprimió con ambas manos la herida y luego se levantó de un salto. Miró al mar, que ya se había vuelto negro como si fuera de tinta; miró bajo los árboles, examinando sus tupidas sombras; luego, quizá asaltado de improviso por el delirio, se puso a correr como un loco, adentrándose en la selva.

¿Adónde iba? ¿Por qué huía? Ciertamente un miedo extraño se había apoderado de él. En su delirio, le parecía oír en la lejanía ladridos de perros, gritos de hombres, rugidos de fieras. Quizá creía que ya lo habían descubierto y que venían persiguiéndolo.

Pronto aquella carrera se hizo vertiginosa. Completamente fuera de sí, se precipitaba hacia adelante enloquecido, arrojándose en medio de la fronda, saltando sobre troncos derribados, atravesando torrentes y estanques, aullando, maldiciendo y agitando locamente el kriss, cuya empuñadura, cuajada de diamantes, despedía fugaces destellos.

Continuó así durante diez o quince minutos, adentrándose cada vez más entre los árboles, despertando con sus gritos los ecos de la selva tenebrosa, y luego se detuvo jadeante y fatigado.

Tenía los labios cubiertos de una espuma sanguinolenta y los ojos extraviados. Agitó los brazos y después cayó al suelo como un árbol cortado por el rayo.

Deliraba; le parecía que la cabeza estaba a punto de estallarle y que diez martillos le golpeaban las sienas. El corazón le saltaba en el pecho como si quisiera salirsele, y de la herida le parecía que brotaban torrentes de fuego.

Creía ver enemigos por todas partes. Bajo los árboles, bajo las matas, en medio de las piedras y raíces que serpenteaban por el suelo, sus ojos divisaban hombres escondidos, mientras le parecía ver volar por el aire legiones de fantasmas y esqueletos, danzando en torno a las grandes hojas de los árboles.

Seres humanos surgían del suelo, gimiendo, aullando, unos con la cabeza sangrando, otros con los miembros tronchados o los costados descuartizados. Todos reían a carcajadas, como si se burlaran de la impotencia del terrible Tigre de Malasia.

Sandokán, presa de un espantoso acceso de delirio, se revolcaba por el suelo, se levantaba, caía, tendía los puños y amenazaba a todos.

— ¡Fuera de aquí, perros! —gritaba—. ¿Qué queréis de mí?... ¡Yo soy el Tigre de Malasia y no os temo!... ¡Venid a atacarme si os atrevéis!... ¡Ah! ¿Os reís?... ¿Me creéis impotente porque los leopardos han herido y vencido al Tigre?... ¡No, no tengo miedo!... ¿Por qué me miráis con esos ojos de fuego?... ¿Por qué venís a bailar a mi alrededor?... ¿Tú también, Patán, vienes a burlarte de mí?... ¿También tú, Araña de Mar?... ¡Malditos, os haré volver al infierno de donde habéis salido!... ¿Y tú, Kimperlain, qué quieres?... Así que no ha bastado mi cimitarra para matarte... ¡Fuera todos, volved al fondo del mar..., al reino de las tinieblas..., a los abismos de la tierra, u os mataré otra vez a todos! ¿Y tú, Giro-Batol, qué quieres? ¿La venganza? Sí, tú serás vengado, porque el Tigre se curará... ¡Volverá a Mompracem..., armará sus praos... y volverá aquí para exterminar a los leopardos ingleses, a todos... todos hasta el último!...

El pirata se detuvo, agarrándose los cabellos con las manos, los ojos en blanco, las facciones espantosamente alteradas, y entonces, levantándose con ímpetu, reemprendió su loca carrera gritando:

— ¡Sangre!... ¡Dadme sangre que apague mi sed!... Yo soy el Tigre de Malasia... Corrió durante mucho tiempo, siempre gritando y amenazando. Salió de la selva y se precipitó a través de una pradera, en cuyo extremo le pareció ver confusamente una empalizada; después volvió a pararse y cayó de rodillas. Estaba deshecho, jadeante.

Se quedó algunos minutos encogido sobre sí mismo, volvió a intentar levantarse, pero al poco rato las fuerzas le abandonaron, un velo de sangre le cubrió los ojos y cayó al suelo, exhalando un último grito que se perdió en las tinieblas.

VI. La Perla de Labuán

Cuando volvió en sí ya no se encontraba, para su gran sorpresa, en la pequeña pradera que había atravesado durante la noche, sino en una espaciosa habitación tapizada con papel floreado de Fung, y estaba acostado en un cómodo y suave lecho.

Al principio creyó que estaba soñando y se restregó los ojos varias veces como para despertarse, pero bien pronto se convenció de que todo aquello era realidad.

Se incorporó para sentarse, preguntándose repetidas veces:

—Pero ¿dónde estoy? ¿Estoy aún vivo o estoy muerto?

Miró a su alrededor, pero no vio ninguna persona a quien dirigirse.

Entonces se puso a observar minuciosamente la habitación: era amplia, elegante, iluminada por dos grandes ventanas, a través de cuyos cristales se veían árboles altísimos.

En un ángulo vio un piano, sobre el cual había esparcidas unas partituras de música; en otro, un caballete con un cuadro que representaba una marina; en el centro, una mesa de caoba recubierta con un tapete bordado, sin duda por las manos de una mujer, y al lado de la cama un rico escabel incrustado de ébano y marfil, sobre el cual Sandokán vio, con verdadera complacencia, su fiel kriss, y al lado un libro entreabierto con una flor marchita entre sus páginas.

Aguzó los oídos, pero no oyó ninguna voz; sin embargo, de lejos le llegaban unas notas delicadas que parecían los acordes de un laúd o de una guitarra.

— ¿Dónde estoy? —Se preguntó por segunda vez—. ¿En casa de amigos o de enemigos? ¿Y quién ha vendado y curado mis heridas?

Poco después, sus ojos se detuvieron de nuevo sobre el libro que se encontraba sobre el escabel y, empujado por una irresistible curiosidad, alargó una mano y lo tomó. En la cubierta vio un nombre estampado en letras de oro.

— ¡«Marianna»! —leyó—. ¿Qué quiere decir? ¿Es un nombre o una palabra que no entiendo?

Volvió a leer y, cosa extraña, se sintió agitado por una sensación desconocida. Algo dulce golpeó el corazón de aquel hombre, aquel corazón de acero, que permanecía cerrado ante las más tremendas emociones.

Abrió el libro: las páginas estaban impresas con un tipo de letra ligero, elegante y claro, pero no consiguió entender aquellas palabras aunque algunas se parecían a la lengua del portugués Yáñez. Sin querer, empujado por una fuerza misteriosa, tomó delicadamente aquella flor que poco antes había visto y la miró largamente. La olió varias veces, procurando no romperla con aquellos dedos que solo habían estrechado la empuñadura de la cimitarra, sintiendo por segunda vez una extraña sensación, un misterioso temblor, un no sé qué en el corazón; después, ¡aquel hombre sanguinario, aquel hombre de guerra se sintió tentado por un vivo deseo de llevársela a los labios!...

La volvió a poner casi con disgusto entre las páginas, cerró el libro y volvió a colocarlo en el escabel. En aquel mismo instante, se movió el picaporte de la puerta, y entró un hombre caminando lentamente y con la rigidez típica de los hombres de raza anglosajona.

Era un europeo, a juzgar por el color de la piel, un hombre robusto y más bien alto. Aparentaba unos cincuenta años; tenía la cara enmarcada por una barba rojiza que empezaba a blanquear, y dos ojos azules, profundos; en su porte se adivinaba que era un hombre acostumbrado a mandar.

—Me alegro de veros tranquilo: desde hace tres días el delirio no os ha dejado un solo momento de descanso.

— ¡Tres días! —Exclamó Sandokán con estupor—. ¿Llevo ya tres días aquí?... ¿Entonces no estoy soñando?

—No, no soñáis. Estáis entre buenas personas, que os curarán con afecto y harán lo posible para que os restablezcáis.

—Pero ¿quién sois vos?

—Lord James Guillonk, capitán de navío de Su Majestad, la reina Victoria.

Sandokán se sobresaltó y su frente se ensombreció; sin embargo se repuso enseguida y, haciendo un supremo esfuerzo para no traicionar el odio que sentía contra todo lo inglés, dijo:

—Os doy las gracias, milord, por todo lo que habéis hecho por mí, por un desconocido, que podría ser vuestro mortal enemigo.

—Era mi deber acoger en mi casa a un pobre hombre, herido quizá de muerte —contestó el lord—. ¿Cómo estáis ahora?

—Me encuentro bastante fuerte y no siento dolores.

—Me alegro mucho. Ahora decidme, si no os importa, ¿quién os ha dejado de esta forma? Además de la bala que os extraje del pecho, vuestro cuerpo estaba lleno de heridas producidas por arma blanca.

Sandokán, a pesar de esperar aquella pregunta, no pudo evitar sobresaltarse fuertemente. No obstante, no se traicionó ni perdió la calma.

—No sé qué deciros, porque yo mismo lo ignoro —respondió—. He visto cómo algunos hombres asaltaban de noche mis barcos, subían al abordaje y mataban a mis marinos. ¿Quiénes eran? No lo sé, puesto que al primer choque caí al mar cubierto de heridas.

—Sin duda habéis sufrido el asalto de los piratas del Tigre de Malasia —dijo lord James.

— ¡De los piratas!... —exclamó Sandokán.

—Sí, de los de Mompracem, que hace tres días se encontraban en los alrededores de la isla, pero que fueron después destruidos por uno de nuestros cruceros. Decidme, ¿dónde os asaltaron?

—Cerca de las Romades.

— ¿Y habéis llegado a nuestras costas a nado?

—Sí, agarrado a unas tablas. Pero ¿dónde me habéis encontrado?

—Tumbado entre las hierbas y presa de un tremendo delirio. ¿Adónde os dirigíais cuando fuisteis atacados?

—Llevaba unos regalos al sultán de Varauni, de parte de mi hermano.

— ¿Quién es vuestro hermano?

—El sultán de Shaja.

— ¡Entonces vos sois un príncipe malayo! —exclamó el lord tendiéndole la mano, que Sandokán, tras una breve duda, apretó casi con asco.

—Sí, milord.

—Me siento honrado de haberos ofrecido mi hospitalidad, y haré todo lo posible para que no os aburráis cuando os hayáis restablecido. Y, si no os molesta, iremos juntos a visitar al sultán de Varauni.

—Sí, y...

Se interrumpió, adelantando la cabeza como si intentara escuchar algún rumor lejano.

Desde fuera llegaban los acordes de un laúd, quizá los mismos sonidos que había oído poco antes.

— ¡Milord! —exclamó, presa de una gran agitación, cuya causa en vano intentaba explicar—. ¿Quién toca?

— ¿Por qué, mi querido príncipe? —preguntó el inglés, sonriendo.

—No lo sé, pero tengo un verdadero deseo de ver a la persona que toca así... Se diría que esa música me llega al corazón... y me hace experimentar una sensación nueva e inexplicable.

—Esperad un instante.

Le hizo una seña para que se acostara y salió. Sandokán permaneció unos instantes tendido, aunque enseguida volvió a levantarse como impulsado por un muelle.

La inexplicable emoción que había experimentado poco antes volvía a prenderlo con mayor violencia. El corazón le latía de tal forma que parecía querer salirse del pecho; la sangre le corría furiosamente por las venas y extraños temblores recorrían sus miembros.

— ¿Qué me pasa? —se preguntó—. ¿Es que vuelve a asaltarme el delirio?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando regresó el lord, pero no solo. Detrás de él avanzaba una espléndida criatura, a cuya vista Sandokán no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y de admiración.

Era una joven de dieciséis o diecisiete años, pequeña, pero esbelta y elegante, de formas soberbiamente modeladas, con la cintura tan estrecha que una sola mano hubiera bastado para rodearla, y la piel sonrosada y fresca como una flor recién abierta.

Tenía una cabecita admirable, con ojos azules como el agua del mar, y una frente de incomparable precisión, bajo la que resaltaban dos cejas encantadoramente arqueadas y que casi se tocaban.

Una cabellera rubia le caía en pintoresco desorden, como una lluvia de oro, sobre el blanco corpiño que le cubría el seno.

El pirata, al ver a aquella mujer que parecía una verdadera niña a pesar de su edad, se sintió estremecer hasta el fondo de su alma. Aquel hombre tan fiero, tan sanguinario, que llevaba el terrible nombre de Tigre de Malasia, se sentía por primera vez en su vida fascinado por aquella gentil criatura, por aquella encantadora flor nacida en los bosques de Labuán.

Su corazón, que poco antes latía precipitadamente, ahora ardía, y le parecía que por sus venas corrían lenguas de fuego.

—Bueno, mi querido príncipe, ¿qué os parece esta graciosa jovencita? —le preguntó el lord.

Sandokán no respondió. Inmóvil como una estatua de bronce, miraba fijamente a la jovencita con ojos que despedían relámpagos de ardiente ansiedad y parecía que ya no respiraba.

— ¿Os sentís mal? —preguntó el lord, que lo observaba.

— ¡No!... ¡No! —exclamó vivamente el pirata, agitándose.

—Entonces, permitidme que os presente a mi sobrina lady Marianna Guillonk.

— ¡Marianna Guillonk!... ¡Marianna Guillonk!... —repitió Sandokán con sordo acento.

— ¿Qué encontráis de extraño en mi nombre? —preguntó la jovencita, sonriendo—. Diríase que os ha producido mucha sorpresa.

Sandokán, al oír aquella voz, se sobresaltó fuertemente. Nunca un sonido tan dulce había acariciado sus oídos, acostumbrados como estaban a escuchar la infernal música del cañón y los gritos de muerte de los combatientes.

—Nada encuentro de extraño —dijo con voz alterada—. Es que vuestro

nombre no me resulta desconocido.

— ¡OH! —Exclamó el lord—. ¿Y de quién lo habéis oído?

—Lo había leído antes en el libro que podéis ver ahí, y me había imaginado que quien lo llevara tenía que ser una espléndida criatura.

—Estáis bromeando —dijo la joven lady, sonrojándose. Después, cambiando de tono, preguntó—: ¿Es verdad que los piratas os han herido gravemente?

—Sí, es verdad —respondió Sandokán con voz sorda—. Me han vencido y herido, pero un día me curaré, y entonces, ¡ay de los que me han hecho morder el polvo!

— ¿Y os duele mucho?

—No, milady; y ahora menos que antes.

—Espero que os curéis rápidamente.

—Nuestro príncipe es fuerte —dijo el lord—, y no me asombraría verlo de pie dentro de diez días.

—Eso espero —contestó Sandokán.

De pronto, apartando los ojos de la cara de la joven, que de cuando en cuando se sonrojaba, se levantó impetuosamente, exclamando:

— ¡Milady!...

—Dios mío, ¿qué tenéis? —preguntó la lady aproximándose, su cabellera parecía un río de oro. Los ojos profundamente expresivos despedían relámpagos bajo los nobilísimos arcos de las pestañas.

—Decidme, vos tenéis otro nombre infinitamente más bello que el de Marianna Guillonk, ¿verdad?

— ¿Cuál? —preguntaron a un tiempo el lord y la joven.

— ¡Sí, sí! —Exclamó con más fuerza Sandokán—. ¡Sólo vos podéis ser la criatura que todos los indígenas llaman la Perla de Labuán!...

El lord hizo un ademán de sorpresa y una profunda arruga surcó su frente.

—Amigo mío —dijo con voz grave—. ¿Cómo puede ser que vos sepáis esto, si me habéis dicho que veníais de la lejana península malaya?

—No es posible que este sobrenombre haya llegado hasta vuestro país —añadió lady Marianna.

—No lo oí en Shaja —respondió Sandokán, que casi se había traicionado—, sino en las islas Romades, en cuyas playas desembarqué hace unos días.

Allí me hablaron de una joven de incomparable belleza, de ojos azules y cabellos perfumados como los jazmines de Borneo; de una criatura que cabalgaba como una amazona y que cazaba valerosamente las fieras; de una vaporosa jovencita a la que muchas tardes, al caer el sol, se veía aparecer por las orillas de Labuán, fascinando a los pescadores de las costas. ¡Ah, milady, también yo un día quiero oír esa voz!

— ¿Todas esas virtudes me atribuyen? —respondió la joven riendo.

— ¡Sí, y veo que los hombres que me hablaron de vos no han exagerado! —exclamó el pirata apasionadamente.

—Adulador —dijo ella.

—Querida sobrina —dijo lord Guillonk—. Embrujarás también a nuestro príncipe.

— ¡Yo estoy seguro de ello! —Exclamó Sandokán—. Y, cuando deje esta casa para volver a mi lejano país, diré a mis compatriotas que una joven blanca ha vencido el corazón de un hombre que creía tenerlo invulnerable.

La conversación duró todavía un poco, girando ya sobre la patria de Sandokán, los piratas de Mompracem o sobre Labuán; después, llegada la noche, el lord y la joven se retiraron.

Cuando el pirata se vio solo, permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en la puerta por donde había salido aquella jovencita. Parecía presa de profundos pensamientos y de una viva conmoción.

Quizá en aquel corazón, que nunca hasta entonces había latido por una mujer, estaba desencadenándose en aquel momento una terrible tempestad.

De pronto, Sandokán se estremeció, y algo así como un sonido ronco se agolpó en el fondo de su garganta, pronto a irrumpir, pero los labios permanecieron cerrados, y apretó los dientes con más fuerza, rechinando largamente.

Permaneció algunos minutos así, inmóvil, con los ojos ardiendo, el rostro alterado, la frente perlada de sudor, las manos escondidas entre los largos y abundantes cabellos; luego, aquellos labios que no querían abrirse, se movieron y dejaron escapar un nombre:

— ¡Marianna!

Entonces el pirata ya no pudo contenerse.

— ¡Ah! —exclamó, casi con rabia, y retorciéndose las manos—. ¡Siento que estoy enloqueciendo!, ¡que... la amo...!

VII. Curación y amor

Lady Marianna Guillonk había nacido bajo el hermoso cielo de Italia, en las orillas del espléndido golfo de Nápoles, de madre italiana y de padre inglés.

Quedó huérfana a los once años y, heredera de una considerable fortuna, fue recogida por su tío James, el único pariente que se encontraba entonces en Europa.

En aquellos tiempos, James Guillonk era uno de los más intrépidos lobos de mar del mundo, propietario de una nave armada y equipada para la guerra, que le servía para cooperar con James Brooke, el cual se convirtió más tarde en rajá de Sarawak y se dedicó al exterminio de los piratas malayos, terribles enemigos del comercio inglés en aquellos lejanos mares.

A pesar de que lord James, hosco como todos los marinos, incapaz de alimentar un afecto cualquiera, no sintiera excesiva ternura por su joven sobrina, antes que confiarla a manos extrañas, la embarcó en su propio barco, conduciéndola a Borneo y exponiéndola a los graves peligros de aquellas duras travesías.

Durante tres años la niña fue testigo de aquellas sangrientas batallas, en las que morían miles de piratas, y que dieron al futuro rajá Brooke aquella triste celebridad que conmovió profundamente e indignó a sus propios compatriotas.

Pero un día lord James, cansado de carnicerías y peligros, y tal vez pensando en su sobrina, abandonó el mar y se estableció en Labuán, ocultándose entre aquellos grandes bosques del centro.

Lady Marianna, que tenía entonces catorce años y que durante aquella vida peligrosa había adquirido una energía y fiereza extraordinarias, a pesar de parecer una frágil niña, había intentado rebelarse contra los deseos de su tío, creyendo que no podría acostumbrarse a aquel aislamiento y aquella vida casi salvaje; pero el lobo de mar que no parecía alimentar mucho afecto por ella, permanecía inflexible.

Obligada a soportar aquel extraño cautiverio, la joven se había dedicado enteramente a completar su propia educación, que hasta entonces no había tenido tiempo de cuidar.

Dotada de una tenaz voluntad, poco a poco había ido dominando los instintos feroces que había contraído en aquellas duras y sangrientas batallas y la rudeza adquirida en el continuo contacto con la gente de mar. Y así, se había convertido en una apasionada cultivadora de la música, de las flores, de las

bellas artes, gracias a las instrucciones de una antigua amiga de su madre, muerta más tarde a consecuencia del ardiente clima tropical. Con el progreso de la educación, aun conservando en el fondo de su alma algo de aquella antigua fiereza, se había vuelto bondadosa, gentil y caritativa.

No había abandonado la pasión por las armas y los ejercicios violentos, y a menudo, como una indómita amazona, recorría los grandes bosques, persiguiendo incluso a los tigres, o, semejante a una náyade, se lanzaba intrépidamente a las azules olas del mar malayo; pero con más frecuencia se encontraba allí donde había miseria y desventura, llevando socorro a todos los indígenas de los contornos, aquellos mismos indígenas que lord James odiaba a muerte, como descendientes de antiguos piratas.

Y así, aquella joven, por su intrepidez, bondad y belleza, se había merecido el sobrenombre de Perla de Labuán, sobrenombre que había volado tan lejos y que había hecho latir el corazón del formidable Tigre de Malasia. Bajo aquellos bosques, casi alejada de toda criatura civilizada, la niña había crecido casi sin darse cuenta de que se había hecho mujer; pero, cuando vio a aquel fiero pirata, había experimentado sin saber por qué una extraña turbación.

¿Qué era? Lo ignoraba. Pero siempre tenía ante sus ojos, y de noche volvía a verlo en sueños, a aquel hombre de figura casi fiera, que tenía la nobleza de un sultán y que poseía la galantería de un caballero europeo; aquel hombre de ojos centelleantes, de largos cabellos negros, con aquel rostro en el que podía leerse claramente un coraje indomable y una energía, más que excepcional, única.

Después de haberlo fascinado con sus ojos, su voz y su belleza, había quedado a su vez fascinada y vencida. Al principio intentó reaccionar contra aquel latido de su corazón que para ella era nuevo, como lo era para Sandokán; pero en vano. Sentía siempre que una fuerza irresistible la empujaba a volver a ver a aquel hombre, y que no encontraba la calma más que a su lado; solo se sentía feliz cuando se encontraba junto a su lecho, y cuando le aliviaba los agudos dolores de la herida con su charla, sus sonrisas, su voz incomparable y su laúd.

Y había que ver en aquellos momentos a Sandokán, cuando la joven le cantaba las dulces canciones de su lejano país natal, acompañándolas con los delicados sonos de su melodioso instrumento.

Entonces dejaba de ser el Tigre de Malasia, dejaba de ser el sanguinario pirata. Mudo, anhelante, empapado de sudor, reteniendo la respiración para no turbar con su aliento aquella voz argentina y melodiosa, escuchaba como un hombre que sueña, como si hubiera querido grabar en su mente aquella lengua desconocida que lo embriagaba y que le mitigaba las torturas de la herida; y cuando la voz, después de haber vibrado por última vez, moría con la última

nota del laúd, se le veía permanecer largo tiempo en aquella postura, con los brazos tensos, como si quisiera atraer hacia sí a la joven, con su mirada llameante fija en la mirada húmeda de ella, con el corazón en vilo y los oídos atentos, como si escuchase todavía.

En aquellos momentos ya no se acordaba de que era el Tigre, olvidaba su Mompracem, sus praos, sus tigres, y al portugués, que quizá en aquella hora, creyéndolo perdido para siempre, estaba vengando su muerte acaso con alguna sangrienta represalia.

Los días pasaban de esta forma volando, y su curación, poderosamente ayudada por la pasión que le devoraba la sangre, proseguía rápidamente.

En la tarde del decimoquinto día, entró el lord de improviso y encontró al pirata de pie, listo para salir.

— ¡Oh, mi buen amigo! —exclamó alegremente—. ¡Me alegro mucho de veros de pie!

—No me era posible quedarme más tiempo en el lecho, milord —respondió Sandokán—. Por lo demás, me siento tan fuerte como para poder luchar contra un tigre.

— ¡Magnífico! Entonces os pondré pronto a prueba.

— ¿De qué forma?

—He invitado a algunos buenos amigos a la cacería de un tigre que viene por aquí a menudo y anda rondando junto a los muros de mi jardín. Y, puesto que os veo curado, esta noche iré a advertirles que mañana por la mañana iremos a cazar la fiera.

— ¡Participaré en la batida, milord!

—Lo creo; pero decidme ahora: espero que os que daréis algún tiempo más, como huésped mío.

—Milord, graves asuntos me reclaman, y tengo que apresurarme a dejaros.

— ¿Dejarme? ¡Ni pensarlo! Para los negocios hay siempre tiempo, y os advierto que no os dejaré partir antes de algunos meses; vamos, prometedme que os quedaréis.

Sandokán le miró con ojos que despedían relámpagos. Para él quedarse en aquella quinta, al lado de aquella jovencita que lo había fascinado, era la vida, lo era todo. No pedía más por el momento.

¿Qué le importaba a él que los piratas de Mompracem le lloraran dándole por muerto, cuando podía volver a ver durante muchos días más a aquella divina joven? ¿Qué le importaba su fiel Yáñez, que quizá lo estaba buscando

ansiosamente en las orillas de la isla, jugándose su propia existencia, cuando Marianna empezaba a amarlo? ¿Qué le importaba a él dejar de oír el tronar de la humeante artillería, cuando podía seguir oyendo la deliciosa voz de la mujer amada; o experimentar las terribles emociones de la batalla, cuando ella le hacía experimentar emociones más sublimes? ¿Y qué le importaba, en fin, correr el peligro de ser descubierto, quizá apresado, incluso muerto, cuando podía seguir respirando el mismo aire que alimentaba a su Marianna y vivir en medio de los grandes bosques donde ella vivía?

Lo habría olvidado todo por seguir así durante cien años: Mompracem, sus tigres, sus barcos y hasta sus sangrientas venganzas.

—Sí, milord, me quedaré hasta que queráis —dijo con ímpetu—. Acepto la hospitalidad que tan cordialmente me ofrecéis, y si un día (no olvidéis estas palabras, milord) tuviéramos que volver a encontrarnos no ya como amigos, sino como fieros enemigos, con las armas en la mano, sabré recordar entonces el agradecimiento que os debo.

El inglés lo miró estupefacto.

— ¿Por qué me habláis así? —preguntó.

—Quizá un día lo sepáis —respondió Sandokán con voz grave.

—No quiero averiguar por ahora secretos —dijo el lord, sonriendo—. Esperaré ese día. Sacó el reloj y lo miró.

—Tengo que marcharme enseguida, si quiero avisar a mis amigos de la cacería que emprenderemos. Adiós, mi querido príncipe —dijo.

Iba ya a salir, cuando se detuvo y añadió:

—Si queréis bajar al jardín, encontraréis allí a mi sobrina, que espero sabrá haceros buena compañía.

—Gracias, milord.

Era aquello lo que Sandokán deseaba: poder encontrarse, aunque fuera por unos minutos, a solas con la jovencita, quizá para descubrirle la pasión gigantesca que le devoraba el corazón.

Apenas se vio solo, se acercó rápidamente a una ventana que daba a un inmenso jardín.

Allí, a la sombra de una magnolia de China cuajada de flores de penetrante perfume, sentada sobre el tronco caído de una areca, estaba la joven lady. Se hallaba sola, en actitud pensativa, con el laúd sobre las rodillas.

A Sandokán le pareció una visión celestial. Toda la sangre se le subió a la cabeza, y el corazón comenzó a latirle con una vehemencia indescriptible.

Permaneció allí, con los ojos ardientemente fijos en la jovencita, reteniendo incluso la respiración, como si tuviera miedo de turbarla.

Pero de pronto retrocedió, sofocando un grito, que parecía un lejano rugido. Su rostro se alteró espantosamente, adquiriendo una expresión feroz.

El Tigre de Malasia, fascinado hasta ese momento, embrujado, se despertaba de improviso, ahora que se sentía curado. Volvía a ser el pirata despiadado, sanguinario, de corazón inaccesible a cualquier pasión.

— ¿Qué iba a hacer? —Exclamó con voz ronca, pasándose las manos por la ardorosa frente—. ¿Será realmente verdad que amo a esa joven? ¿Ha sido un sueño o una inexplicable locura? ¿Es posible que ya no sea yo el pirata de Mompracem, pues me siento atraído por una fuerza irresistible hacia esa hija de una raza a la que juré odio eterno? ¡Amar yo!... ¡Yo, que no he experimentado más que impulsos de odio y que llevo el nombre de una bestia sanguinaria!... ¿Acaso puedo olvidar mi salvaje Mompracem, a mis tigres, a mi Yáñez, que quizá me están esperando ansiosamente? ¿Acaso he olvidado que los compatriotas de esa joven solo están esperando el momento propicio para destruir mi poder? ¡Fuera esta visión que me ha perseguido durante tantas noches, fuera estos temblores indignos del Tigre de Malasia! ¡Apaguemos este volcán que arde en mi corazón y hagamos surgir en su lugar mil abismos entre mí y esa sirena hechicera!... ¡Vamos, Tigre, deja oír tu rugido, sepulta el agradecimiento que debes a estas personas que te han curado; vete, huye lejos de estos lugares, regresa a ese mar que sin quererlo te empujó a estas playas, vuelve a ser el temido pirata de la formidable Mompracem!

Hablando así, Sandokán se había puesto de pie ante la ventana con los puños cerrados y los dientes apretados, todo él temblando de cólera.

Le parecía que se había convertido en un gigante y que oía en la lejanía los aullidos de sus tigres, que lo llamaban a la batalla, y el retumbar de la artillería.

No obstante, permaneció allí, como clavado, delante de la ventana, sujeto por una fuerza superior a su furor, con los ojos siempre ardientemente fijos en la joven lady.

— ¡Marianna! —exclamó de pronto—. ¡Marianna!

Ante aquel nombre adorado, aquel impulso de ira y odio se esfumó como la niebla ante el sol. ¡El Tigre volvía a ser hombre y cada vez más enamorado!

...

Sus manos se dirigieron involuntariamente hacia el pestillo, y con un rápido gesto abrió la ventana. Un soplo de aire templado, cargado del perfume de mil flores, entró en la habitación.

Al respirar aquellas fragancias balsámicas, el pirata se sintió embriagado y notó cómo volvía a despertar en su corazón, más fuerte que nunca, aquella pasión que había intentado sofocar momentos antes.

Se apoyó sobre el alféizar y se quedó mirando en silencio, temblando, delirante, a la vaporosa lady. Una fiebre intensa lo devoraba, el fuego se le deslizaba por las venas hasta ir a parar al corazón, nubes rojas le corrían delante de los ojos, pero incluso en medio de ellas veía siempre a la que lo había embrujado. ¿Cuánto tiempo permaneció allí? Mucho sin duda, pues, cuando volvió de su ensimismamiento, la joven lady ya no estaba en el jardín, el sol se había puesto, las tinieblas habían descendido y en el cielo titilaban miríadas de estrellas.

Se puso a pasear por la habitación, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada, absorto en profundos pensamientos.

— ¡Mira! —Exclamó, volviendo hacia la ventana y ofreciendo la frente ardorosa al fresco aire de la noche—. ¡Aquí la felicidad, aquí una nueva vida, aquí una embriaguez, dulce, tranquila; allí Mompracem, una vida tempestuosa, huracanes de hierro, tronar de artillerías, carnicerías sangrientas, mis rápidos praos, mis tigres, mi buen Yáñez!...

— ¿Cuál de estas dos vidas elegir? ¡Y sin embargo, toda mi sangre arde cuando pienso en esta joven que ha hecho latir mi corazón antes de verla, y siento en mis venas correr bronce fundido cuando pienso en ella! ¡Diríase que estoy anteponiéndola a mis tigres y a mi venganza! ¡Y pese a ello, me avergüenzo de mí mismo, pensando que es hija de esa raza que odio tan profundamente! ¿Y si la olvidase? ¡Ah! ¿Sangras, pobre corazón mío, no quieres entonces? ¡Antes era el terror de estos mares, antes nunca había sabido qué era el afecto, antes solo me gustaba la embriaguez de las batallas y de la sangre... y ahora siento que ya nada podrá gustarme lejos de ella!...

Calló y se puso a escuchar el susurro de las frondas y el silbido de su sangre.

— ¿Y si interpusiera entre mí y esa divina mujer la selva, luego el mar y al fin el odio? —prosiguió—. ¡El odio! Pero ¿podré odiarla? ¡Sin embargo tengo que huir, volver a mi Mompracem, entre mis tigres!... Si continuase aquí, la fiebre acabaría por devorar toda mi energía, siento que se apagaría para siempre mi poder, que no volvería a ser el Tigre de Malasia... ¡Vamos, andando!

Miró abajo: solo tres metros lo separaban del suelo. Aguzó los oídos y no oyó rumor alguno.

Brincó por encima del alféizar, saltó ligeramente entre las plantas y se dirigió hacia el árbol bajo el que pocas horas antes Marianna estaba sentada.

—Aquí reposaba ella —murmuró con voz triste—. ¡Oh, qué hermosa estabas, Marianna!... ¡Ya no volveré a verte! ¡No volveré a oír tu voz, nunca... nunca!...

Se agachó bajo el árbol y recogió una flor, una rosa de los bosques, que la joven lady había dejado caer. La admiró detenidamente, la olió muchas veces y la escondió apasionadamente en su pecho; después se dirigió a buen paso hacia la cerca del jardín, murmurando:

—Vamos, Sandokán. ¡Todo ha terminado!...

Se hallaba junto a la empalizada y estaba a punto de saltar, cuando retrocedió vivamente, con las manos en los cabellos, la mirada torva, emitiendo una especie de sollozo.

— ¡No!... ¡No!... —exclamó con acento desesperado—. ¡No puedo, no puedo!... ¡Que se hunda Mompracem, que maten a todos mis tigres, que desaparezca mi poder, yo me quedo!...

Se puso a correr por el jardín como si tuviera miedo de volver a encontrarse bajo la empalizada de la cerca, y no se detuvo hasta que llegó bajo la ventana de su habitación.

Vaciló otra vez, y luego, de un salto, se agarró a la rama de un árbol y alcanzó el alféizar de la ventana.

Cuando volvió a encontrarse en aquella casa que había dejado con la firme determinación de no volver más, un segundo sollozo vibró en el fondo de su garganta.

— ¡Ah! —exclamó—. ¡El Tigre de Malasia está a punto de desaparecer! A la caza del tigre.

Cuando al alba el lord vino a llamar a su puerta, Sandokán aún no había conseguido pegar ojo.

Al acordarse de la cacería, en un abrir y cerrar de ojos saltó del lecho, escondió entre los pliegues de la faja su fiel kriss y abrió la puerta, diciendo:

—Aquí estoy, milord.

—Estupendo —dijo el inglés—. No creía hallaros ya preparado, querido príncipe.

¿Cómo os encontráis?

—Me siento con fuerzas para derribar un árbol.

—Entonces, démonos prisa. En el parque nos están esperando seis bravos cazadores, que ya están impacientes por descubrir al tigre que mis hombres persiguieron en su batida por el bosque.

—Estoy listo para seguiros. ¿Vendrá con nosotros lady Marianna?

—Por supuesto. Creo que ya está esperándonos. Sandokán sofocó a duras penas un grito de alegría.

—Vamos, milord —dijo—. Ardo en deseos de encontrar al tigre.

Salieron y pasaron a un saloncito, cuyas paredes estaban tapizadas con toda clase de armas. Allí Sandokán encontró a la joven lady, más hermosa que nunca, fresca como una rosa, espléndida en su traje azul, que resaltaba vivamente bajo sus rubios cabellos.

Al verla, Sandokán se detuvo deslumbrado, y dirigiéndose rápidamente a su encuentro, le dijo, apretándole la mano:

— ¿También vos participáis en la batida?

—Sí, príncipe; me han dicho que vuestros compatriotas son muy valientes en este tipo de cacerías, y quiero veros.

—Yo mataré al tigre con mi kriss y os regalaré su piel.

— ¡No!... ¡No!... —exclamó ella espantada—. Podría sucederos una nueva desgracia.

—Por vos, milady, me dejaría despedazar; pero no temáis, el tigre de Labuán no llegará a arrojarme al suelo.

En ese momento se aproximó el lord, ofreciendo a Sandokán una rica carabina.

—Tomad, príncipe —dijo—. Una bala en ocasiones vale más que un kriss bien afilado. Y ahora vámonos, que los amigos nos esperan.

Bajaron al parque, donde estaban esperándolos cinco cazadores; cuatro eran colonos de los contornos, y el quinto, un elegante oficial de marina.

Sandokán, al verlo, sin saber con exactitud por qué, experimentó enseguida una profunda antipatía hacia aquel joven, pero reprimió aquel sentimiento y estrechó la mano a todos.

El oficial, por el contrario, lo miró detenidamente y de una manera extraña; luego, aprovechando un momento en que nadie se fijaba en él, se aproximó al lord, que estaba examinando la montura de un caballo, y le soltó a quemarropa:

—Capitán, tengo la impresión de haber visto antes a ese príncipe malayo.

— ¿Dónde? —preguntó el lord.

—No me acuerdo bien, pero estoy seguro de ello.

— ¡Bah! Os equivocáis, amigo mío.

—Ya lo veremos, milord.

—Está bien. ¡A caballo, amigos; todo está preparado!... Tened cuidado, porque el tigre es muy grande y tiene poderosas garras.

—Lo mataré de un solo balazo y ofreceré su piel a lady Marianna —dijo el oficial.

—Espero matarlo antes que vos, señor —replicó Sandokán.

—Lo veremos, amigos —dijo el lord—. ¡Vamos, a caballo!

Los cazadores montaron los caballos que habían sido conducidos por algunos criados, mientras lady Marianna saltaba sobre un bellissimo poni con el pelo blanco como la nieve.

A una señal del lord todos salieron del jardín, precedidos por algunos batidores y dos docenas de grandes perros.

Apenas estuvieron fuera, el pequeño grupo se dividió, para rastrear un gran bosque que se extendía hasta el mar. Sandokán, que montaba un fogoso animal, se lanzó por un estrecho sendero, adelantándose audazmente para ser el primero en descubrir la fiera; los demás tomaron diferentes direcciones y senderos.

— ¡Vuela, vuela! —exclamó el pirata, espoleando furiosamente al noble animal, que iba en pos de algunos perros que ladraban—. Tengo que demostrar a ese impertinente oficial de lo que soy capaz. No, no será él quien ofrezca la piel del tigre a la lady, aunque tenga que perder los brazos o dejarme despedazar.

En ese momento resonó la trompa en medio del bosque.

— ¡Han descubierto al tigre! —Murmuró Sandokán—. ¡Vuela, corcel, vuela!

Atravesó como un relámpago un trecho de selva erizado de durion, palmitos, arecas y colosales alcanforeros, y alcanzó a ver a seis o siete batidores que huían.

— ¿Adónde vais? —preguntó.

— ¡El tigre! —exclamaron los fugitivos.

— ¿Dónde está?

— ¡Cerca del estanque!

El pirata descabalgó, ató el caballo al tronco de un árbol, se colocó el kriss entre los dientes y, empuñando la carabina, se lanzó hacia el estanque

indicado.

Se percibía en el aire un fuerte olor salvaje, el olor peculiar a felino, que perdura algún tiempo después de que han pasado.

Miró sobre las ramas de los árboles, desde las que el tigre podía saltarle encima y siguió con precaución por la orilla del estanque, cuya superficie había sido ligeramente removida.

—La fiera ha pasado por aquí —dijo—. El ladino ha atravesado el estanque para hacer perder el rastro a los perros, pero Sandokán es un tigre más astuto.

Volvió al caballo y montó de nuevo. Estaba a punto de volver a marcharse, cuando oyó cerca un disparo, seguido de una exclamación, cuyo acento lo hizo sobresaltarse.

Se dirigió rápidamente hacia el lugar donde se había escuchado la detonación, y en medio de una pequeña explanada vio a la joven lady, sobre su pony blanco, con la carabina aún humeante entre las manos.

En un instante se le acercó, dando un grito de alegría.

— ¡Vos... aquí... sola! —exclamó.

—Y vos, príncipe, ¿cómo os encontráis aquí? —preguntó la joven ruborizándose.

—Seguía el rastro del tigre.

—Yo también.

— ¿Contra quién habéis disparado?

—Contra la fiera, pero ha huido sin haber sido alcanzada.

— ¡Gran Dios!... ¿Por qué exponéis así vuestra vida?

—Para impedirlos cometer la imprudencia de apuñalar a la fiera con el kriss.

—Os habéis equivocado, milady. Pero la fiera está viva todavía y mi kriss está pronto para abrirle el corazón.

— ¡No lo hagáis! Sois valiente, lo sé, lo leo en vuestros ojos, sois fuerte, sois ágil como un tigre, pero una lucha cuerpo a cuerpo con la fiera podría seros fatal.

— ¡Qué importa! Quisiera que me causara tan crueles heridas, que me duraran un año entero.

— ¿Y por qué? —preguntó la jovencita, sorprendida.

—Milady —dijo el pirata aproximándose aún más—, ¿no sabéis que mi corazón estalla cuando pienso que llegará un día en que tendré que dejaros para siempre y no volver a veros jamás? Si el tigre me destrozara, al menos podría permanecer aún bajo vuestro techo, gozaría otra vez de esas dulces emociones experimentadas, cuando vencido y herido yacía sobre el lecho del dolor. ¡Sería feliz, muy feliz, si otras crueles heridas me obligaran a permanecer todavía junto a vos, respirar vuestro mismo aire, oír vuestra deliciosa voz, embriagarme con vuestra mirada y vuestras sonrisas!, milady, vos me habéis embrujado, siento que lejos de vos no podría vivir, no volvería a tener paz, sería un desgraciado. ¿Qué habéis hecho de mí? ¿Qué habéis hecho de mi corazón, en otro tiempo inaccesible a cualquier pasión? Mirad: solo de veros estoy temblando y siento que la sangre me quema en las venas.

Ante aquella apasionada e inesperada confesión, Marianna se quedó muda, estupefacta, pero no retiró las manos que el pirata le había cogido y que apretaba con frenesí.

—No os enfadéis, milady —prosiguió el Tigre, con voz que descendía como una música deliciosa hasta el corazón de la huérfana—. No os enfadéis si os he confesado mi amor, si os digo que yo, a pesar de ser hijo de una raza de color, os adoro como a un dios, y que un día vos me amaréis. No sé, pero desde el primer momento en que aparecisteis ante mí, no me he sentido bien sobre la tierra; mi cabeza se ha extraviado, os tengo siempre aquí, fija en mi pensamiento, día y noche. Escuchadme, milady, ¡es tan fuerte el amor que arde en mi pecho, que por vos lucharé contra todos, contra el destino, contra Dios! ¿Queréis ser mía? ¡Yo os haré la reina de estos mares, la reina de Malasia! A una sola palabra vuestra, trescientos hombres más feroces que los tigres, que no temen el plomo ni el acero, surgirán e invadirán los estados de Borneo para daros un trono. Decidme todo lo que la ambición os haya podido sugerir y lo tendréis. Tengo oro suficiente para comprar diez ciudades, tengo navíos, tengo soldados, tengo cañones, y soy poderoso, más poderoso de lo que os podéis imaginar.

— ¡Dios mío! ¿Quién sois vos? —preguntó la jovencita, aturdida por aquel torbellino de promesas y fascinada por aquellos ojos que parecían despedir llamas.

— ¡Quién soy yo! —exclamó el pirata, mientras su frente se ensombrecía—. ¡Quién soy yo!...

Se acercó más a la joven lady y, mirándola fijamente, le dijo con voz profunda:

—Hay unas tinieblas a mi alrededor, que es mejor no desgarrar por ahora. Sabed que detrás de esas tinieblas hay algo terrible, tremendo, y sabed también que llevo un nombre que aterroriza no solo a todas las poblaciones de estos

mares, sino que hace temblar al sultán de Borneo e incluso a los mismos ingleses de esta isla.

—Y vos, tan poderoso, decís que me amáis —murmuró la jovencita con voz sofocada.

—Tanto que por vos sería capaz de hacer cualquier cosa; os amo con ese tipo de amor que hace milagros y comete delitos a un tiempo. Ponedme a prueba: hablad y os obedeceré como un esclavo, sin una queja, sin un suspiro. ¿Queréis que sea rey para daros un trono? Lo seré. ¿Queréis que yo, que os amo con locura, vuelva a la tierra de dónde salí? Volveré, aunque martirice mi corazón para siempre. ¿Queréis que me mate delante de vos? Me mataré. ¡Hablad, que mi cabeza se extravía, que la sangre me abrasa, hablad, milady, hablad!...

—Entonces... amadme —murmuró la jovencita, sintiéndose vencida por tanto amor.

El pirata lanzó un grito, uno de esos gritos que raramente salen de una garganta humana. Casi al mismo tiempo oyeron dos o tres disparos de fusil.

— ¡El tigre! —exclamó Marianna.

— ¡Es mío! —exclamó Sandokán.

Clavó las espuelas en el vientre del caballo y partió como un rayo con los ojos chispeantes de ardor y el kriss en la mano, seguido de la jovencita, que se sentía atraída hacia aquel hombre, dispuesto a jugarse tan audazmente la existencia por mantener una promesa.

Trescientos pasos más allá estaban los cazadores. Delante de ellos, a pie, avanzaba el oficial de marina, con el fusil apuntando hacia un grupo de árboles.

Sandokán se arrojó del caballo, gritando:

— ¡El tigre es mío!

Parecía un segundo tigre; daba saltos de dieciséis pies y rugía como una fiera.

— ¡Príncipe! —gritó Marianna, que se había bajado del caballo.

Sandokán no oía a nadie en aquel momento y seguía avanzando a toda carrera.

El oficial de marina, que lo precedía a diez pasos, oyéndolo acercarse, apuntó rápidamente el fusil e hizo fuego sobre el tigre, que se hallaba a los pies de un grueso árbol, con las pupilas contraídas, abiertas sus poderosas garras y dispuesto a saltar.

Todavía no se había disipado el humo, cuando se vio al tigre atravesar el espacio con un ímpetu irresistible y derribar por tierra al imprudente y desmañado oficial.

Estaba a punto de saltar nuevamente y lanzarse sobre los cazadores, pero Sandokán no le dio tiempo.

Empuñando fuertemente el kriss, se precipitó contra la fiera, y antes de que esta, sorprendida de tanta audacia, pensara en defenderse, la derribó al suelo, apretándole con tal fuerza la garganta que sofocaba sus rugidos.

— ¡Mírame! —dijo—. Yo también soy un tigre.

Luego, rápido como el pensamiento, hundió la hoja serpenteante de su kriss en el corazón de la fiera, que cayó como fulminada cuan larga era.

Un ¡Hurra!, fragoroso acogió aquella proeza. El pirata, que había salido ileso de la lucha, lanzó una mirada de desprecio al oficial, que estaba levantándose del suelo, y luego, volviéndose hacia la joven lady, que se había quedado muda de terror y angustia, con un gesto del que se hubiera sentido orgulloso un rey, dijo:

—Milady, la piel del tigre es vuestra.

VIII. La traición

La cena ofrecida por lord James a sus invitados fue una de las más espléndidas y alegres que se habían dado hasta entonces en la quinta.

La cocina inglesa, representada por enormes beefsteaks y colosales puddings, y la cocina malaya, representada por asados de tucanes, ostras gigantes llamadas de Singapur, tiernos bambúes cuyo sabor recuerda los espárragos de Europa, y una montaña de fruta exquisita, fueron saboreados y alabados por todos.

Ni que decir tiene que todo fue rociado con gran número de botellas de vino, gin, brandy y whisky, que servían para brindar repetidamente en honor de Sandokán y de la tan gentil como intrépida Perla de Labuán.

A la hora del té, la conversación se puso animadísima, y se habló de tigres, cacerías, piratas, navíos de Inglaterra y de Malasia. Sólo el oficial de marina se mantenía silencioso y parecía ocupado únicamente en estudiar a Sandokán; en efecto, no lo perdía de vista un solo instante, y no se dejaba escapar una sola de sus palabras, ni uno solo de sus gestos.

De pronto, dirigiéndose a Sandokán, que estaba hablando de la piratería, le

preguntó bruscamente:

—Perdonadme, príncipe, ¿hace mucho tiempo que habéis llegado a Labuán?

—Llevo aquí veinte días, señor —respondió el Tigre.

— ¿Por qué razón no se ha visto vuestra nave en Victoria?

—Porque los piratas me arrebataron los dos praos en que venía.

— ¡Los piratas!... ¿Vos habéis sido asaltado por los piratas? ¿Y dónde?

—En las cercanías de las Romades.

— ¿Cuándo?

—Pocas horas antes de mi llegada a estas costas.

—Sin duda os equivocáis, príncipe, porque justamente entonces nuestro crucero navegaba por esos parajes y no oímos ningún cañonazo.

—Quizá el viento soplabá de levante —respondió Sandokán, que comenzaba a ponerse en guardia, no sabiendo adónde quería ir a parar el oficial.

— ¿Y cómo llegasteis hasta aquí?

—A nado.

— ¿Y no habéis asistido a un combate entre dos barcos corsarios, que se dice iban mandados por el Tigre de Malasia, y un crucero?

—No.

— ¡Qué extraño!

—Señor, ¿ponéis en duda mis palabras? —preguntó Sandokán, poniéndose en pie.

— ¡Dios me libre, príncipe! —respondió el oficial, con ligera ironía.

— ¡Oh! ¡Oh! —exclamó el lord, interviniendo—. Baronet William, os ruego que no arméis disputas en mi casa.

—Perdonadme, milord, no era mi intención —respondió el oficial.

—No se hable más, pues. Probemos ahora otro vaso de este delicioso whisky y luego levantaremos la mesa, porque la noche ha caído ya, y las selvas de la isla no son seguras cuando hay mucha oscuridad.

Los convidados hicieron honor por última vez a las botellas del generoso lord; luego se levantaron todos y salieron al jardín, acompañados de Sandokán y de la lady.

—Señores —dijo lord James—. Espero que volvamos a encontrarnos pronto.

—Podéis estar seguro de que no faltaremos —dijeron a coro los cazadores.

—Y esperamos que no os falte la ocasión de ser más afortunado, baronet William —añadió, volviéndose hacia el oficial.

—Tiraré mejor —respondió este, dejando caer sobre Sandokán una mirada iracunda—. Permitidme ahora una palabra, milord.

—Y dos también, amigo mío.

El oficial le murmuró al oído algo que nadie más pudo oír.

—Está bien —respondió el lord—. Y ahora, buenas noches, amigos, y que Dios os guarde de malos encuentros.

Los cazadores montaron a caballo y salieron del jardín a galope.

Sandokán, después de haber saludado al lord, que parecía haberse puesto de pronto de bastante mal humor, y tras haber estrechado apasionadamente la mano a la joven lady, se retiró a su propia habitación.

En vez de acostarse, se puso a pasear, presa de una viva agitación. Una vaga inquietud se reflejaba en su rostro y sus manos apretaban la empuñadura del kriss.

Pensaba sin duda en aquella especie de interrogatorio a que lo había sometido el oficial de marina y que podía esconder una trampa hábilmente urdida. ¿Quién era aquel oficial? ¿Qué motivos lo habían empujado a interrogarlo de aquel modo? ¿Acaso lo había encontrado sobre el puente del piróscafo en aquella noche sangrienta? ¿Había sido reconocido o el oficial solo tenía una simple sospecha? ¿Acaso se estaba tramando en aquel momento algo contra el pirata?

— ¡Bah! —Dijo finalmente Sandokán, encogiéndose de hombros—. Si se preparase alguna traición, yo sabría ahuyentarla, porque siento que sigo siendo todavía el hombre que nunca ha temido a estos ingleses. Vamos a descansar, y mañana veremos lo que se debe hacer.

Se echó sobre el lecho sin desnudarse, colocó a su lado el kriss y se durmió tranquilamente con el dulce nombre de Marianna entre los labios.

Se despertó a eso del mediodía, cuando el sol entraba ya por la ventana, que se había quedado abierta. Llamó a un criado y le preguntó dónde estaba el lord; este le respondió que había salido a caballo antes del alba, en dirección a Victoria.

Aquella noticia, que ciertamente no esperaba, lo llenó de estupor.

— ¡Se ha marchado! —murmuró—. ¿Se ha marchado sin haberme dicho nada anoche? ¿Por qué razón? ¿No se estará tramando alguna traición contra mí? ¿Y si esta noche volviera no como amigo, sino como fiero enemigo? ¿Qué haré con este hombre que me ha curado como un padre y que es tío de la mujer que adoro? Tengo que ver a Marianna antes de que sepa nada. Bajó al jardín con la esperanza de encontrarla, pero no vio a nadie. Sin querer, se dirigió al árbol caído, donde ella solía sentarse, y se detuvo, dando un profundo suspiro.

— ¡Ah, qué hermosa estabas, Marianna, aquella tarde en que yo pensaba huir! —Murmuró pasándose una mano por la ardorosa frente—. ¡Tonto de mí, yo intentaba alejarme para siempre de ti, adorable criatura, cuando tú también me amabas! ¡Extraño destino! ¿Quién habría dicho que un día llegaría a amar a una mujer? ¡Y cómo la amo! Tengo fuego en las venas, fuego en mi corazón, fuego en mi cerebro e incluso en mis huesos, y va creciendo a medida que la pasión se agiganta. Siento que por esa mujer sería capaz de hacerme inglés, por ella me vendería como esclavo, abandonaría para siempre la borrascosa vida de aventurero, maldeciría a mis tigres y este mar que domino y que considero como sangre de mis venas.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, sumiéndose en profundos pensamientos, pero poco después volvió a levantarla, con los dientes convulsamente apretados y los ojos llameantes.

— ¿Y si ella rechazase al pirata? —exclamó con voz silbante—. ¡Oh, no es posible, no es posible! ¡Aunque tenga que vencer al sultán de Borneo para darle un trono o prender fuego a toda Labuán, ella será mía, mía!...

El pirata se puso a pasear por el jardín, con el rostro descompuesto, presa de una violentísima agitación que lo hacía temblar de pies a cabeza. Una voz bien conocida, que sabía encontrarle el camino del corazón incluso a través de la tempestad, lo hizo volver en sí.

Lady Marianna había aparecido a la vuelta de un sendero, acompañada de dos indígenas armados hasta los dientes, y lo llamó.

— ¡Milady! —exclamó Sandokán, corriendo a su encuentro.

—Os buscaba, mi valeroso amigo —dijo ella enrojeciendo.

Luego se llevó un dedo a los labios, como para recomendar silencio, y, tomándolo de la mano, lo condujo a un pequeño quiosco chino, semisepultado en un bosquecillo de naranjos.

Los dos indígenas se detuvieron a una prudente distancia, con las carabinas montadas.

—Escuchad —dijo la jovencita, que parecía aterrada—. Anoche os oí...,

dejasteis escapar de vuestros labios algunas palabras que han alarmado a mi tío... Amigo mío, me ha asaltado una sospecha que debéis arrancarme del corazón. Decidme, mi valeroso amigo; si la mujer a la que habéis jurado amor os pidiese una confesión, ¿la haríais?

El pirata, que mientras hablaba la lady se le había ido aproximando, al oír aquellas palabras se echó bruscamente hacia atrás. Sus facciones se descompusieron y pareció que vacilaba bajo un fiero golpe.

—Milady —dijo después de algunos instantes de silencio y tomando las manos de la jovencita—. Milady, por vos sería capaz de todo, haría cualquier cosa: ¡hablad! Si debo hacer os una revelación, por más dolorosa que pueda ser para entrambos, os juro que la haré.

Marianna alzó los ojos hasta los de él. Sus miradas, la de ella suplicante y llorosa, la del pirata centelleante, se encontraron clavándose una en otra largo rato.

Aquellos dos seres estaban poseídos de una inquietud que les dolía a ambos.

—No me engañéis, príncipe —dijo Marianna, con voz ahogada—. Quienquiera que seáis, el amor que habéis suscitado en mi corazón no se apagará jamás. Rey o bandido, os amaré igualmente.

Un profundo suspiro salió de los labios del pirata.

— ¿Entonces es mi nombre, mi verdadero nombre, lo que quieres saber, criatura celeste? —exclamó.

— ¡Sí, tu nombre, tu nombre!

Sandokán se pasó varias veces la mano por la frente, inundada de sudor, mientras las venas del cuello se le inflamaban prodigiosamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Escúchame, Marianna —dijo con acento salvaje—. Aquí tienes un hombre que impera sobre este mar que baña las costas de las islas malayas, un hombre que es el azote de los navegantes, que hace temblar a las poblaciones, y cuyo nombre suena como una campana fúnebre.

— ¿Has oído hablar de Sandokán, por sobrenombre el Tigre de Malasia? Mírame a la cara. ¡Yo soy el Tigre!...

La jovencita dio involuntariamente un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

— ¡Marianna! —exclamó el pirata, cayendo a sus pies, con los brazos tendidos hacia ella—. ¡No me rechaces, no te espantes así! La fatalidad me hizo convertirme en pirata, como fue la fatalidad la que me impuso este

sanguinario sobrenombre. Los hombres de tu raza fueron implacables conmigo, que sin embargo no había hecho a nadie ningún mal; fueron ellos los que, desde las gradas de un trono, me precipitaron en el fango, me quitaron mi reino, asesinaron a mi madre y a mis hermanos y me empujaron a estos mares. No soy pirata por codicia; soy un justiciero, el vengador de mi familia y de mi pueblo, nada más, y ahora, si no lo crees, recházame y me alejaré para siempre de estos lugares, para no volver a darte miedo.

—No, Sandokán, no te rechazo, porque te amo demasiado, porque eres valiente, poderoso, terrible, como los huracanes que agitan los océanos.

— ¡Ah! ¿Entonces me amas todavía? ¡Dímelo con tus labios, dímelo otra vez!

—Sí, te amo, Sandokán, y ahora más que ayer.

El pirata la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho. Una alegría sin límites iluminaba su rostro varonil, y sobre sus labios vagaba una sonrisa de felicidad sin límites.

— ¡Mía! ¡Eres mía! —Exclamó delirante, fuera de sí—. Habla ahora, adorada mía, dime qué puedo hacer por ti. Soy capaz de cualquier cosa. Si quieres, iré a derribar a un sultán para darte un reino; si quieres ser inmensamente rica, iré a saquear los templos de la India y de Birmania, para cubrirte de diamantes y de oro; si quieres, me haré inglés; si quieres que renuncie para siempre a mis venganzas y que el pirata desaparezca, iré a incendiar mis praos, para que no puedan volver a piratear, iré a dispersar a mis tigres, iré a hundir mis cañones para que no puedan volver a rugir, y destruiré mi refugio. Habla, dime lo que quieres; pídemelo imposible y lo haré. Por ti me sentiría capaz de levantar el mundo y de precipitarlo a través de los espacios del cielo.

La jovencita se alzó sonriendo hacia él, ciñéndole el robusto cuello con sus delicadas manos.

—No, mi valiente —dijo—, no pido más que la felicidad a tu lado. Llévame lejos, a cualquier isla, pero donde podamos casarnos sin peligro, sin ansiedad.

—Sí; si tú lo quieres, te llevaré a una lejana isla, cubierta de flores y de bosques, donde no volverás a oír hablar de tu Labuán, ni yo de mi Mompracem, una isla encantada del Gran Océano, donde podremos vivir felices como dos palomas enamoradas: el terrible pirata, que dejó detrás de sí torrentes de sangre, y la gentil Perla de Labuán. ¿Querrás, Marianna?

—Sí, Sandokán, querré. Escúchame ahora: un peligro te acecha, quizá en estos momentos una traición se está tramando contra ti. Tienes que

obedecerme, Sandokán.

— ¿Qué debo hacer?

—Tienes que irte al instante.

— ¡Irme!... ¡Irme!... ¡Pero si yo no tengo miedo!

—Sandokán, huye mientras tengas tiempo. Tengo un funesto presentimiento; temo que te encuentres con alguna terrible desgracia. Mi tío no se ha marchado por capricho; debe de haberlo llamado el baronet William Rosenthal, que quizá te ha reconocido. ¡Ah, Sandokán! Vete, vuelve ahora mismo a tu isla y ponte a salvo, antes que la tempestad se desencadene sobre tu cabeza.

En vez de obedecer, Sandokán atrajo hacia sí a la jovencita y la levantó entre sus brazos. Su cara, poco antes conmovida, había tomado otra expresión: sus ojos relampagueaban, las sienes le latían furiosamente y sus labios se entreabrían, mostrando los dientes.

Un instante después la dejó y se lanzó como una fiera a través del bosque, cruzando arroyos, zanjas y cerca, como si tuviera miedo o intentara huir de alguna cosa.

No se detuvo hasta llegar a la playa, donde vagó largo tiempo sin saber adónde dirigirse ni qué hacer. Cuando se decidió a volver, había caído ya la noche y la luna había salido.

Apenas volvió a la quinta, preguntó si había vuelto el lord, pero le respondieron que no le habían visto. Subió al saloncito y encontró a lady Marianna arrodillada ante una imagen religiosa, con el rostro inundado de lágrimas.

— ¡Mi adorada Marianna! —exclamó, levantándola—. ¿Lloras por mí? ¿Quizá porque soy el Tigre de Malasia, el hombre abominado por tus compatriotas?

—No, Sandokán. Pero tengo miedo; está a punto de ocurrir una desgracia. Huye, huye de aquí.

—Yo no tengo miedo; el Tigre de Malasia no ha temblado jamás y...

Se detuvo de golpe, estremeciéndose a pesar suyo. Un caballo acababa de entrar en el jardín, deteniéndose delante de la quinta.

— ¡Mi tío!... ¡Huye, Sandokán! —exclamó la jovencita.

— ¡Yo!... ¡Huir yo!...

Poco después entraba lord James en el saloncito. Ya no era el hombre del día anterior; estaba serio, ceñudo, torvo, y vestía el uniforme de capitán de

marina.

Con un gesto desdeñoso rechazó la mano que el pirata audazmente le ofrecía, diciendo con frío acento:

—Si yo hubiera sido un hombre de vuestra especie, antes que pedir hospitalidad a un enemigo acérrimo, me hubiera dejado matar por los tigres de la selva. ¡Retirad esa mano que pertenece a un pirata, a un asesino!

— ¡Señor! —Exclamó Sandokán, que, comprendiendo enseguida que lo habían descubierto, se disponía a vender cara su vida—. ¡No soy un asesino, soy un justiciero!

— ¡Ni una palabra más en mi casa: salid!

—Está bien —respondió Sandokán.

Echó una larga mirada a su prometida, que había caído sobre la alfombra semidesvanecida, e hizo el gesto de precipitarse hacia ella, pero se detuvo y, a paso lento, con la mano derecha sobre la empuñadura del kriss, la cabeza alta, la mirada fiera, salió de la sala y descendió la escalera, sofocando, con un esfuerzo prodigioso, los latidos de su corazón y la profunda emoción que lo invadía.

Sin embargo, cuando alcanzó el jardín se detuvo, sacando el kriss, cuya hoja centelleó a los rayos de la luna.

A trescientos pasos se extendía una línea de soldados, con las carabinas en la mano, dispuestos a hacer fuego sobre él.

IX. A la caza del pirata

En otros tiempos Sandokán, aunque casi desarmado y frente a un enemigo cincuenta veces más numeroso, no hubiera dudado un solo instante en lanzarse sobre las puntas de las bayonetas, para abrirse paso a toda costa; pero ahora que amaba, ahora que sabía que era correspondido, ahora que aquella divina criatura quizá lo seguía ansiosamente con la mirada, no quería cometer semejante locura, que podía costarle a él la vida y a ella quién sabe cuántas lágrimas.

No obstante, tenía que abrirse paso para alcanzar la selva y desde allí el mar, su única salvación.

—Volvamos —dijo—. Después veremos.

Volvió a subir la escalera, sin ser descubierto por los soldados, y volvió a

entrar en el salón, con el kriss en la mano. El lord estaba aún allí, ceñudo, con los brazos cruzados; la joven lady, en cambio, había desaparecido.

—Señor —dijo Sandokán, acercándose a él—. Si yo os hubiese hospedado, si yo os hubiese llamado amigo y después hubiera descubierto en vos un mortal enemigo, os hubiera echado a la calle, pero no os hubiera tendido una vil emboscada. Ahí fuera, en el mismo camino que tendré que seguir, hay cincuenta, quizá cien hombres, dispuestos a fusilarme; hacedlos retirar y que me dejen libre el paso.

— ¿Entonces el invencible Tigre tiene miedo? —preguntó el lord con fría ironía.

— ¿Miedo yo? No es eso, milord: aquí no se trata de combatir, sino de asesinar a un hombre desarmado.

—A mí eso no me importa. Salid, no deshonréis más mi casa, o por Dios...

—No me amenacéis, milord, porque el Tigre sería capaz de morder la mano que lo ha curado.

—Salid, os digo.

—Haced primero retirar a esos hombres.

— ¡Pues vamos a verlo, Tigre de Malasia! —gritó el lord, desenvainando el sable y cerrando la puerta.

— ¡Ah! Ya sabía yo que habíais intentado asesinarme a traición —dijo Sandokán—. Vamos, milord, abridme paso o me lanzaré contra vos.

El lord, en vez de obedecer, descolgó de un clavo un cuerno y lanzó una nota aguda.

— ¡Ah, traidor! —gritó Sandokán, que sintió hervirle la sangre en las venas.

—Ya es hora, maldito, de que caigas en nuestras manos —dijo el lord—. Dentro de unos minutos los soldados estarán aquí y dentro de veinticuatro horas serás ahorcado.

Sandokán emitió un sordo rugido. Con un salto de felino se apoderó de una pesada silla y se lanzó sobre la mesa que estaba en el centro de la sala. Daba miedo; sus facciones estaban ferozmente contraídas por el furor, sus ojos parecían despedir llamas y una sonrisa de fiera le recorría los labios.

En aquel instante se oyó fuera un sonido de trompeta y en el corredor una voz, la de Marianna, que gritaba desesperadamente:

— ¡Huye, Sandokán!

— ¡Sangre!... ¡Veo sangre!... —aulló el pirata.

Levantó la silla y la arrojó con fuerza irresistible contra el lord, el cual, golpeado en pleno rostro, cayó pesadamente al suelo. Rápido como el relámpago, Sandokán se lanzó sobre él con el kriss en alto.

—Mátame, asesino —agonizó el lord.

—Acordaos de lo que os dije hace unos días —respondió el pirata—. Os perdono, pero tengo que reducirlos a la impotencia.

Dicho esto, con una extraordinaria destreza lo volvió y le ató sólidamente los brazos y las piernas con la propia faja. Le quitó el sable y se lanzó al corredor, gritando:

— ¡Marianna, estoy aquí!

La joven lady se precipitó entre sus brazos, y luego, llevándolo a su propia habitación, le dijo llorando:

—Sandokán, he visto soldados. ¡Ay, Dios mío, estás perdido!

—Todavía no —respondió él—. Burlaré a los soldados, ya lo verás.

La tomó por un brazo y, habiéndola conducido delante de la ventana, la contempló unos instantes a la luz de la luna, fuera de sí.

—Marianna —dijo—. Júrame que serás mi esposa.

—Te lo juro por la memoria de mi madre —respondió la jovencita.

— ¿Me esperarás?

—Te lo prometo.

—Está bien; huyo, pero dentro de una semana o dos volveré a llevarte, a la cabeza de mis valerosos tigres. ¡Ahora a vosotros, perros ingleses! —Exclamó, irguiendo fieramente su elevada estatura—. Yo lucho por la Perla de Labuán.

Pasó rápidamente por encima del alféizar de la ventana y saltó en medio de un frondoso parterre, que lo ocultaba del todo.

Los soldados, que eran sesenta o setenta, ya habían rodeado por completo el jardín y avanzaban lentamente hacia el edificio, con los fusiles en la mano, dispuestos a disparar.

Sandokán, que seguía emboscado como un tigre, con el sable en la derecha y el kriss en la izquierda, no respiraba ni se movía, sino que se había encogido sobre sí mismo, dispuesto a precipitarse sobre el cerco y a romperlo con ímpetu irresistible.

El único movimiento que hacía era para levantar la cabeza hacia la ventana, donde sabía que se encontraba su amada Marianna, que sin duda esperaba con angustia el resultado de la suprema lucha.

Pronto los soldados se encontraron solo a unos pasos del parterre donde él seguía oculto. Al llegar a aquel punto se detuvieron, como si estuvieran indecisos sobre lo que había que hacer e inquietos por lo que podía suceder.

—Despacio, jovencitos —dijo un cabo—. Esperemos la señal, antes de seguir adelante.

— ¿Teméis que el pirata se haya emboscado? —preguntó un soldado.

—Más bien temo que haya asesinado a todos los habitantes de la casa, porque no se oye ningún ruido.

— ¿Pero habrá sido capaz de hacer todo eso?

—Es un bandolero capaz de todo —respondió el cabo—. ¡Ah, cómo me alegraría verlo danzar en el extremo de una verga, con un metro de cuerda al cuello!

Sandokán, que no perdía una sola palabra, dejó oír un sordo gruñido y fijó en el cabo unos ojos inyectados en sangre.

—Espera un momento —murmuró, rechinando los dientes—. El primero en caer vas a ser tú. En aquel momento se oyó el cuerno del lord dentro de la quinta.

— ¿Otra señal? —murmuró Sandokán.

—Adelante —ordenó el cabo—. El pirata está alrededor de la casa.

Los soldados se acercaron lentamente, lanzando miradas de inquietud a todas partes. Sandokán midió de un vistazo la distancia, se irguió sobre las rodillas, y luego de un salto se lanzó contra los enemigos.

Abrir el cráneo al cabo y desaparecer en medio de la cercana fronda fue cuestión de un solo momento.

Los soldados, sorprendidos por tanta audacia, aterrados por la muerte de su compañero, no pensaron en hacer fuego instantáneamente. Aquella breve vacilación le bastó a Sandokán para alcanzar a escondidas la cerca, atravesarla de un salto y desaparecer del otro lado. Pronto estallaron gritos de furor, acompañados de varias descargas de fusil. Todos, oficiales y soldados, se lanzaron como un solo hombre fuera del jardín, desperdigándose en todas las direcciones y disparando algún tiro, con la esperanza de alcanzar al fugitivo, pero ya era demasiado tarde. Sandokán, que había escapado milagrosamente de aquel cerco de armas, galopaba como un caballo, adentrándose en las selvas que rodeaban la finca de lord James. Libre en el espeso bosque, donde tenía

ocasión de desplegar mil artimañas y de esconderse en cualquier sitio, ya no temía a los ingleses. ¿Qué le importaba que lo siguieran, que lo cercaran por todas partes, ahora que tenía el espacio por delante y ahora que una voz le susurraba al oído sin parar «huye porque te amo?».

—Que vengan a buscarme aquí, en medio de la naturaleza salvaje —decía sin dejar de correr—. Encontrarán al tigre libre, dispuesto a todo, resuelto a todo. Ya pueden surcar con sus humeantes cruceros las aguas de la isla; pueden lanzar a sus soldados a través de los boscajes, llamar en su ayuda a todos los habitantes de Victoria: yo pasaré igualmente entre sus bayonetas y sus cañones. ¡Pero volveré pronto, oh joven celestial, te lo juro; volveré aquí, a la cabeza de mis valientes, no como vencido, sino como vencedor, y te arrancaré para siempre de estos lugares execrables!

A medida que se alejaba, los gritos de sus perseguidores y los disparos de fusil fueron haciéndose cada vez más débiles, hasta que desaparecieron por completo.

Se detuvo un momento al pie de un gigantesco árbol, para recobrar el aliento y para elegir el camino que recorrer a través de aquellos millares de plantas, a cuál más grande e intrincada.

La noche era clara, gracias a la luna que brillaba en un cielo sin nubes, derramando bajo las frondas de la selva sus azulados rayos, de una infinita dulzura y de una transparencia vaporosa.

—Veamos —dijo el pirata, orientándose por las estrellas—. A la espalda tengo a los ingleses; delante, hacia el oeste, está el mar. Si tomo enseguida esta dirección, puedo toparme con cualquier pelotón de soldados, porque ellos supondrán que intento alcanzar la costa más próxima. Será mejor desviarse de la línea recta, torcer hacia el sur y alcanzar el mar a una notable distancia de aquí. Vamos, pues, en marcha, y ojos y oídos atentos.

Reunió toda su energía, volvió la espalda a la costa, que no debía de estar muy lejana, y se internó nuevamente en la selva, abriéndose paso entre los matorrales con mil precauciones, saltando troncos de árboles caídos por su decrepitud o abatidos por el rayo, y trepando por las plantas cada vez que se encontraba ante una barrera vegetal tan espesa que hubiera impedido el paso incluso a un mono parándose así caminando durante tres horas, cuando algún pájaro espantado por su presencia se levantaba chirriando, o cuando algún animal salvaje huía aullando, y se detuvo al fin delante de un torrente de aguas negras.

Se introdujo en él, lo remontó durante unos cincuenta metros, aplastando millares de gusanos de agua, y, al llegar frente a un grueso ramo, se agarró a él y se encaramó sobre un árbol frondoso.

—Con esto bastará para hacer perder mi rastro incluso a los perros —se dijo—. Ahora puedo descansar, sin miedo de ser descubierto.

Llevaba allí una media hora, cuando un leve rumor, que se hubiera escapado a un oído menos fino que el suyo, se dejó oír a breve distancia.

Apartó lentamente el follaje, conteniendo la respiración, y lanzó a la tupida sombra del bosque una mirada investigadora.

Dos hombres, curvados hasta casi tocar tierra, avanzaban, mirando atentamente a derecha e izquierda y hacia adelante. Sandokán reconoció en ellos a dos soldados.

— ¡El enemigo! —murmuró—. ¿Me he equivocado o es que me han seguido tan de cerca?

Los dos soldados, que al parecer estaban buscando las huellas del pirata, después de haber recorrido algunos metros se detuvieron casi bajo el árbol que servía de refugio a Sandokán.

— ¿Sabes, John? —dijo uno de los dos, cuya voz temblaba—. Tengo miedo de encontrarme bajo estos oscurísimos boscajes.

—Y yo también, James —respondió el otro—. El hombre que buscamos es peor que un tigre, capaz de caer de improviso sobre nosotros y despacharnos a ambos. ¿Has visto cómo ha matado a nuestro compañero?

—No lo olvidaré jamás, John. No parecía un hombre, sino un gigante, dispuesto a hacernos picadillo. ¿Crees que conseguiremos prenderlo?

—Tengo mis dudas, a pesar de que el baronet William Rosenthal haya prometido cincuenta flamantes libras esterlinas por su cabeza. Mientras todos lo íbamos siguiendo hacia el oeste, para impedirle embarcarse en cualquier prao, quizá él corría hacia el norte o hacia el sur.

—Pero mañana, o pasado mañana lo más tarde, saldrá algún crucero y le impedirá huir.

—Tienes razón, amigo. Entonces ¿qué hacemos?

—Vamos hasta la costa, y después ya veremos.

— ¿Esperamos antes al sargento Willis, que nos sigue?

—Lo esperaremos en la costa.

—Confiemos en que no caiga en manos del pirata. ¡Hala!, vamos a reemprender la marcha, por ahora.

Los dos soldados echaron una última mirada a su alrededor y se pusieron a caminar hacia el oeste, desapareciendo entre las sombras de la noche.

Sandokán, que no había perdido una sílaba de su charla, esperó media hora, y luego se dejó resbalar lentamente hasta el suelo.

—Está bien —dijo—. Todos me siguen hacia occidente; yo seguiré torciendo hacia el sur, donde sé que ya no encontraré enemigos. Sin embargo, estemos atentos. Tengo al sargento Willis a los talones.

Reemprendió la silenciosa marcha, dirigiéndose hacia el sur: volvió a atravesar el torrente y se abrió paso a través de una espesa cortina de plantas.

Estaba a punto de girar alrededor de un grueso alcanforero que le cerraba el paso, cuando una voz amenazante le gritó:

— ¡Si dais un paso más, si hacéis el menor movimiento, os mato como a un perro!

X. Giro-Batol

El pirata, sin espantarse por aquella brusca intimación, que podía costarle la vida, se volvió lentamente, apretando el sable, dispuesto a servirse de él.

A seis pasos de él, un hombre, un soldado, sin duda el sargento Willis, mencionado poco antes por los dos rastreadores, se había alzado de detrás de un matorral y lo apuntaba fríamente, al parecer resuelto a cumplir al pie de la letra la amenaza.

Lo miró tranquilamente, pero con ojos que despedían extraños resplandores en medio de aquella profunda oscuridad, y prorrumpió en estrepitosas carcajadas.

— ¿De qué os reís? —preguntó el sargento, desconcertado y estupefacto—. Me parece que no es este el momento.

—Río porque me extraña que tú te atrevas a amenazarme de muerte —respondió Sandokán—. ¿Sabes quién soy yo?

—El jefe de los piratas de Mompracem.

— ¿Estás bien seguro de ello? —preguntó Sandokán, cuya voz silbaba de un extraño modo.

— ¡Oh! Apostaría una semana de mi paga contra un penique a que no me equivoco.

— ¡En efecto, yo soy el Tigre de Malasia!

— ¡Ah! ...

Los dos hombres, Sandokán burlón, amenazante, seguro de sí, el otro espantado de encontrarse solo ante aquel hombre, cuyo valor era legendario, pero resuelto a no retroceder, se miraron en silencio durante algunos minutos.

—Vamos, Willis, ven a prenderme —dijo Sandokán.

— ¡Willis! —Exclamó el soldado, invadido de un supersticioso terror—. ¿Cómo sabéis mi nombre?

— ¿Qué puede ignorar un hombre escapado del infierno? —dijo el Tigre sonriendo burlonamente.

—Me dais miedo.

— ¡Miedo! —Exclamó Sandokán—. Willis, ¿sabes que veo sangre?...

El soldado, que había bajado el fusil, sorprendido, espantado, no sabiendo ya si tenía delante un hombre o un demonio, retrocedió vivamente, intentando apuntarlo; pero Sandokán, que no lo perdía de vista, en un abrir y cerrar de ojos, se colocó a su lado, arrojándolo a tierra.

— ¡Perdón! ¡Perdón! —balbuceó el pobre sargento, cuando vio ante sí la punta del sable.

—Te perdono la vida.

— ¿Puedo creerlo?

—El Tigre de Malasia nunca promete nada en vano. Levántate y escúchame.

El sargento se irguió, temblando, fijando en Sandokán unos ojos espantados.

—Hablad —dijo.

—Te he dicho que te perdono la vida, pero tienes que responderme a todas las preguntas que te haga.

—Decid.

— ¿Hacia dónde creen que he huido?

—Hacia la costa occidental.

— ¿Cuántos hombres hay detrás de mí?

—No puedo decirlo; sería una traición.

—Tienes razón; no te lo reprocho: al contrario, eso me gusta. El sargento lo miro con estupor.

— ¿Qué clase de hombre sois? —le preguntó—. Os creía un miserable asesino, pero veo que todos se equivocan.

—No me importa. Quítate el uniforme.

— ¿Qué queréis hacer con él?

—Me servirá para huir y nada más. ¿Hay soldados indios entre los que me persiguen?

—Sí, los cipayos.

—Está bien; quítatelo y no opongas resistencia, si quieres que nos despedamos como buenos amigos.

El soldado obedeció. Sandokán se vistió el uniforme como pudo, se ciñó la daga y la cartuchera, se puso en la cabeza la gorra y se echó la carabina en bandolera.

—Ahora dejadme que os ate —dijo luego al soldado.

— ¿Queréis que me devoren los tigres?

— ¡Bah! Los tigres no son tan numerosos como crees. Además, tengo que tomar mis medidas para impedirte que me traiciones.

Tomó entre sus robustos brazos al soldado, que ni siquiera se atrevía a oponer resistencia, lo ató con una sólida cuerda, y después se alejó a paso rápido, sin volverse a mirar para atrás.

—Apresurémonos —dijo—. Tengo que alcanzar esta noche la costa y embarcar, o mañana será demasiado tarde. Quizá con el traje que llevo me será fácil escapar de mis perseguidores y saltar a bordo de cualquier barco que vaya directo a las Romades. Desde allí podré llegar a Mompracem y entonces... ¡Ah, Marianna, volverás a verme pronto, pero esta vez, terrible vencedor!

Ante aquel nombre, casi involuntariamente evocado, la frente del pirata se oscureció y sus facciones se contrajeron dolorosamente. Se llevó las manos al corazón y suspiró.

— ¡Silencio, silencio! —murmuró con voz profunda—. Pobre Marianna, quién sabe qué ansiedad agitará a estas horas su corazón. Quizá me creará vencido, herido o encadenado como una fiera feroz, tal vez incluso muerto. ¡Daría toda mi sangre, gota a gota por volver a verla un solo instante, por poder decirle que el Tigre está vivo todavía y que volverá! ¡Vamos, ánimo, que me hace falta! Esta noche abandonaré estas inhóspitas playas, llevando conmigo su juramento, y volveré a mi salvaje isla. Y después, ¿qué haré? ¿Diré adiós a mi vida de aventurero, a mi isla, a mis piratas a mi mar?

Todo esto se lo he jurado a ella, y por sublime, que ha sabido encadenar el corazón inaccesible del Tigre de Malasia, todo lo haré. Silencio, no la nombraré más o me volveré loco. ¡Adelante!

Volvió a ponerse en camino con paso rápido, apretándose fuertemente el pecho, como si quisiera sofocar los latidos precipitados de su corazón. Caminó toda la noche, atravesando grupos de gigantescos árboles y de pequeñas florestas, o bien praderas hundidas en profundos valles y llenas de torrentes y estanques, intentando orientarse por las estrellas.

Al salir el sol se detuvo junto a una colosal mata de durion, para descansar un poco y también para asegurarse de que el camino se hallaba libre.

Estaba a punto de ocultarse en medio de un festón de lianas, cuando oyó que una voz gritaba:

— ¡Eh, camarada! ¿Qué andáis buscando por ahí dentro? Tened cuidado, no esté escondido por ahí algún pirata, mucho más terrible que los tigres de vuestro país.

Sandokán, sin sorprenderse lo más mínimo, seguro de no tener nada que temer con el traje que llevaba, se volvió tranquilamente y vio a corta distancia dos soldados tendidos en el suelo bajo la fresca sombra de una areca. Después de haberlos mirado atentamente creyó reconocer en ellos a los dos que habían precedido al sargento Willis.

— ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Sandokán con acento gutural y desfigurando el inglés.

—Estamos descansando un poco —respondió uno de los soldados—. Hemos andado de caza toda la noche y ya no podíamos más.

— ¿Buscabais también vosotros al pirata?

—Sí, e incluso os puedo decir, mi sargento, que habíamos descubierto su rastro.

— ¡Oh! —Dijo Sandokán, fingiendo estupor—. ¿Y dónde lo habéis encontrado?

—En el bosque que acabamos de atravesar ahora mismo.

— ¿Y lo habéis perdido después?

—No hemos sido capaces de volver a encontrarlo —dijo el soldado con rabia.

— ¿Adónde se dirigía?

—Hacia el mar.

—Entonces estamos perfectamente de acuerdo.

— ¿Qué queréis decir, mi sargento? —preguntaron los dos soldados, poniéndose en pie.

—Que Willis y yo...

— ¡Willis!... ¿Lo habéis encontrado?

—Sí, hace dos horas que lo he dejado.

—Continuad, mi sargento.

—Quería deciros que Willis y yo habíamos vuelto a encontrar su rastro en las proximidades de la colina roja. El pirata intenta alcanzar, la costa septentrional de la isla, ya no es posible equivocarse.

— ¡Entonces hemos seguido un falso rastro!...

—No, amigos —dijo Sandokán—. Lo que pasa es que el pirata ha jugado hábilmente con nosotros.

— ¿De qué modo? —preguntó el más entrado en años de los dos soldados.

—Remontando hacia el norte siguiendo el lecho de un torrente. El muy ladino ha dejado sus huellas en el bosque, fingiendo huir hacia el oeste; pero luego ha vuelto hacia atrás.

— ¿Qué debemos hacer ahora?

— ¿Dónde están vuestros compañeros?

—Están batiendo la selva a dos millas de aquí, avanzando hacia el oeste.

—Entonces volved inmediatamente atrás y dad la orden de dirigirse, sin pérdida de tiempo, hacia las playas septentrionales de la isla. Y espabilaos, que el lord ha prometido cien libras esterlinas y un grado al que descubra al pirata.

No se necesitaba más para animar a los dos soldados. Recogieron precipitadamente sus fusiles, se metieron en el bolsillo las pipas que estaban fumando y, saludando a Sandokán, se alejaron rápidamente, desapareciendo detrás de los árboles.

El Tigre de Malasia los siguió con la vista mientras pudo; luego volvió a introducirse entre las matas, murmurando:

—Mientras me despejan el camino, yo puedo dormir algunas horas. Más tarde veré lo que conviene hacer.

Bebió algunos sorbos de whisky de la botella de Willis, que estaba llena, comió algunos plátanos que había recogido en la selva, después apoyó la cabeza sobre una brazada de hierba y se durmió profundamente, sin preocuparse más de sus enemigos.

¿Cuánto durmió? Ciertamente no más de tres o cuatro horas, porque cuando abrió los ojos el sol se hallaba todavía alto. Estaba a punto de levantarse para reemprender la marcha, cuando oyó un disparo de fusil a poca

distancia, seguido súbitamente del galope precipitado de un caballo.

— ¿Me habrán descubierto? —murmuró Sandokán, volviendo a dejarse caer en medio de los matorrales.

Montó rápidamente la carabina, apartó con precaución las hojas y miró. Al principio no vio a nadie; oía sin embargo el galope que se aproximaba rápidamente. Creía que se trataba de un cazador lanzado tras las huellas de alguna babirusa, pero bien pronto se percató de que se había equivocado. Era una caza de hombre.

En efecto, un instante después un indígena o un malayo, a juzgar por el color negro rojizo de su piel, atravesó a carrera tendida la pradera, intentando alcanzar un espeso bosque de plátanos.

Era un hombre bajo, membrudo, casi desnudo: no llevaba más que un faldellín desgarrado y un gorro de fibra de rotang, pero con la mano derecha empuñaba un nudoso bastón y con la izquierda un kriss de hoja serpenteante.

Fue su carrera tan rápida que a Sandokán le faltó tiempo para observarlo mejor. Sin embargo lo vio esconderse, de un último salto, en medio de los plátanos y desaparecer bajo las gigantescas hojas.

— ¿Quién será? —se preguntó Sandokán estupefacto—. Ciertamente es un malayo. De pronto una sospecha le atravesó el cerebro.

— ¿Y si fuese uno de mis hombres? —se preguntó—. ¿Habrá desembarcado Yáñez a alguno para venir a buscarme? Él no ignoraba que me dirigía a Labuán.

Estaba a punto de salir de las matas para intentar descubrir al fugitivo, cuando en el borde del bosque apareció un jinete.

Era un soldado de caballería del Regimiento de Bengala.

Parecía furibundo, porque blasfemaba y maltrataba a su caballo espoleándolo y atormentándolo con violentas desgarraduras.

Llegó a unos cincuenta pasos de las matas de plátanos, saltó ágilmente al suelo, ató el caballo a la raíz de una planta, montó el mosquete y se puso a escuchar, escudriñando atentamente los árboles cercanos.

— ¡Por todos los truenos del universo! —exclamó—. ¡No puede haber desaparecido bajo tierra!... En algún lugar debe de estar escondido y, vive Dios, que no escapará por segunda vez de mi mosquete. Bien sé que tengo que vérmelas con el Tigre de Malasia, pero John Gibbs no tiene miedo. Y si este condenado caballo no se hubiera encabritado, a estas horas no estaría ya vivo el piratejo.

Hablando así consigo mismo, el soldado desenvainó el sable y se dirigió

hacia una espesura de arecas y matorrales, apartando con prudencia las ramas.

Aquellos árboles estaban al lado del bosque de plátanos, pero era dudoso que lograra descubrir al fugitivo. Este se había ido alejando, arrastrándose a través de las lianas y raíces, y había encontrado un escondrijo que lo ponía al abrigo de cualquier búsqueda. Sandokán, que no había abandonado su matorral, intentó en vano descubrir dónde podía haberse ocultado el malayo. Por más que se estiraba y escudriñaba por debajo y por encima de las grandes hojas no conseguía verlo en ningún sitio. Sin embargo, se guardaba bien de poner al caballero sobre la buena pista, temiendo traicionar a aquel pobre indígena que había sido perseguido por su culpa.

—Vamos a ver si podemos salvarlo —murmuró—. Puede ser uno de mis hombres o algún explorador mandado por Yáñez. Tengo que dirigir hacia otra parte a ese soldado o acabará por encontrarlo.

Estaba a punto de salir de su matorral, cuando a pocos pasos vio agitarse un festón de lianas.

Volvió rápidamente la cabeza hacia aquella parte y vio aparecer al malayo. El pobre hombre, temiendo ser sorprendido, trepaba por aquellas cuerdas vegetales para alcanzar la cima de un mango, entre cuyas hojas espesísimas podría encontrar un magnífico escondrijo.

— ¡Muy astuto! —murmuró Sandokán.

Esperó a que alcanzara las ramas y se volviera. En cuanto pudo descubrir su cara, a duras penas pudo contener un grito de alegría y estupor.

— ¡Giro-Batol! —exclamó—. ¡Ah, mi bravo malayo!... ¿Cómo es que todavía se encuentra vivo?... Sin embargo, me acuerdo de haberlo abandonado en el prao a punto de irse a pique, muerto o moribundo. ¡Qué suerte!... Este debe de tener el alma bien clavada en su cuerpo. ¡Vamos, hay que salvarlo!...

Montó la carabina, dio la vuelta a la espesura y apareció bruscamente al margen del bosque, gritando:

— ¡Eh, amigo!... ¿Qué andáis buscando con tanto encarnizamiento? ¿Habéis herido a alguna babirusa?

El soldado, al oír aquella voz, saltó ágilmente fuera de los matorrales con el mosquete apuntando delante de sí, y emitió un grito de estupor.

— ¡Toma! ¡Un sargento! —exclamó.

— ¿Os sorprende, amigo?

— ¿De qué agujero habéis salido?

—De la selva. He oído un tiro y me he apresurado a venir para ver qué había sucedido. ¿Habéis disparado contra alguna babirusa?

—Pues sí, contra una babirusa más peligrosa que un tigre —dijo el soldado con mal disimulada cólera.

— ¿Entonces qué clase de fiera era?

— ¿No buscáis vos también a alguien? —preguntó el soldado.

—Sí.

—Al Tigre de Malasia, ¿verdad, mi sargento?

—Exactamente.

— ¿Habéis visto al terrible pirata?

—No, pero he descubierto su rastro.

—En cambio, yo, mi sargento, he encontrado al pirata en persona.

— ¡Imposible!

—He disparado contra él.

—Y... ¿no habéis acertado?

—Como un cazador novato.

— ¿Y dónde se ha escondido?

—Me temo que ya estará lejos. Lo he visto atravesar la pradera y esconderse por estos matorrales.

—Entonces ya no lo encontraréis.

—Eso temo yo también. Ese hombre es más ágil que un mono y más terrible que un tigre.

—Es capaz de mandarnos a los dos al otro mundo.

—Ya lo sé, mi sargento. Si no fuera por las cien libras esterlinas prometidas por lord Guillonk, con las que cuento para fundar una factoría el día que arroje el sable, no me hubiera atrevido a seguirlo.

— ¿Y ahora qué pensáis hacer?

—No lo sé. Creo que rebuscando por estos matorrales perderé inútilmente el tiempo.

— ¿Queréis un consejo?

—Decid, mi sargento.

—Volved a montar a caballo y dad la vuelta al bosque.

— ¿Queréis venir conmigo? Los dos juntos nos daremos valor.

—No, camarada.

— ¿Por qué, mi sargento?

— ¿Queréis dejar escapar al pirata?

—Explicaos.

—Si lo perseguimos los dos por una parte, el Tigre huirá por la otra. Dad vos la vuelta al bosque y dejadme a mí el cuidado de revisar esta espesura.

—De acuerdo, pero con una condición.

— ¿Cuál?

—Que partamos el premio si tuvierais la suerte de abatir al Tigre. No quiero perder las cien libras del todo.

—Accedo —respondió Sandokán, sonriendo. El soldado envainó el sable, volvió a subir en la silla, colocándose antes el mosquete montado, y saludó al sargento, diciéndole:

—Nos encontraremos en el margen opuesto de la floresta.

—«Espérame sentado» —murmuró Sandokán.

Aguardó a que el jinete hubiera desaparecido y luego se aproximó al árbol sobre el que seguía escondido su malayo, diciendo:

—Baja, Giro-Batol.

Aún no había terminado la frase, cuando ya el malayo había caído a sus pies, gritando con quebrantada voz:

— ¡Ah..., Capitán!...

— ¿Te sorprende volver a verme vivo todavía, mi valiente?

—Podéis creerlo, Tigre de Malasia —dijo el pirata con lágrimas en los ojos—. Creí que no volvería a veros jamás, pues estaba seguro de que los ingleses os habían matado.

— ¡Matado! Los ingleses no tienen hierro suficiente para llegar al corazón del Tigre de Malasia —respondió Sandokán—. Me habían herido gravemente, es cierto, pero como ves estoy sano y salvo y dispuesto a recomenzar la lucha.

— ¿Y todos los otros?

—Duermen en los abismos del mar —respondió Sandokán, con un suspiro—. Todos los valientes que arrastré al abordaje del maldito buque cayeron bajo los golpes de los leopardos.

—Pero los vengaremos, ¿no es así capitán?

—Sí, y muy pronto. Pero ¿a qué afortunada circunstancia debo el volver a encontrarte vivo todavía? Recuerdo haberte visto caer moribundo a bordo de tu prao, durante el primer combate.

—Es cierto, capitán. Una descarga de metralla me alcanzó en la cabeza, pero no me mató. Cuando volví en mí, el pobre prao, que habíais abandonado a las olas, acribillado por las balas del crucero, estaba a punto de hundirse en los abismos. Me agarré a un pecio y avancé hacia la costa. Anduve errante varias horas por el mar, y luego me desmayé. Me desperté en la cabaña de un indígena. Aquel buen hombre me había recogido a quince millas de la playa, me había embarcado en su canoa y transportado a tierra. Me curó con afecto, hasta que estuve completamente sano.

—Y ahora ¿adónde huías?

—Iba a trasladarme a la costa, para lanzar al agua una canoa que había construido yo mismo, cuando me vi atacado por aquel soldado.

— ¡Oh! ¿Tienes una canoa?

—Sí, mi capitán.

— ¿Quieres volver a Mompracem?

—Esta noche.

—Entonces iremos juntos, Giro-Batol.

— ¿Cuándo?

—Nos embarcaremos esta tarde.

— ¿Queréis venir a mi cabaña a descansar un poco?

— ¡Oh!... ¿También tienes una cabaña?

—Un tugurio que me regalaron los indígenas.

—Vámonos enseguida. No puedes quedarte aquí sin correr el peligro de ser sorprendido por el soldado.

— ¿Volverá? —preguntó Giro-Batol con aprensión.

—Seguramente.

—Huyamos, capitán.

—No tengas prisa. Como ves, me he convertido en todo un sargento del Regimiento de Infantería de Bengala, así que puedo protegerte.

— ¿Habéis despojado a algún soldado?

—Sí, Giro-Batol.

— ¡Un golpe maestro!

—Silencio. En marcha, o tendremos aquí al soldado. ¿Está lejos tu cabaña?

—Dentro de un cuarto de hora estaremos en ella.

—Vamos a descansar un poco y más tarde pensaremos en escapar.

Los dos piratas salieron de la espesura y, después de haberse asegurado de que no había nadie por los alrededores, atravesaron con celeridad la pradera, alcanzando la linde de la segunda floresta.

Estaban a punto de adentrarse entre los altos vegetales, cuando Sandokán oyó un galope furioso.

— ¡Otra vez ese inoportuno! —exclamó—. ¡Pronto, Giro-Batol, escóndete en esos matorrales!

— ¡Eh, mi sargento!... —gritó el soldado, que parecía furibundo—. ¿Es así como me ayudáis a prender a ese bribón de pirata?... Mientras yo hacía casi reventar a mi caballo, vos no os habéis movido.

Y mientras así hablaba, espoleaba a su corcel, haciéndolo encabritarse y relinchar de dolor. Después de haber atravesado la pradera, se detuvo junto a un grupo de árboles que quedaba aislado. Sandokán, sin inmutarse, se volvió hacia él y le respondió tranquilamente:

—He vuelto a encontrar el rastro del pirata y he creído inútil seguirlo a través de la selva. Así pues, estaba esperándoos.

— ¿Habéis descubierto su rastro?... ¡Por mil demonios!... ¿Pues cuántas huellas ha dejado ese bribón? Yo creo que se ha divertido jugando con nosotros.

—Eso supongo yo también.

— ¿Quién os lo ha mostrado?

—Lo he encontrado yo.

— ¡Ya, ya, mi sargento! —exclamó el soldado con tono irónico.

— ¿Qué queréis decir?... —preguntó Sandokán arrugando la frente.

—Que alguno os lo ha indicado.

— ¿Y quién?

—He visto un negro junto a vos.

—Lo he encontrado por casualidad y me ha hecho compañía.

— ¿Estabais bien seguro de que era un isleño?

—No estoy ciego.

— ¿Y adónde se ha ido ese negro?

—Se ha dirigido hacia el bosque. Seguía la pista de una babirusa.

—Habéis hecho mal en dejarlo marchar. Podía habernos suministrado preciosas indicaciones y hacernos ganar aún las cien libras.

— ¡Humm!... Empiezo a temer que ya se nos ha esfumado, camarada. Por mi parte, renuncio y me vuelvo a la quinta de lord Guillonk.

—Yo no tengo miedo, mi sargento, y seguiré persiguiendo al pirata.

—Como gustéis.

—Feliz regreso —gritó el soldado con ironía.

—Que el diablo te lleve —respondió Sandokán.

El soldado se alejó, por fin, espoleando furiosamente a su caballo, y se dirigió de nuevo hacia los boscajes que había atravesado poco antes.

—Vámonos —dijo Sandokán cuando dejó de verlo—. Si vuelve otra vez, lo saludo con un buen tiro de carabina.

Se acercó al escondrijo de Giro-Batol y los dos juntos reemprendieron la marcha, adentrándose en la selva.

Después de haber atravesado otro claro, se metieron en medio de espesas plantas, abriéndose paso fatigosamente entre un caos de calamus y de rotangs que se entretejían de mil formas, y en medio de una verdadera red de raíces, que serpenteaban por el suelo en mil direcciones.

Caminaron durante un buen cuarto de hora, vadeando numerosos torrentes, sobre cuyas riberas se veían huellas recientes del paso de los hombres, y luego se metieron en un boscaje tan frondoso y cubierto que la luz no podía casi atravesarlo.

Giro-Batol se detuvo un momento a escuchar, y luego dijo, volviéndose hacia Sandokán:

—En medio de esas plantas está mi cabaña.

—Un refugio seguro —respondió el Tigre de Malasia con una leve sonrisa—. Admiro tu prudencia.

—Seguidme, capitán. Nadie vendrá a molestarnos.

XI. La canoa de Giro-Batol

La cabaña de Giro-Batol se alzaba justamente en medio de aquel frondosísimo bosque, entre dos colosales pombos, que con sus enormes masas de follaje la protegían completamente de los rayos del sol.

Era un tugurio más que una habitación, apenas capaz de albergar a una pareja de salvajes, bajo, estrecho, con el techo formado por hojas de plátano superpuestas por estratos, y las paredes hechas de ramas toscamente entretejidas.

La única abertura era la puerta: no había ni rastro de ventanas.

¡El interior no valía mucho más! No había más que un lecho de hojas secas, dos toscas ollas de arcilla mal cocida y dos guijarros que debían de servir para encender fuego.

Había en cambio víveres en abundancia, frutas de toda clase e incluso la mitad de una babirusa de pocos meses, suspendida del techo por las patas traseras.

—Mi cabaña no vale gran cosa, capitán —dijo Giro-Batol—. Sin embargo, aquí podréis descansar a vuestro gusto sin temor de ser molestado. Hasta los indígenas de los alrededores ignoran que aquí hay un refugio. Si queréis dormir, puedo ofreceros este lecho de hojas frescas cortadas esta misma mañana; si tenéis sed, tengo una olla llena de agua fresca, y si tenéis hambre, hay fruta y deliciosas chuletas.

—No pido más, mi bravo Giro-Batol —respondió Sandokán—. No esperaba encontrar tanto.

—Concededme media hora para asaros un pedazo de babirusa. Entretanto podréis saquear mi despensa. Ahí hay unas excelentes ananás, plátanos perfumados, succulentos pombos como no los habéis probado en Mompracem, fruta del artocarpus de tamaño inverosímil y durion que son mejores que la crema. Todo está a vuestra disposición.

—Gracias, Giro-Batol. Voy a aprovecharme, porque tengo más hambre que un tigre y llevo ayunando una semana.

—Entretanto voy a encender fuego.

— ¿No descubrirán el humo?

— ¡Oh!... No temáis, capitán. Los árboles son tan altos y tan espesos que no lo permitirán. Sandokán, que estaba bastante hambriento a causa de las largas marchas a través de la selva, atacó un palmito, que no pesaba menos de veinte libras, y se puso a resquebrajar aquella sustancia blanca y dulce que le

recordaba el sabor de las almendras.

Entretanto el malayo, amontonando ramas secas sobre el fogón, las encendía, sirviéndose de dos pedacitos de bambú cortados por la mitad.

Es bastante curioso el sistema utilizado por los malayos para encender fuego sin necesidad de fósforos. Toman dos bambúes cortados y sobre la superficie convexa de uno de ellos hacen una muesca. Con el otro comienzan a frotar sobre ese tajo, empleando el borde, al principio lentamente y luego cada vez más deprisa. El polvillo producido por ese frota miento se prende poco a poco y cae sobre un poco de yesca de fibra de gamut. La operación es bastante fácil y rápida y no requiere una especial habilidad.

Giro-Batol puso a asar un buen pedazo de babirusa ensartado en una varilla verde, sostenida por dos ramas en forma de horquilla fijas en el suelo; luego empezó a rebuscar bajo un montón de hojas verdes y sacó de allí un vaso que exhalaba un perfume poco prometedor, pero que hacía dilatar las narices al salvaje hijo de la selva malaya.

— ¿Qué vas a ofrecirme, Giro-Batol? —preguntó Sandokán.

—Un plato delicioso, capitán.

Sandokán miró dentro del vaso e hizo una mueca.

—Prefiero la chuleta de babirusa, amigo mío. El blaciang no está hecho para mí. Gracias de todos modos por tu buena intención.

—Lo había reservado para las ocasiones extraordinarias, capitán —dijo el malayo mortificado.

—Sabes bien que yo no soy malayo. Mientras saqueo tu fruta, engulle tu famoso plato. En el mar se estropearía.

El malayo no se lo hizo repetir dos veces y atacó vorazmente la olla, manifestando un gran placer.

El blaciang es ávidamente buscado por los malayos, que, en cuestión de alimentos, pueden dar punto y raya a los chinos, los menos escrupulosos de todos los pueblos. No desdeñan las serpientes, ni los animales ya en putrefacción, ni los gusanos en salsa, y mucho menos las larvas de las termitas por las que llegan a cometer verdaderas locuras.

El blaciang, no obstante, supera toda imaginación. Es una mezcla de cangrejos y de pececillos triturados juntos, que se deja corromper al sol y luego se sala. El olor que exhala esa pasta es tal que no hay quien lo soporte: incluso hace enfermar.

No obstante, a los malayos y también a los javaneses les gusta glotonamente ese inmundo plato y lo prefieren a los pollos y a las suculentas

chuletas de babirusa.

Mientras esperaban el asado, habían reemprendido la conversación.

—Saldremos esta noche, ¿no, capitán? —preguntó Giro-Batol.

—Sí, en cuanto desaparezca la luna —respondió Sandokán.

— ¿Tendremos el camino libre?

—Eso espero.

—Siempre temo un mal encuentro, capitán.

—No te preocupes, Giro-Batol. No se puede sospechar de un sargento así como así.

— ¿Y si alguien os reconoce incluso con este traje?

—Sólo me conocen poquísimas personas y estoy seguro de que no me las encontraré sobre mis pasos.

— ¿Habéis tenido entonces relaciones?

—Y con personas muy importantes, con barones y condes —dijo Sandokán.

— ¡Vos, el Tigre de Malasia! —exclamó Giro-Batol estupefacto.

Luego, mirando a Sandokán con cierto embarazo, le preguntó indeciso:

— ¿Y la joven blanca?

El Tigre de Malasia levantó bruscamente la cabeza, fijó en el malayo una mirada que despedía sombríos resplandores, y luego suspirando profundamente dijo:

—Calla, Giro-Batol. ¡No despiertes en mí recuerdos terribles!

Estuvo algunos instantes en silencio, con la cabeza apretada entre las manos y los ojos fijos en el vacío; luego, como hablando consigo mismo, prosiguió:

—Volveremos pronto aquí, a esta isla. El destino será más poderoso que mi voluntad, y luego... incluso en Mompracem, entre mis valientes, ¿cómo poder olvidarla? ¿No bastaba ya con la derrota? ¡Tenía que dejarme también el corazón en esta maldita isla!

— ¿De qué habláis, capitán? —preguntó Giro-Batol ciertamente sorprendido.

Sandokán se pasó una mano por los ojos como si quisiera ahuyentar una visión, y luego, sacudiéndose, dijo:

—No preguntes nada, Giro-Batol.

—Pero volveremos aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y vengaremos a nuestros compañeros que murieron combatiendo sobre las playas de esta tierra abominable.

—Sí, pero quizá sería mejor para mí no volver a ver más esta isla.

— ¿Qué decís, capitán?

—Digo que esta isla podrá dar un golpe mortal al poderío de Mompracem y quizá encadenar para siempre al Tigre de Malasia.

— ¿A vos, tan fuerte, tan terrible? ¡Oh, vos no podéis tener miedo de los leopardos de Inglaterra!

—No de ellos, no, pero... ¿quién puede leer en el destino? Mis brazos son todavía formidables, pero ¿lo será también mi corazón?

— ¡El corazón! No os comprendo, capitán.

—Mejor. A comer, Giro-Batol. No pensemos en el pasado.

—Me dais miedo, capitán.

—Calla, Giro-Batol —replicó Sandokán con acento imperioso.

El malayo no se atrevió a continuar. Trajo el asado, que despedía un apetitoso olor, lo colocó sobre una larga hoja de plátano y se lo ofreció a Sandokán; luego fue a buscar en un rincón del tugurio y de un agujero sacó una botella casi rota pero cuidadosamente cubierta con un cucurucho formado con fibra de rotang, hábilmente entretejida.

—Gin, capitán —dijo, mirando la botella con ojos ardientes—. He tenido que trabajar no poco para arrebatarla a los indígenas y la guardaba para reponer fuerzas en el mar. Podéis vaciarla hasta la última gota.

—Gracias, Giro-Batol —respondió Sandokán con una triste sonrisa—. La partiremos como hermanos.

Sandokán comió en silencio, no haciendo a la comida tantos honores como el bravo malayo había esperado; bebió algunos sorbos de gin y luego se sentó sobre las frescas hojas, diciendo:

—Vamos a descansar unas horas. En tanto caerá la tarde, y después tenemos que esperar a que desaparezca la luna.

El malayo cerró cuidadosamente la cabaña, apagó el fuego y, habiendo vaciado la botella, se acurrucó en un rincón, soñando que se encontraba ya en

Mompracem.

Sandokán en cambio, a pesar de que estaba cansadísimo, después de haber estado caminando toda la noche anterior, no fue capaz de pegar ojo.

Y no ya por el temor de verse sorprendido de un momento a otro por los enemigos: no era posible que los encontraran en aquella cabaña tan bien oculta a las miradas de todos. Era el pensamiento de la joven inglesa el que lo mantenía despierto.

— ¿Qué le habría sucedido a Marianna después de los últimos acontecimientos? ¿Qué habría ocurrido entre ella y lord James?... ¿Y a qué acuerdos habrían llegado el viejo lobo de mar y el baronet William Rosenthal? ¿Seguiría en Labuán, y todavía libre a su vuelta? ¡Los celos ardían en el corazón del pirata! ¡Y no poder hacer nada por la mujer querida! ¡Nada más que huir para no caer bajo los golpes de sus odiados adversarios!

— ¡Ah! —Pensaba Sandokán, agitándose sobre el lecho de hojas—. ¡Daría la mitad de mi sangre por volver a encontrarme otra vez junto a aquella joven que ha sabido hacer palpar el corazón del Tigre de Malasia! ¡Pobre Marianna! ¡Quién sabe qué angustias estarán atormentándola! ¡Quizá me creerá vencido, herido, incluso muerto!... ¡Mis tesoros, mis barcos, mi isla, por poder decirle que el Tigre de Malasia está vivo todavía y que la recordará siempre!... ¡Vamos, ánimo! Esta noche abandonaré esta maldita isla llevando conmigo su promesa, pero volveré, aunque tenga que arrastrar conmigo hasta el último de mis hombres, aunque tenga que empeñarme en una lucha desesperada contra todas las fuerzas de Labuán; aunque tenga que sufrir otra derrota y caer nuevamente herido.

Pensando en estas cosas esperó a que el sol se hubiera puesto y luego, cuando las tinieblas hubieron invadido la cabaña y la espesura, despertó a Giro-Batol, que roncaba como un tapir.

—Vamos, malayo —le dijo—. El cielo se ha cubierto de nubes, así que es inútil esperar a que desaparezca la luna. Vamos, deprisa, porque siento que, si tuviera que permanecer una hora más aquí, todavía me negaría a seguirte.

— ¿Y dejarías Mompracem por esta maldita isla?

—Calla, Giro-Batol —dijo Sandokán casi con ira—. ¿Dónde se encuentra tu canoa?

—A diez minutos de camino.

—Entonces ¿está tan cerca el mar?

—Sí, Tigre de Malasia.

— ¿Has puesto víveres en ella?

—He pensado en todo, capitán. No nos falta fruta, ni agua, ni los remos y mucho menos la vela.

—Andando, Giro-Batol.

El malayo tomó un pedazo de asado que había apartado, se armó de un nudoso bastón y siguió a Sandokán.

—La noche no podía ser más propicia —dijo, mirando al cielo, que se había cubierto de nubarrones—. Podremos escaparnos sin ser descubiertos.

Una vez atravesada la espesura, Giro-Batol se detuvo un momento para escuchar, y luego, seguro del profundo silencio que reinaba en la selva, reemprendió la marcha, torciendo hacia el oeste.

La oscuridad era densísima bajo aquellos grandes árboles, pero el malayo veía incluso de noche quizá mejor que los gatos, y además era un buen conocedor de aquellos lugares.

Unas veces arrastrando los pies entre las cien mil raíces que obstruían el suelo, otras alzándose entre las tupidas redes de los larguísimos calamos y de los nepentes, otras saltando troncos colosales caídos quizá de puro viejos, Giro-Batol seguía avanzando en la tenebrosa selva sin desviarse nunca. Sandokán, sombrío, taciturno, lo seguía de cerca, imitando todas aquellas maniobras.

Si un rayo de luna hubiera iluminado el rostro del fiero pirata, lo habría mostrado alterado por un intenso dolor.

A aquel hombre, que veinte días antes hubiera dado la mitad de su sangre por poder encontrarse de nuevo en Mompracem, ahora le resultaba inmensamente penoso abandonar la isla en la que dejaba, sola e indefensa, a la mujer que amaba con locura.

Cada paso que le acercaba al mar repercutía en su pecho como una puñalada, y le parecía que la distancia que lo separaba de la Perla de Labuán crecía minuto a minuto enormemente.

A veces se detenía, no sabiendo si volver o seguir adelante; pero el malayo, que sentía arder el suelo bajo sus pies y no veía el instante de embarcarse, lo incitaba a seguir, haciéndole observar lo peligroso que podría resultar el mínimo retraso.

Llevaban caminando media hora, cuando Giro-Batol se paró de repente, aplicando el oído con atención.

— ¿Oís ese fragor? —preguntó.

—Lo oigo claramente: es el mar —respondió Sandokán—. ¿Dónde está la canoa?

—Aquí al lado.

El malayo guio a Sandokán a través de una espesa cortina de follaje y le mostró el mar, que gruñía al romperse contra los bancos de la isla.

— ¿Veis algo? —preguntó.

—Nada —respondió Sandokán, después de haber recorrido rápidamente el horizonte con los ojos.

—La suerte nos acompaña: los cruceros duermen todavía.

Bajó a la orilla, removió las ramas de un árbol y mostró una embarcación que se mecía pesadamente en el fondo de una pequeña ensenada.

Era una barcaza, construida después de haber vaciado a fuego y hacha el tronco de un grueso árbol, semejante a las que usan los indios del río Amazonas y los polinesios del Pacífico.

Desafiar al mar con una barca de formas tan extravagantes era una temeridad sin igual, porque bastarían pocas olas para volcarla; pero los dos piratas no eran tipos para amedrentarse.

Giro-Batol fue el primero en saltar dentro de ella y en izar un pequeño mástil, al que había adaptado una pequeña vela de fibra vegetal cuidadosamente entretejida.

—Venid, capitán —dijo, disponiéndose a tomar los remos—. Dentro de pocos minutos podrían cortarnos el camino.

Sandokán, sombrío, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, estaba todavía en tierra mirando hacia el este, como si intentase descubrir, en medio de la profunda oscuridad y entre los grandes árboles, la habitación de la Perla de Labuán. Parecía ignorar que había llegado el momento de la fuga y que un pequeño retraso podía resultarle fatal.

—Capitán —repitió el malayo—. ¿Queréis dejaros prender por el crucero? Venid, o será demasiado tarde.

—Te sigo —respondió Sandokán con voz triste. Saltó a la canoa cerrando los ojos y dando un profundo suspiro.

El viento soplaba del este, de modo que no podía ser más favorable.

La canoa, con su vela tendida, bogaba con bastante rapidez, inclinada a estribor, interponiendo entre el pirata, que se sentía extremadamente conmovido, y la pobre Marianna, el vasto mar de Malasia.

Sandokán, sentado a popa, con la cabeza entre las manos, no hablaba y seguía con los ojos fijos en su Labuán, que poco a poco desaparecía en las tinieblas; Giro-Batol, instalado a proa, feliz, sonriente, charlaba por diez, y

seguía con los ojos fijos hacia el oeste, allí donde debía aparecer la formidable isla de Mompracem.

—Vamos, capitán —dijo el malayo, que no podía callar un solo instante—. ¿Por qué os habéis quedado tan sombrío, ahora que estamos a punto de volver a ver nuestra isla? Se diría que añoráis Labuán.

—Sí, la añoro, Giro-Batol —respondió Sandokán con voz sorda.

— ¡Oh! ¿Es que os han embrujado esos perros ingleses? Y, sin embargo, capitán, os perseguían para cazaros por bosques y llanuras, ávidos de vuestra sangre. ¡Ah! Tendrías que verlos mañana, cuando se den cuenta de vuestra fuga, morderse los dedos de rabia, y tendrías que oír las imprecaciones de sus mujeres.

— ¡De sus mujeres! —exclamó Sandokán, sacudiéndose.

—Sí, porque nos odian quizá más que los hombres.

— ¡Oh, no todas, Giro-Batol!

—Son peores que las víboras, capitán, os lo aseguro.

—Calla, Giro-Batol, calla. ¡Si vuelves a decir esas palabras, te arrojó de cabeza al mar!

Había tal acento de amenaza en la voz de Sandokán, que el malayo enmudeció de golpe. Miró largamente a aquel hombre, que seguía mirando fijamente a Labuán, oprimiéndose el pecho con ambas manos, como si quisiera sofocar un dolor inmenso, y luego se retiró lentamente a proa, murmurando:

—Los ingleses lo han embrujado.

Durante toda la noche la canoa, empujada por el viento del este, bogó velozmente sin encontrarse con ningún crucero y portándose bastante bien, a pesar de las olas que de vez en cuando la embestían, haciéndola escorar peligrosamente.

El malayo, por miedo de que Sandokán cumpliera la amenaza, había dejado de hablar; sentado a proa, escudriñaba atentamente la oscura línea del horizonte, por ver si aparecía alguna nave.

En cambio su compañero, tendido a popa, no apartaba su mirada del lugar donde debía de encontrarse la isla de Labuán, que ya había desaparecido en las sombras de la noche. Llevarían navegando un par de horas, cuando los agudísimos ojos del malayo descubrieron un punto luminoso que brillaba sobre la línea del horizonte.

— ¿Un velero o un barco de guerra? —se preguntó con ansiedad.

Sandokán, siempre sumido en sus dolorosos pensamientos, no se había dado cuenta de nada.

El punto luminoso creció rápidamente y parecía que se elevaba cada vez más sobre la línea del horizonte.

Aquella luz blanca no podía pertenecer más que a un buque de vapor. Debía de ser un farol encendido sobre la cima del trinquete.

Giro-Batol comenzaba a agitarse; sus inquietudes aumentaban progresivamente, tanto más cuanto que aquel punto luminoso parecía dirigirse directamente hacia la canoa. Pronto debajo del farol blanco aparecieron otros dos: uno rojo y otro verde.

—Es un navío de vapor —dijo.

Sandokán no respondió. Quizá ni le había oído.

—Capitán —repitió—. ¡Un navío de vapor!

El jefe de los piratas de Mompracem esta vez se sobresaltó, mientras un terrible relámpago brillaba en sus sombrías miradas.

— ¡Ah!... —dijo.

Se volvió con ímpetu y miró la inmensa extensión del mar.

— ¿Otra vez un enemigo? —murmuró, mientras su mano derecha corría instintivamente al kriss.

—Eso me temo, capitán —respondió el malayo.

Sandokán miró fijamente durante algunos instantes aquellos tres puntos luminosos que se aproximaban rápidamente, y luego dijo:

—Parece que viene hacia nosotros.

—Eso me temo, capitán —repitió el malayo—. Su comandante habrá visto ya nuestro bote.

—Es probable.

— ¿Qué hacemos, capitán?

—Dejémosle acercarse.

—Y nos prenderá.

—Ahora yo no soy el Tigre de Malasia, sino un sargento de los cipayos.

— ¿Y si alguno os reconoce?

—Muy pocos han visto al Tigre de Malasia. Si esa nave viniera de Labuán, tendríamos razón para temer; pero, viniendo de alta mar, podremos engañar a

su comandante.

Se quedó callado durante unos instantes, fijándose en el enemigo, y luego dijo:

—Tenemos que vérnoslas con una cañonera.

— ¿Y viene de Sarawak?

—Es probable, Giro-Batol. Ya que se dirige hacia nosotros, esperémosla.

La cañonera, en efecto, había apuntado la proa en dirección a la canoa y aceleraba su marcha para alcanzarla. Viéndola tan lejos de las costas de Labuán, quizá creía que los hombres que iban en ella habían sido empujados de ese modo a alta mar por cualquier golpe de viento y corría para recogerlos; pero quizá su comandante quería cerciorarse de si eran piratas o náufragos.

Sandokán había ordenado a Giro-Batol que volviera a tomar los remos y pusiera proa en dirección a las Romades, grupo de islas situadas más al sur. A estas horas ya había trazado su plan para engañar al comandante.

Media hora después, la cañonera se encontraba a pocas brazas de la canoa. Era un barco ligero de popa baja, armado de un solo cañón situado sobre la plataforma posterior y pertrechado de un solo palo. Su tripulación no debía de superar los treinta o cuarenta hombres.

El comandante, o el oficial de cuarto que fuera, hizo maniobrar de modo que pasara a pocos metros de la canoa, y luego, habiendo ordenado detener los tambores, se inclinó sobre la borda, gritando:

— ¡Alto, u os hago ir al fondo!

Sandokán se levantó vivamente, diciendo en buen inglés:

— ¿Por qué me prendéis?

— ¡Oh! —Exclamó el oficial con estupor—. ¡Un sargento de los cipayos!
... ¿Qué hacéis vos aquí, tan lejos de Labuán?

—Voy a las Romades, señor —respondió Sandokán.

— ¿A qué?

—Tengo que llevar unas órdenes al yate de lord James Guillonk.

— ¿Se encuentra lejos de aquí ese barco?

—Sí, mi comandante.

— ¿Y vais en una canoa?

—No he podido encontrar nada mejor.

—Tened cuidado, porque hay praos malayos que merodean por el mar.

— ¡Ah!... —dijo Sandokán, refrenando apenas su alegría.

—Ayer por la mañana vi dos de ellos y apostaría que venían de Mompracem. Si hubiera tenido algún cañón más, no estarían a estas horas a flote.

—Me guardaré de esos barcos, mi comandante.

— ¿Necesitáis alguna cosa, sargento?

—Nada, señor.

—Buen viaje.

La cañonera reemprendió la marcha dirigiéndose hacia Labuán, mientras Giro-Batol orientaba la vela para dirigirse a Mompracem.

— ¿Has oído? —le preguntó Sandokán.

—Sí, capitán.

—Nuestros barcos están batiendo el mar.

—Nos buscan todavía, capitán.

—No creerán en mi muerte.

—Seguro que no.

— ¡Qué sorpresa para mi buen Yáñez cuando me vea! ¡Bravo y afectísimo compañero!

Volvió a sentarse a popa, con la mirada siempre fija en dirección a Labuán, y no volvió a hablar. Sin embargo, el malayo le oyó suspirar varias veces.

Al alba, solo ciento cincuenta millas separaban a los fugitivos de Mompracem, distancia que podían superar en menos de veinticuatro o treinta horas, si el tiempo no empeoraba.

El malayo sacó de una vieja vasija de tierra, asegurada a un travesaño de la canoa, algunas provisiones y se las ofreció a Sandokán, pero este, absorto siempre en sus contemplaciones y en sus angustias, no respondió siquiera, ni abandonó su posición.

—«Está embrujado —repitió el malayo, meneando la cabeza—. Si es verdad, ¡ay de los ingleses!...».

Durante el día el viento cayó varias veces, y la canoa, que se zambullía pesadamente con los empujes de las olas, embarcó muchas veces gran cantidad de agua. Sin embargo, por la tarde se levantó un viento fresco del sudeste, empujándola rápidamente hacia el oeste; el viento se mantuvo igual también a la mañana siguiente.

Al caer el día, el malayo, que seguía de pie sobre la proa, descubrió finalmente una masa oscura que se elevaba sobre el mar.

— ¡Mompracem!... —exclamó.

Ante aquel grito, Sandokán, por primera vez desde que había puesto los pies en la canoa, se movió alzándose de golpe.

Ya no era el hombre de antes: la melancólica expresión de su rostro había desaparecido completamente. Sus ojos despedían relámpagos y sus facciones ya no estaban alteradas por aquel sombrío dolor.

— ¡Mompracem! —exclamó, enderezando su alta figura.

Y permaneció allí, contemplando su salvaje isla, el baluarte de su poder, de su grandeza en aquel mar que no sin razón llamaba suyo. En aquel momento, sentía que volvía el formidable Tigre de Malasia de las legendarias hazañas.

Su mirada, que desafiaba a los mejores catalejos, recorría las costas de la isla, deteniéndose sobre el alto acantilado donde ondeaba todavía la bandera de la piratería, sobre las fortificaciones que defendían el poblado y sobre los numerosos praos que se mecían en la bahía.

— ¡Ah!... Por fin te vuelvo a ver —exclamó.

—Estamos salvados, Tigre —dijo el malayo, que parecía volverse loco de alegría. Sandokán lo miró casi estupefacto.

— ¿Entonces merezco todavía ese nombre, Giro-Batol? —preguntó.

—Sí, capitán.

—Y, sin embargo, creí que no volvería a merecerlo —murmuró Sandokán, suspirando.

Aferró la pagaya que servía de timón y dirigió la canoa hacia la isla, que iba hundiéndose lentamente en las tinieblas. A las diez los dos piratas, sin haber sido descubiertos por nadie, atracaron junto al gran acantilado.

Sandokán, al poner los pies sobre su isla, respiró largamente y quizá en aquel momento no lloraba por Labuán, y quizá, por un momento, incluso olvidó a Marianna.

Dio la vuelta rápidamente al acantilado y alcanzó los primeros escalones de la tortuosa escalera que conducía a la gran cabaña.

—Giro-Batol —dijo, volviéndose hacia el malayo, que se había parado—, vuelve a tu cabaña, advierte a mis piratas de mi llegada, pero diles que me dejen tranquilo, porque tengo que decir ciertas cosas a Yáñez allá arriba, que deben ser un secreto para vosotros.

—Capitán, nadie vendrá a molestaros, si tal es vuestro deseo. Y ahora, dejadme daros las gracias por haberme conducido aquí otra vez y deciros que, si hay que sacrificar un hombre, aunque sea por salvar a un inglés o a una mujer de su raza, estaré siempre dispuesto.

— ¡Gracias, Giro-Batol, gracias... y ahora vete!

Y el pirata, volviendo a arrojar hasta el fondo de su corazón el recuerdo de Marianna, involuntariamente evocado por el malayo, subió las escaleras, elevándose entre las tinieblas.

XII. Amor y embriaguez

Cuando llegó a la cima del gran acantilado, Sandokán se detuvo a la orilla y su mirada se dirigió lejos, hacia el este, en dirección a Labuán.

— ¡Gran Dios! —murmuró—. ¡Cuánta distancia me separa de esa celeste criatura! ¿Qué estará haciendo a estas horas? ¿Me llorará muerto o prisionero?

Un sordo gemido salió de sus labios, e inclinó la cabeza sobre el pecho.

— ¡Qué fatalidad! —susurró.

Aspiró el viento de la noche, como si aspirase el lejano perfume de su amada, y luego se aproximó a paso lento a su gran cabaña, donde había aún una habitación iluminada.

Miró a través de los cristales de una ventana y vio a un hombre sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos.

—Yáñez... —murmuró, sonriendo tristemente—. ¿Qué dirá cuando sepa que el Tigre vuelve vencido y embrujado?

Ahogó un suspiro y abrió lentamente la puerta, sin que su amigo lo oyese.

—Bueno, hermano —dijo, después de unos instantes—. ¿Has olvidado ya al Tigre de Malasia?

No había terminado de decir estas palabras, cuando Yáñez ya se había lanzado a sus brazos, exclamando:

— ¡Tú! ¡Tú!... ¡Sandokán!... ¡Ah! ¡Y yo que te creía perdido para siempre!

—Pues no; he vuelto, como ves.

—Pero, desgraciado amigo, ¿dónde has estado durante todos estos días? Hace cuatro semanas que te espero, presa de mil ansiedades. ¿Qué has hecho

durante tanto tiempo? ¿Has saqueado al sultán de Varauni, o te ha embrujado la Perla de Labuán? Habla, hermano mío, la impaciencia me consume.

En vez de responder a todas aquellas preguntas, Sandokán se puso a mirarlo en silencio fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada torva y el rostro oscurecido.

—Vamos —dijo Yáñez, sorprendido por aquel mutismo—. Habla: ¿qué significa ese traje que traes puesto y por qué miras así? ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

— ¡Desgracia! —Exclamó Sandokán con voz ronca—. Pero ¿entonces ignoras todavía que de cincuenta tigres que conducía contra Labuán, el único superviviente es Giro-Batol? ¿No sabes entonces que todos murieron en las costas de esa isla maldita, destripados por el hierro de los ingleses?, ¿que yo caí gravemente herido sobre el puente de un crucero y que mis barcos descansan en el fondo del mar de Malasia?

— ¡Vencido tú!... ¡Es imposible! ¡Es imposible!

— ¡Sí, Yáñez, he sido vencido y herido, mis hombres han sido destruidos y yo vuelvo mortalmente enfermo!

El pirata arrimó con gesto convulso una silla hasta la mesa, vació uno tras otro tres vasos de whisky, y luego, con voz quebrada o animada, ronca o estridente, alternando gestos violentos e imprecaciones, contó con pelos y señales todo lo que le había sucedido, el desembarco en Labuán, el encuentro con el crucero, la tremenda batalla sostenida, el abordaje, la herida recibida, los sufrimientos y la curación.

Sin embargo, cuando empezó a hablar de la Perla de Labuán, toda su ira se esfumó. Su voz, poco antes ronca, destrozada por el furor, tomó ahora otro tono, y se hizo dulce, cariñosa, apasionada.

Describió con arrojo poético la belleza de la joven lady, aquellos ojos grandes, dulces, melancólicos, azules como el agua del mar, que lo habían conmovido profundamente; habló de aquellos cabellos largos, más rubios que el oro, más sutiles que la seda, más perfumados que las rosas de los bosques; de aquella voz incomparable, angelical, que había hecho vibrar extrañamente las cuerdas de su corazón hasta entonces inaccesible, y de aquellas manos que sabían arrancar al laúd aquellos sonidos tan suaves, tan dulces, que lo habían fascinado, que lo habían encantado.

Pintó con viva pasión los momentos queridos que había pasado al lado de la mujer amada, momentos sublimes, durante los cuales ya no se acordaba de Mompracem, ni de sus tigres, y en los que llegaba a olvidar hasta que él era el Tigre de Malasia; y paso a paso llegó a contar todas las aventuras que

siguieron después, a saber, la caza del tigre, la confesión de su amor, la traición del lord, la fuga, el encuentro con Giro-Batol y el embarco hacia Mompracem.

—Óyeme, Yáñez —continuó con acento todavía conmovido—. En el momento en que ponía los pies en la canoa para abandonar a aquella criatura, creí que se me desgarraba el corazón. Antes que abandonar aquella isla, hubiera preferido hundir la canoa y a Giro-Batol, hubiera querido hacer entrar el mar en la tierra y hacer surgir en su lugar un mar de fuego, para no poder volver a atravesarlo. ¡En aquel momento hubiera destruido sin compasión mi formidable Mompracem, hundido mis praos, dispersado a mis hombres, y hubiera querido no haber sido nunca... el Tigre de Malasia!

— ¡Ah, Sandokán! —exclamó Yáñez, en tono de reprobación.

— ¡No me lo reproches, Yáñez! ¡Si supieras lo que he experimentado aquí, en este corazón que creía de hierro, inaccesible a cualquier pasión! Óyeme: amo a esa mujer hasta tal punto que, si se me pusiera delante y me rogara que renegase de mi nacionalidad y que me hiciese inglés..., ¡yo, el Tigre de Malasia, que juré odio eterno a esa raza..., lo haría sin vacilar!... ¡Un fuego indomable corre sin descanso por mis venas y me consume las carnes, me parece que estoy siempre delirando, que tengo un volcán en medio del corazón; me parece que voy a volverme loco, loco! Desde el día en que vi a esa criatura me encuentro en este estado, Yáñez. Y siempre tengo ante mí esa visión celestial. ¡Dondequiera que vuelva la mirada, allí la veo siempre, siempre, genio centelleante de belleza que me abrasa y me consume!

El pirata se levantó con un gesto brusco, el rostro alterado, los dientes convulsamente apretados. Dio algunas vueltas alrededor de la habitación, como si intentase alejar aquella visión que lo perseguía y calmar la ansiedad que lo torturaba; luego se detuvo delante del portugués, interrogándole con la mirada. Este permaneció mudo.

—No lo creerás —prosiguió Sandokán—, pero he luchado terriblemente antes de dejarme vencer por la pasión. Pero ni la férrea voluntad del Tigre de Malasia, ni mi odio por todo lo que sabe a inglés han podido frenar los impulsos del corazón. ¡Cuántas veces he intentado romper la cadena! ¡Cuántas veces, cuando me asaltaba el pensamiento de que un día, para casarme con esa mujer, tendría que abandonar mi mar, poner fin a mis venganzas, dejar mi isla, perder mi nombre, del que un día me sentí tan orgulloso, perder a mis tigres, a cuantas veces he intentado huir, poner entre mí y aquellos ojos fascinantes una barrera insuperable! Y, sin embargo, he tenido que ceder, Yáñez. Me encuentro entre dos abismos: aquí Mompracem con sus piratas, entre el relampagueo de sus cien cañones y sus victoriosos praos, allí esa adorable criatura de los cabellos rubios y los ojos azules. He estado oscilando durante mucho tiempo,

vacilante, y al fin me he precipitado hacia esa joven, de la que siento que ninguna fuerza humana podrá arrancarme. ¡Ah, siento que el Tigre va dejar de existir!...

— ¡Olvidala, entonces! —dijo Yáñez, agitándose.

— ¡Olvidarla!... ¡Es imposible, Yáñez, es imposible! Siento que no podré romper nunca las cadenas doradas que ella ha echado alrededor de mi corazón. Ni las batallas, ni las grandes emociones de la vida pirata, ni el amor de mis hombres, ni los más tremendos estragos, ni las más espantosas venganzas serán capaces de hacerme olvidar a esa joven. Su imagen se interpondría siempre entre mí y esas grandes emociones y apagaría la antigua energía y el valor del Tigre. ¡No, no la olvidaré jamás! ¡Ella será mi mujer, aunque me cueste mi nombre, mi isla, mi poder, todo, todo!

Se detuvo por segunda vez, mirando a Yáñez, que había vuelto a caer en su mutismo.

— ¿Entonces, hermano? —preguntó.

—Habla.

— ¿Me has comprendido?

—Sí.

— ¿Qué me aconsejas? ¿Qué tienes que responderme, ahora que te lo he revelado todo?

—Olvida a esa mujer, ya te lo he dicho.

— ¡Yo!...

— ¿Has pensado en las consecuencias que podría acarrear este insensato amor? ¿Qué van a decir tus hombres cuando sepan que el Tigre se ha enamorado? Y además, ¿qué vas a hacer con esa joven? ¿Se casará luego contigo? Olvidala, Sandokán, abandónala para siempre, vuelve a ser el Tigre de Malasia de corazón de hierro.

Sandokán se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta, que abrió con violencia.

— ¿Adónde vas? —le preguntó Yáñez, poniéndose de pie.

—Vuelvo a Labuán —respondió Sandokán—. Mañana dirás a mis hombres que he abandonado para siempre mi isla y que eres su nuevo jefe. No volverán a oír hablar de mí, porque no volveré jamás a pisar estos mares.

— ¡Sandokán! —Exclamó Yáñez, aferrándolo estrechamente por los brazos—. ¿Estás loco para volver solo a Labuán, cuando tienes barcos, cañones y hombres entregados, dispuestos a dejarse matar por ti o por la mujer

de tu corazón? Yo he querido tentarte, he querido ver si era posible desarraigar de tu corazón la pasión que alimentas por esa mujer, que pertenece a una raza que tú debías odiar siempre...

—No, Yáñez, no, esa mujer no es inglesa, porque me ha hablado de un mar más azul y más hermoso que el nuestro, que lame su lejana patria; de una tierra cubierta de flores dominada por un humeante volcán; de un paraíso terrestre donde se habla una lengua armoniosa, que nada tiene que ver con el inglés.

—No importa: inglesa o no, ya que tú la amas tan inmensamente, todos nosotros te ayudaremos a hacerla tu esposa, para que seas feliz. Todavía puedes seguir siendo el Tigre de Malasia, incluso casándote con la jovencita de los cabellos de oro.

Sandokán se precipitó en los brazos de Yáñez, y los dos hombres permanecieron abrazados largo rato.

—Y ahora —dijo el portugués—, ¿qué pretendes hacer?

—Salir lo más rápido posible para Labuán y raptar a Marianna.

—Tienes razón. El lord, si llega a saber que has abandonado la isla y has vuelto a Mompracem, puede huir por miedo a verte volver. Hay que actuar rápidamente, o perderemos la partida. Ahora, vete a dormir, porque necesitas un poco de calma, y déjame el cuidado de prepararlo todo. Mañana la expedición estará lista para zarpar.

—Hasta mañana, Yáñez.

—Adiós, hermano —respondió el portugués. Salió y bajó lentamente la escalera.

Cuando Sandokán se quedó solo, volvió a sentarse delante de la mesa, más sombrío y agitado que nunca, haciendo saltar los tapones de varias botellas de whisky.

Sentía la necesidad de aturdirse, para olvidar al menos por unas horas a aquella jovencita que lo había embrujado y calmar la impaciencia que lo roía. Se puso a beber con una especie de rabia, vaciando uno tras otro varios vasos.

— ¡Ah! —exclamó—. ¡Si pudiera dormirme y no despertar hasta Labuán! Siento que esta impaciencia, que este amor, que estos celos me matarán. ¡Sola! ... ¡Sola en Labuán!... ¡Y quizá, mientras yo estoy aquí, el baronet estará haciéndole la corte!

Se levantó, presa de un violento impulso de furor, y se puso a pasear como un loco, arrojando al suelo las sillas, rompiendo las botellas amontonadas en los rincones, despedazando los cristales de los grandes anaqueles llenos de oro

y joyas, hasta que se detuvo delante del armónium.

—Daría la mitad de mi sangre por poder imitar una de aquellas adorables romanzas que ella me cantaba cuando me consumía, vencido y herido, en la quinta del lord. ¡Y no es posible, no me acuerdo de ninguna! Era la suya una lengua extranjera, una lengua celestial que solo Marianna podía conocer. ¡Oh! ¡Qué hermosa estabas entonces, Perla de Labuán! ¡Qué embriaguez, qué felicidad derramabas sobre mi corazón en aquellos momentos, mi querida niña!

Recorrió las teclas con los dedos, tocando una romanza salvaje, vertiginosa, de un extraño efecto, en la que a veces parecían oírse los estruendos de un huracán o los lamentos de gentes moribundas.

Se detuvo, como si hubiera sido golpeado por un nuevo pensamiento, y volvió a la mesa, tomando una taza llena.

— ¡Ah! Veo sus ojos en el fondo —dijo—. ¡Siempre sus ojos, siempre su figura, siempre la Perla de Labuán!

La vació, volvió a llenarla otra vez y volvió a mirar dentro.

— ¡Manchas de sangre! —exclamó—. ¿Quién ha echado sangre en mi taza? Sangre o licor, bebe, Tigre de Malasia, porque la embriaguez es la felicidad.

El pirata, que ya estaba borracho, se puso a beber con nuevo ardor, tragando el ardiente líquido como si fuese agua, alternando las imprecaciones con estruendosas carcajadas.

Se irguió, pero volvió a caer sobre la silla, lanzando a su alrededor torvas miradas. Le parecía ver sombras corriendo por la habitación, fantasmas que le mostraban, riendo burlescamente, hachas, kriss y cimitarras ensangrentadas. En una de aquellas sombras creyó reconocer a su rival el baronet William. Se sintió poseído por un impulso de furor y rechinó los dientes ferozmente.

— ¡Te veo, te veo, maldito inglés! —gritó—. ¡Pero ay de ti como te agarre! Quieres robarme a la Perla, lo leo en tus ojos, pero te lo impediré, destruiré tu casa, la del lord, pasaré a Labuán a sangre y fuego, haré correr sangre por doquier y os exterminaré a todos..., a todos... ¡Ah! ¡Ríete! ¡Aguarda, guarda a que vaya!...

Había llegado ya al punto culminante de su embriaguez. Se sintió poseído por una manía feroz de destruirlo todo, de tirarlo todo por tierra.

Después de repetidos esfuerzos se levantó, agarró una cimitarra y, sosteniéndose a duras penas, apoyándose en las paredes, se puso a sacudir golpes desesperados por todas partes, corriendo tras la sombra del baronet que parecía escapársele siempre, desgarrando la tapicería, despedazando las

botellas, lanzando terribles golpes sobre los anaqueles, la mesa, el armónium, haciendo llover de los vasos rotos torrentes de oro, de perlas y diamantes, hasta que, extenuado, vencido por la embriaguez, cayó en medio de aquel destrozo, durmiéndose Profundamente.

XIII. El cabo inglés

Cuando se despertó, se encontró acostado en la otomana, donde lo habían transportado unos malayos agregados a su servicio.

Los vidrios despedazados habían sido retirados de allí, el oro y las perlas habían sido colocados de nuevo en los anaqueles y los muebles habían sido puestos de pie y arreglados lo mejor posible. Sólo se veían las señales que había dejado la cimitarra del pirata sobre las tapicerías, que aún colgaban desgarradas de las paredes.

Sandokán se frotó varias veces los ojos y se pasó muchas veces las manos por la ardorosa frente, como si intentase acordarse de lo que había hecho.

—No puedo haber soñado —murmuró—. Sí, estaba borracho y me sentía feliz, pero ahora el fuego vuelve a arder en mi corazón. ¿Es que ya no podré apagarlo jamás? ¡Qué pasión ha invadido el corazón del Tigre!...

Se arrancó el uniforme del sargento Willis, se puso un nuevo traje centelleante de oro y perlas, se colocó en la cabeza un rico turbante rematado por un zafiro grueso como una nuez, se acomodó entre los pliegues de la faja un nuevo kriss y una nueva cimitarra y salió. Aspiró una bocanada de aire marino, que le disipó completamente los últimos vapores de la embriaguez, observó el sol, que ya estaba bastante alto, luego se volvió hacia oriente, mirando en dirección a la lejana Labuán, y suspiró.

— ¡Pobre Marianna!... —murmuró oprimiéndose el pecho.

Recorrió el mar con sus ojos de águila y miró a los pies del acantilado. Tres praos, con sus grandes velas desplegadas, estaban delante del poblado preparados para hacerse a la mar. Los piratas iban y venían por la playa, ocupados en embarcar armas, municiones y cañones. En medio de ellos, Sandokán descubrió a Yáñez.

—Buen amigo —murmuró—. Mientras yo dormía, él preparaba la expedición.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia el pueblo. Apenas lo vieron los piratas, se oyó un inmenso grito:

— ¡Viva el Tigre! ¡Viva nuestro capitán!

Después, todos aquellos hombres, que parecían haber sido poseídos por una súbita locura, se precipitaron confusamente alrededor del pirata, ensordeciéndolo con gritos de alegría, besándole las manos, el traje, los pies, amenazando ahogarlo. Los más viejos jefes de la piratería lloraban de alegría al volver a verlo aún vivo, cuando ya lo habían creído muerto en las costas de la maldita isla.

Ningún lamento salía de aquellas bocas, ninguna lágrima por sus compañeros, por sus hermanos, por sus hijos, por sus parientes caídos bajo el hierro de los ingleses en la desastrosa expedición, pero, de cuando en cuando, de aquellos pechos de bronce se desbordaban gritos tremendos:

— ¡Tenemos sed de sangre, Tigre de Malasia! ¡Venganza para nuestros compañeros!... ¡Vamos a Labuán a exterminar a los enemigos de Mompracem!

—Amigos —dijo Sandokán, con aquel acento metálico y extraño que los fascinaba—. La venganza que reclamáis no tardará en llegar. Los tigres que yo conducía a Labuán cayeron bajo los golpes de los leopardos de piel blanca, cien veces más numerosos y cien veces mejor armados que nosotros, pero la partida no se ha terminado todavía. No, tigres, los héroes que cayeron combatiendo en las playas de la isla maldita no se quedarán sin venganza. ¡Estamos a punto de partir para aquella tierra de leopardos y, al llegar allí, les devolveremos rugido por rugido, sangre por sangre! ¡El día de la batalla los tigres de Mompracem devorarán a los leopardos de Labuán!

— ¡Sí, sí, a Labuán! —gritaron los piratas, agitando frenéticamente las armas.

Yáñez parecía no haber oído. Había saltado sobre la vieja cureña de un cañón y miraba atentamente hacia un promontorio que se prolongaba bastante hacia el mar.

— ¿Qué buscas, hermano? —preguntó Sandokán.

—Estoy viendo aparecer la extremidad de un mástil detrás de aquellos arrecifes —respondió el portugués.

— ¿Uno de nuestros praos?

— ¿Qué otro barco se atrevería a acercarse a nuestras costas?

— ¿No habían vuelto todos nuestros veleros? —Todos menos uno, el de Pisangu, uno de los más grandes y de los mejor armados.

— ¿Dónde lo habías enviado?

—Hacia Labuán, para que te buscase.

—Sí, es el prao de Pisangu —confirmó un jefe de banda—. Sin embargo, veo un solo mástil, señor Yáñez.

— ¿Habrá combatido y habrá perdido el trinquete? —Se preguntó Sandokán—. Esperémosle.

¡Quién sabe!... Puede traernos alguna noticia de Labuán.

Todos los piratas saltaron a los bastiones para observar mejor a aquel velero, que avanzaba lentamente siguiendo el promontorio.

Cuando hubo dado la vuelta a la última punta, un solo grito se escapó de todos los pechos:

— ¡El prao de Pisangu!

Era realmente el velero que Yáñez había mandado tres días antes hacia Labuán para que intentase conseguir noticias sobre el Tigre de Malasia y sus valientes, ¡pero en qué estado volvía! Del palo del trinquete no quedaba más que un tronco astillado; el palo maestro se mantenía a duras penas, sostenido por una espesa red de obenques y brandales. Ya casi no había amuradas y los flancos se veían gravemente dañados, erizados de tapones de madera que cerraban los agujeros abiertos por las balas.

—Ese barco ha debido de ser bien batido —dijo Sandokán.

—Pisangu es tan valiente que no teme atacar incluso a los grandes navíos —respondió Yáñez.

— ¡Mira!... Me parece que trae un prisionero. ¿No distingues una casaca roja entre nuestros bravos tigres?

—Sí, y me parece que veo un soldado inglés atado al palo maestro —dijo Yáñez.

— ¿Lo habrá prendido en Labuán?

—Desde luego no lo habrá pescado en el mar.

— ¡Ah!... Si pudiera darme noticias de...

—Marianna, ¿no, hermano mío?

—Sí —respondió Sandokán con voz sorda.

—Lo interrogaremos.

El prao, ayudado por los remos, pues el viento era más bien débil, avanzaba rápidamente. Su capitán, un bornés de gran estatura, de espléndidas formas, que semejava una soberbia estatua de bronce antiguo a causa de su color aceitunado, al descubrir a Yáñez y a Sandokán, emitió un grito de alegría, y luego, alzando las manos, gritó:

— ¡Buena presa!

Cinco minutos después entraba el velero en la pequeña bahía, lanzando el ancla a veinte pasos de la orilla. Echaron enseguida una chalupa al mar y Pisangu entró en ella junto con el soldado inglés y cuatro remeros.

— ¿De dónde vienes? —le preguntó Sandokán en cuanto desembarcó.

—De las costas orientales de Labuán, capitán —dijo el bornés—. Me había empujado la esperanza de tener noticias vuestras y puedo dar gracias de volver a encontrarme aquí todavía sano.

— ¿Quién es ese inglés?

—Un cabo, capitán.

— ¿Dónde lo hiciste prisionero?

—Junto a Labuán.

—Cuéntamelo todo.

—Estaba explorando las playas, cuando vi un bote, mandado por ese hombre, que salía de la desembocadura de un pequeño riachuelo. El bribón debía de tener compañeros en las dos orillas, porque lo oía frecuentemente emitir silbidos agudísimos. Hice botar enseguida la chalupa y con diez hombres le di caza, esperando que me proporcionara noticias vuestras. La captura no fue difícil, pero, cuando quise abandonar la desembocadura del riachuelo, me encontré con que había sido cerrada por una cañonera. Nos lanzamos resueltamente a la lucha, intercambiando balas y metralla en abundancia. Una verdadera tempestad, capitán, que me destruyó media tripulación y me arruinó el barco, pero que dejó malparada también a la cañonera. Cuando vi que el enemigo se retiraba, de dos bordadas me hice a la mar, volviéndome más que deprisa.

— ¿Y ese soldado viene directamente de Labuán?

—Sí, capitán.

—Gracias, Pisangu. Trae aquí al soldado.

Aquel desgraciado había sido ya empujado hasta la playa y rodeado por los piratas, que comenzaron a maltratarlo y a arrancarle de encima los galones de cabo.

Era un joven de veinticinco o veintiocho años, grueso, de estatura más bien baja, rubio, rosado y mofletudo.

Parecía sumamente espantado de encontrarse en medio de aquellas bandas de piratas, pero no salía una palabra de sus labios.

Al ver a Sandokán, se esforzó por esbozar una sonrisa, y luego dijo con un temblor en la voz:

—El Tigre de Malasia...

— ¿Me conoces? —le preguntó.

—Sí.

— ¿Dónde me has visto?

—En la quinta de lord Guillonk.

—Estarás asombrado de verme aquí.

—Es cierto. Os creía todavía en Labuán y ya en manos de mis camaradas.

— ¿Estabas tú también entre los que iban a cazarme?

El soldado no respondió; luego, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Ya todo ha terminado para mí, ¿no, señor pirata?

—Tu vida depende de tus respuestas —replicó Sandokán.

— ¿Quién puede fiarse de la palabra de un hombre que asesina a la gente como si se bebiera un vaso de gin o de brandy?

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del Tigre de Malasia.

— ¡Mientes, perro!

—Como queráis —respondió el cabo.

—Y hablarás.

— ¡Hum!...

— ¡Cuidado!... Tengo kriss que pueden cortar un cuerpo en mil pedazos; tengo tenazas candentes para arrancar la carne trozo a trozo; tengo plomo líquido para echar sobre las heridas o para hacérselo tragar a los recalcitrantes. Hablarás, o te haré sufrir tanto que invocarás la muerte como una liberación.

El inglés palideció, pero en vez de abrir los labios los cerró entre los dientes, como si temiera que se le escapase alguna palabra.

—Vamos, ¿dónde estabas cuando yo dejé la quinta del lord?

—En los bosques —respondió el soldado.

— ¿Qué hacías?

—Nada.

— ¿Quieres burlarte de mí? Labuán tiene muy pocos soldados para que te manden a pasear por el bosque sin ningún motivo —dijo Sandokán.

—Pero...

—Habla, quiero saberlo todo.

—Yo no sé nada.

— ¿Ah, no? Vamos a verlo.

Sandokán sacó el kriss y con un rápido gesto lo apoyó sobre la garganta del soldado, haciendo salir una gota de sangre.

El prisionero no pudo reprimir un grito de dolor.

—Habla o te mato —dijo fríamente Sandokán, sin retirar el puñal, cuya punta comenzaba a enrojecer.

El cabo tuvo aún una breve vacilación, pero, viendo en los ojos del Tigre un relámpago terrible, cedió.

—Basta —dijo, sustrayéndose a la punta del kriss—. Hablaré.

Sandokán hizo a sus hombres una seña para que se alejaran, y luego se sentó junto a Yáñez sobre una cureña de cañón, diciendo al soldado:

—Te escucho. ¿Qué hacías en el bosque?

—Seguía al baronet Rosenthal.

— ¡Ah! —Exclamó Sandokán, mientras un sombrío relámpago le brillaba en la mirada—. ¡Él!

—Lord Guillonk se enteró de que el hombre que él había recogido moribundo y que había curado en su propia casa no era un príncipe malayo, sino el terrible Tigre de Malasia, y de acuerdo con el baronet y con el gobernador de Victoria preparó la trampa.

— ¿Y cómo se enteró?

—Lo ignoro.

—Continúa.

—Reunieron cien hombres, y nos mandaron a rodear la quinta para impedirnos la fuga.

—Eso ya lo sé. Dime lo que sucedió después, cuando conseguí atravesar las líneas y refugiarme en los bosques.

—Cuando el baronet entró en la quinta, encontró a lord Guillonk presa de una tremenda excitación. Tenía una herida en la pierna, que se la habíais hecho vos.

— ¿Yo...? —exclamó Sandokán.

—Quizá inadvertidamente.

—Eso creo, porque, si hubiera querido matarlo, nadie hubiera podido impedírmelo. ¿Y lady Marianna?

—Lloraba. Parecía que entre la bella joven y su tío había ocurrido una escena violentísima. El lord la acusaba de haberos ayudado a huir... y ella pedía piedad para vos.

— ¡Pobre joven! —Exclamó Sandokán, mientras una rápida conmoción alteraba sus facciones—. ¿Lo oyes, Yáñez?

—Continúa —dijo el portugués al soldado—. Pero procura decir la verdad, porque permanecerás aquí hasta que volvamos de Labuán. Si mientes, no escaparás a la muerte.

—Es inútil que os engañe —respondió el cabo—. Después del resultado infructuoso de la persecución, quedamos acampados junto a la quinta, para protegerla contra el posible ataque de los piratas de Mompracem. Corrían voces poco tranquilizadoras. Se decía que unos tigres habían desembarcado y que el Tigre de Malasia estaba escondido en los bosques, dispuesto a caer sobre la quinta, y raptar a la muchacha. No sé lo que habrá sucedido después. Sin embargo, tengo que decir que lord Guillonk tomó las medidas oportunas para retirarse a Victoria, con la protección de los cruceros y de los fuertes.

— ¿Y el baronet Rosenthal?

—Se casará en breve con lady Marianna.

— ¿Qué has dicho? —gritó Sandokán, poniéndose en pie.

—Que él va a quitaros a la muchacha.

— ¿Quieres engañarme?

— ¿Con qué objeto? Os digo que dentro de un mes se efectuará el matrimonio.

—Pero lady Marianna detesta a ese hombre.

— ¿Y eso qué le importa a lord Guillonk?

Sandokán lanzó un aullido de fiera herida y se tambaleó, cerrando los ojos. Un espasmo tremendo había descompuesto su rostro. Se aproximó al soldado y, sacudiéndolo furiosamente, le dijo con voz silbante:

—No me habrás engañado, ¿verdad?

—Os juro que he dicho la verdad...

—Te quedarás aquí y nosotros iremos a Labuán. Si no has mentido, te daré tu peso en oro. Después, volviéndose hacia Yáñez, le dijo con voz decidida:

—Vamos.

—Estoy preparado para seguirte —respondió sencillamente el portugués.

— ¿Está todo listo?

—No falta más que elegir a los hombres que han de seguirnos.

—Llevaremos con nosotros a los más valientes, porque esta vez se trata de jugar una partida suprema...

—Sin embargo, hay que dejar aquí fuerzas suficientes para defender nuestro refugio.

— ¿Qué temes, Yáñez?

—Los ingleses podrían aprovechar nuestra ausencia para lanzarse sobre nuestra isla.

—No se atreverán a tanto, Yáñez.

—Pues yo creo lo contrario. Ahora son en Labuán lo bastante fuertes como para intentar la lucha, Sandokán. Un día u otro tendrá que llegar el encuentro decisivo.

—Nos encontrarán preparados, y veremos quienes son más decididos: si los tigres de Mompracem o los leopardos de Labuán.

Sandokán mandó formar a sus bandas, que contaban más de doscientos cuarenta hombres, reclutados entre las tribus más guerreras de Borneo y de las islas del mar malayo, y eligió noventa tigres, los más valientes y robustos, auténticos condenados, que a una seña no hubieran dudado en arrojarse incluso contra los fuertes de Victoria, la ciudadela de Labuán. Llamó luego a Giro-Batol y, mostrándoselo a las bandas que se quedaban a defender la isla, dijo:

—Aquí tenéis un hombre que tiene la suerte de ser uno de los jefes más valientes de la piratería, el único de toda mi tripulación que sobrevivió a la desgraciada expedición de Labuán. Durante mi ausencia, obedecedle como si fuera mi persona. Y ahora, embarquémonos, Yáñez.

XIV. La expedición contra Labuán

Los noventa hombres se embarcaron en los praos; Yáñez y Sandokán se aposentaron en el más grande y más sólido, que llevaba doble número de cañones y una media docena de potentes espingardas, y que además estaba protegido por gruesas láminas de hierro.

Levaron anclas, orientaron las velas, y la expedición salió de la bahía entre las aclamaciones de las bandas agolpadas en la orilla y sobre los bastiones.

El cielo estaba sereno y el mar liso como si fuera de aceite; sin embargo, hacia el sur aparecían algunas nubecillas de un color particular, de una forma extraña y que no presagiaban nada bueno.

Sandokán, que además de ser un catalejo excelente era también un buen barómetro, olfateó una próxima perturbación atmosférica; no obstante, no se inquietó.

—Si los hombres no son capaces de detenerme, tanto menos lo hará la tempestad. Me siento lo suficientemente fuerte como para desafiar incluso a los furiosos de la naturaleza —dijo.

— ¿Temes un violento huracán? —preguntó Yáñez.

—Sí, pero no me hará volver atrás. Antes me será favorable, porque podremos desembarcar sin ser molestados por los cruceros.

— ¿Y qué haremos al llegar a tierra?

—No lo sé todavía, pero me siento capaz de todo, tanto de enfrentarme incluso con toda la flota inglesa si intentara cerrarme el camino, como de lanzar a mis hombres contra la quinta para expugnarla.

—Si anuncias tu desembarco con alguna batalla, el lord no se quedará entre los bosques, sino que huirá a Victoria con la protección del fuerte y de los navíos.

—Es verdad, Yáñez —respondió Sandokán, suspirando—. Y, sin embargo, es preciso que Marianna sea mi esposa, porque siento que sin ella no se apagará jamás el fuego que me devora el corazón.

—Razón de más para actuar con la máxima prudencia y poder sorprender al lord.

— ¡Sorprenderlo! ¿Y crees tú que el lord no está en guardia? Él sabe que soy capaz de todo, y habrá reunido en su patio soldados y marineros.

—Puede ser, pero recurriremos a la astucia. Quién sabe... Hay algo que está ya dando vueltas por mi cabeza y que puede llegar a madurar. Pero dime, amigo mío, ¿se dejará raptar Marianna?

— ¡OH, sí! Me lo ha jurado.

— ¿Y la llevarás a Mompracem?

—Sí.

— ¿Y, después de haberte casado con ella, la tendrás allí para siempre?

—No lo sé, Yáñez —dijo Sandokán, emitiendo un profundo suspiro—. ¿Quieres que la destierre a mi salvaje isla para siempre? ¿Quieres que ella viva siempre entre mis tigres, que no saben más que tirar arcabuzazos, y manejar el kriss y el hacha? ¿Quieres que presente ante sus dulces ojos espectáculos horribles, sangre y estragos por doquier, que la ensordezca con los gritos de los combatientes y el rugido de los cañones y que la exponga a un peligro continuo? Dime, Yáñez, ¿lo harías tú en mi caso?

—Pero piensa, Sandokán, en lo que será de Mompracem sin su Tigre de Malasia. Contigo volvería a brillar, hasta eclipsar a Labuán y a todas las demás islas, y volvería a hacer temblar a los hijos de esos hombres que destruyeron a tu familia y a tu pueblo. Hay aquí millares de dayakos y de malayos que solo esperan una llamada para correr a engrosar la banda de los tigres de Mompracem.

—He pensado en todo eso, Yáñez.

— ¿Y qué te ha dicho el corazón?

—Lo he sentido sangrar.

— ¿Y a pesar de ello dejarías perecer tu poderío por esa mujer?

—La amo, Yáñez. ¡Ah, querría no haber sido nunca el Tigre de Malasia!...

El pirata, que, cosa insólita, estaba extremadamente conmovido, se sentó sobre la cureña de un cañón, cogiéndose la cabeza entre las manos como si quisiera sofocar los pensamientos que le alborotaban el cerebro.

Yáñez lo miró largamente en silencio, y luego se puso a pasear por el puente, sacudiendo a intervalos la cabeza.

Entretanto los tres barcos comenzaban a navegar hacia el oriente, empujados por un viento ligero y que soplaba irregularmente, haciendo a veces retardar mucho la marcha.

En vano las tripulaciones, que estaban poseídas por una vivísima impaciencia y calculaban metro a metro el camino recorrido, añadían nuevas velas, focas, pequeñas lonas y arrastraderas para recoger mayor cantidad de viento. La marcha iba haciéndose cada vez más lenta a medida que las nubes se alzaban sobre el horizonte. Esta situación, sin embargo, no podía durar. En efecto, hacia las nueve de la noche, el viento comenzó a soplar con cierta violencia, viniendo de la dirección donde se habían levantado las nubes, señal evidente de que alguna tempestad estaba alborotando el océano meridional.

Las tripulaciones saludaron con alegres gritos aquellos soplos vigorosos, sin asustarse en absoluto por el huracán que las amenazaba y que podía resultar funesto para sus barcos. Sólo el portugués comenzó a sentirse inquieto y hubiera querido al menos disminuir la superficie de las velas, pero Sandokán

no se lo permitió, ansioso como estaba por alcanzar pronto las riberas de Labuán, que esta vez le parecía inmensamente lejana.

A la mañana siguiente el mar estaba revuelto. Largas oleadas, que subían desde el sur, recorrían aquel vasto espacio, chocando unas con otras con profundos rugidos, y haciendo orzar y encabritarse fuertemente a los tres barcos. Luego empezaron a correr por el cielo desenfrenadamente inmensos nubarrones, negros como la pez y con los bordes teñidos de un rojo fuego.

Por la noche el viento redobló su violencia, amenazando con despedazar los palos, si no se disminuía la superficie de las velas.

Cualquier otro navegante, viendo aquel mar y aquel cielo, se hubiera apresurado a resguardarse en la tierra más próxima, pero Sandokán, que sabía que ya estaba a setenta u ochenta millas de Labuán y que antes que perder una sola hora hubiera perdido voluntariamente uno de sus barcos, ni siquiera lo pensó.

—Sandokán —dijo Yáñez, que estaba cada vez más inquieto—. Ten cuidado, no vayamos a correr un grave peligro.

— ¿De qué tienes miedo, hermano mío? —preguntó el Tigre.

—Temo que el huracán nos mande a todos a beber en la taza grande.

—Nuestros barcos son sólidos.

—Pero me parece que el huracán amenaza con ser tremendo.

—No le tengo miedo, Yáñez. Sigamos adelante, que Labuán no está lejos. ¿Ves los otros barcos?

—Me parece distinguir uno de ellos hacia el sur. La oscuridad es tan profunda que no se ve más allá de cien metros.

—Si los otros nos pierden de vista, sabrán volver a encontrarnos.

—Pero también pueden perderse para siempre, Sandokán.

—No retrocedo, Yáñez.

—Ponte en guardia, hermano.

En aquel momento un relámpago deslumbrante desgarró las tinieblas iluminando el mar hasta los límites más lejanos del horizonte, seguido súbitamente de un trueno espantoso.

Sandokán, que se había sentado, se alzó de un salto, mirando fieramente las nubes, y, extendiendo la mano hacia el sur, dijo:

— ¡Huracán, ven a luchar conmigo: te desafío!

Atravesó el puente y se puso a la caña del timón, mientras sus marineros aseguraban los cañones y las espingardas, armas que no querían perder por ningún concepto, echaban en cubierta la chalupa de desembarco y reforzaban las jarcias fijas triplicando los cabos.

Ya estaban llegando del sur las primeras ráfagas, con esa rapidez que suelen alcanzar los vientos durante las tempestades, empujando ante sí las primeras montañas de agua.

El prao, con el velamen reducido, empezó a navegar hacia el oriente con la rapidez de una flecha, haciendo frente con bravura a los elementos y sin desviarse una sola línea de su ruta, bajo la férrea mano de Sandokán. Durante media hora hubo un poco de calma, rota solo por los rugidos del mar y por los estruendos de las descargas eléctricas que crecían en intensidad a cada instante; pero hacia las once el huracán se desencadenó casi de improviso en toda su terrible majestad, revolviendo de arriba abajo cielo y mar.

Las nubes, amontonadas ya desde el día anterior, corrían furiosamente a través del espacio, unas veces suspendidas en lo alto y otras lanzándose tan bajas que tocaban las olas con sus negros bordes, mientras el mar se precipitaba con extraño ímpetu hacia el norte, como si fuera una inmensa inundación.

El prao, auténtica cáscara de nuez que desafiaba la naturaleza irritada, sofocado por oleadas que lo asaltaban por doquier, se balanceaba desordenadamente, unas veces sobre las crestas espumosas de las olas y otras en el fondo de los abismos movedizos, arrojando al suelo a los hombres, haciendo crujir los palos, sacudir los masteleros y crepitar las velas con tanta fuerza que parecían estar siempre a punto de reventar.

No obstante, Sandokán, a pesar de aquella furiosa confusión de agua, no cedía y guiaba su barco hacia Labuán, desafiando impávido la tempestad. Era hermoso ver a aquel hombre, firme junto a la caña del timón, con los ojos en llamas, los largos cabellos sueltos al viento, inamovible en medio de los elementos desencadenados que rugían a su alrededor; seguía siendo el Tigre de Malasia que, no contento con haber desafiado a los hombres, desafiaba ahora a los furores de la naturaleza.

Sus hombres no eran menos que él. Agarrados a las jarcias, miraban impasibles los embates del mar, dispuestos a ejecutar la más peligrosa maniobra, así les costara a todos la vida.

Y entretanto el huracán seguía creciendo en intensidad, como si quisiera desplegar todo su poder para hacer frente a aquel hombre que lo desafiaba. El mar se alzaba en montañas de agua que corrían al ataque con mil alaridos, mil rugidos tremendos, amontonándose las unas sobre las otras y excavando

profundos abismos, que parecía iban a llegar hasta las arenas del océano; el viento aullaba en todos los tonos lanzando ante sí verdaderas columnas de agua y revolviendo horriblemente las nubes, dentro de las cuales retumbaba incesantemente el trueno.

El prao luchaba desesperadamente oponiendo sus robustos flancos a las olas, que querían arrastrarlo al norte. Derivaba cada vez más espantosamente, se enderezaba como un caballo desbocado, se zambullía azotando el agua con la proa, gemía como si estuviera a punto de abrirse en dos, y en ciertos momentos orzaba tanto, que hacía temer que no podría volver a ponerse en equilibrio.

Seguir luchando contra aquel mar, que se volvía cada vez más impetuoso, era una locura. Era absolutamente necesario dejarse transportar al norte, como quizá habían hecho los otros dos praos, que desde hacía varias horas habían desaparecido.

Yáñez, que comprendía cuán imprudente era obstinarse en aquella lucha, iba a dirigirse a proa para rogar a Sandokán que cambiara de ruta, cuando una detonación, que no podía confundirse con el estruendo de un rayo, se oyó en alta mar.

Un instante después una bala pasaba silbando sobre la cubierta, desmochando la verga del trinquete.

Un grito de rabia estalló a bordo del prao ante aquella inesperada agresión, que desde luego ninguno se esperaba con semejante temporal y en tan críticos momentos.

Sandokán dejó la caña a un marinero y se lanzó a proa, intentando descubrir al osado que lo atacaba en medio de la tempestad.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Todavía hay cruceros vigilando?

En efecto, el agresor, que en medio de aquella formidable confusión del mar había lanzado tan bien aquella bala, era un gran buque de vapor, sobre cuya cúspide ondeaba la bandera inglesa y que en la cima del palo mayor llevaba el gran gallardete de los barcos de guerra. ¿Qué hacía en alta mar con aquel tiempo? ¿Hacía el crucero ante las costas de Labuán o venía de alguna isla cercana?

—Viremos, Sandokán —dijo Yáñez, que se había acercado.

— ¿Virar?

—Sí, hermano mío. Ese barco sospecha que somos piratas que nos dirigimos a Labuán.

Un segundo cañonazo tronó sobre el puente del buque y una segunda bala

silbó a través de los aparejos del praó.

Los piratas, a pesar de los violentos balanceos, se precipitaron hacia los cañones y las espingardas para responder, pero Sandokán los detuvo con un gesto.

En efecto, no era necesario. El gran buque, que se esforzaba por hacer frente a las olas que lo asaltaban a proa, hundiéndose casi por completo bajo el peso de su construcción de hierro, iba siendo arrastrado hacia el norte a pesar suyo. En breves instantes se alejó tanto, que no había por qué temer su artillería.

— ¡Lástima que me haya encontrado en medio de esta tempestad! —Dijo Sandokán con sombrío acento—. Lo hubiera atacado y expugnado a pesar de su mole y de su tripulación.

—Mejor ha sido así, Sandokán —dijo Yáñez—. Que el diablo se lo lleve y lo mande al fondo del mar.

—Pero ¿qué hacía ese barco en alta mar, cuando todos andan buscando un refugio? ¿Estaremos cerca de Labuán?

—Eso mismo sospecho yo.

— ¿Ves algo delante de nosotros?

—Nada, excepto montañas de agua.

—Y, sin embargo, siento que mi corazón late fuerte, Yáñez.

—El corazón se engaña a veces.

—El mío no. ¡Ah!...

— ¿Qué has visto?

—Un punto oscuro hacia el este. Lo he distinguido a la luz de un relámpago.

—Pero, aunque estemos cerca de Labuán, ¿cómo vamos a atracar con este tiempo?

—Atracaremos, Yáñez, aunque tenga que hacer astillas mi barco.

En aquel momento se oyó gritar a un malayo desde lo alto de la verga del trinquete:

— ¡Tierra a la derecha del asta de proa!

Sandokán dio un grito de alegría.

— ¡Labuán!... ¡Labuán!... —exclamó—. Dejadme la caña.

Volvió a atravesar el puente a pesar de las olas que lo barrían, y se puso al

timón, lanzando el prao en dirección al este.

Sin embargo, mientras se aproximaba a la costa, parecía que el mar redoblaba su furor, como si quisiera impedir a toda costa el desembarco. Olas monstruosas, producidas por el llamado oleaje de fondo, saltaban en todas las direcciones mientras el viento redoblaba su violencia, rompiéndose contra las elevaciones de la isla.

Sandokán, sin embargo, no cedía y con los ojos fijos hacia el este continuaba impávido su camino, valiéndose de las luces de los relámpagos para orientarse. Bien pronto se encontró a pocas brazas de la costa.

—Prudencia, Sandokán —dijo Yáñez, que se había puesto a su lado.

—No temas, hermano.

—Ten cuidado con los arrecifes.

—Los evitaré.

— ¿Pero dónde encontrarás un abrigo?

—Ya lo veré.

A dos cables se dibujaba confusamente la costa, contra la que se rompía con indecible furia el mar. Sandokán la examinó durante unos segundos, y luego con un vigoroso movimiento de timón dobló a babor.

— ¡Atención! —gritó a los piratas que estaban maniobrando las vergas.

Lanzó el prao hacia adelante con una temeridad que hubiera hecho erizar los cabellos al más intrépido lobo de mar, atravesó un estrecho paso abierto entre dos grandes acantilados y entró en una pequeña pero profunda bahía, que parecía terminar en un río. Sin embargo, era tan violenta la resaca dentro de aquel refugio, que ponía al prao en un gravísimo peligro. Era mejor desafiar la ira del mar abierto que intentar arribar a aquellas orillas barridas por las olas, que se revolvían y amontonaban.

—No se puede intentar nada, Sandokán —dijo Yáñez—. Si se nos ocurre acercarnos, haremos astillas nuestro barco.

—Tú eres un hábil nadador, ¿verdad? —preguntó Sandokán.

—Como nuestros malayos.

—No tienes miedo de las olas.

—No las temo.

—Entonces arribaremos igualmente.

— ¿Qué vas a intentar?

En vez de responder, Sandokán gritó:

— ¡Paranoa!... ¡A la barra!...

El dayako se lanzó hacia popa, tomando la caña que Sandokán abandonaba.

— ¿Qué debo hacer? —le preguntó.

—Arriesgáis la vida.

— ¡Calla! ¡Estad atentos para lanzar la chalupa! ¡Ahí está la ola!

La gran ola se aproximaba con la cresta cubierta de espuma blanca. Se despedazó a medio camino ante los dos acantilados, y luego entró en la bahía precipitándose sobre el Prao. En un abrir y cerrar de ojos estuvo sobre él envolviéndolo en un torbellino de espuma y saltando a través de las amuras.

— ¡Dejadla caer! —aulló Sandokán.

La chalupa, abandonada a sí misma, fue llevada junto con los dos valientes que iban en ella. Casi en el mismo instante el prao dio una bordada y, aprovechando una contra ola, salía al mar, desapareciendo detrás de uno de los arrecifes.

—Rememos, Yáñez —dijo Sandokán, aferrando un remo—. ¡Desembarcaremos en Labuán pese a la tempestad!

— ¡Por Júpiter! —Exclamó el portugués—. ¡Esto es una locura!

— ¡Rema!

— ¿Y el choque?

— ¡Chist! ¡Atento a las olas!

La embarcación se bamboleaba espantosamente entre las crestas. Las olas sin embargo la empujaban hacia la playa, la cual, afortunadamente, descendía con suavidad y estaba libre de arrecifes.

Levantada por otra ola, recorrió cien metros. Subió una cresta y después se precipitó, sufriendo como con secuencia un choque violentísimo.

Los dos valientes sintieron que les faltaba el fondo bajo los pies. La quilla se había hecho pedazos del golpe.

— ¡Sandokán! —gritó Yáñez, que veía entrar el agua a través de los desgarrones.

—No abandones...

Su voz fue sofocada por otro tremendo maretazo.

—Por ahora mantener el prao de través al viento —respondió Sandokán—.

Ten cuidado de no meterlo entre los bancos.

—No temáis, Tigre de Malasia.

Se volvió hacia los marineros y les dijo:

—Preparad la chalupa e izadla sobre la amura. Cuando la ola barra el borde, dejadla caer.

¿Qué intenciones tenía el Tigre de Malasia? ¿Quería intentar el desembarco en aquella chalupa, miserable juguete de aquellas olas tremendas? Sus hombres, al oír aquella orden, se miraron unos a otros con viva ansiedad, pero se apresuraron a obedecer sin pedir explicaciones.

Alzaron a fuerza de brazos la chalupa y la izaron sobre la amura de estribor, después de haber metido, por orden de Sandokán, dos carabinas, víveres y municiones.

El Tigre de Malasia se acercó a Yáñez, diciéndole:

—Salta a la chalupa, hermano mío.

— ¿Qué vas a intentar, Sandokán?

—Quiero desembarcar.

—Vamos a estrellarnos contra la playa.

— ¡Bah!... Salta, Yáñez.

—Tú estás loco...

En vez de responder, Sandokán lo agarró y lo depositó en la chalupa, y luego saltó dentro también él.

Una ola monstruosa entraba ahora en la bahía, rugiendo terriblemente.

— ¡Paranoa! —Gritó Sandokán—. Prepárate a dar una bordada.

— ¿Tengo que salir otra vez al mar? —preguntó el dayako.

—Vuelve a subir hacia el norte, poniéndote a la capa. Cuando el mar se haya calmado, vuelve aquí. —Está bien, capitán. ¿Pero vos?...

—Desembarcaré...

La chalupa fue nuevamente levantada. Se bamboleó un instante sobre la cresta de la inmensa ola y luego se precipitó hacia adelante, tocando nuevamente, pero las olas la envolvieron y la empujaron aún más hacia adelante, arrojándola contra el tronco de un árbol con tal violencia que los dos piratas fueron lanzados fuera. Sandokán, que había ido a caer en medio de un montón de hojas y ramas, se levantó enseguida, recogiendo las dos carabinas y las municiones.

Una nueva ola subía otra vez a la orilla. Alcanzó la chalupa, la envolvió durante un buen trecho, y luego la despedazó, sumergiéndola definitivamente.

— ¡Al infierno todos los enamorados! —gritó Yáñez, que se había levantado totalmente molido—. Estas son cosas de locos.

— ¿Ah, pero estás todavía vivo? —preguntó Sandokán riendo.

— ¿Querías que me hubiera desnucado?

—No me hubiera consolado nunca de ello, Yáñez. ¡Eh, mira el prao!

— ¿Cómo? ¿No se ha hecho a la mar?

El velero volvía a pasar entonces delante de la desembocadura de la bahía, corriendo con la velocidad de una flecha.

— ¡Qué compañeros más fieles! —Dijo Sandokán—. Antes de alejarse han querido cerciorarse de que habíamos desembarcado.

Se quitó de encima la larga faja de seda roja y la desplegó al viento. Un instante después, se oía un disparo sobre el puente del velero.

—Ya nos han visto —dijo Yáñez—. Esperemos que se salven.

El prao dio una bordada, reemprendiendo su marcha hacia el norte.

Yáñez y Sandokán permanecieron de pie sobre la playa en tanto pudieron divisarlo, y luego se ocultaron bajo los grandes vegetales para protegerse de la lluvia, que caía a cántaros.

— ¿Dónde vamos, Sandokán?

—No sé.

— ¿No sabes dónde estamos?

—Es imposible saberlo por ahora. No obstante, supongo que no estamos lejos del río.

— ¿De qué río estás hablando?

—Del que sirvió de refugio a mi prao después de la batalla contra el crucero.

— ¿Está cerca de ese lugar la quinta de lord James?

—A unas millas.

—Entonces hay que buscar primero esa corriente de agua.

—Por supuesto, Yáñez.

—Mañana exploraremos la costa.

— ¡Mañana! —Exclamó Sandokán—. ¿Crees que puedo esperar tantas horas y permanecer inactivo tanto tiempo? ¿Es que todavía no sabes que tengo fuego en las venas? ¿No te has dado cuenta de que estamos en Labuán, en la tierra donde brilla mi estrella?

— ¿Cómo quieres que no sepa que nos encontramos en la isla de los casacas rojas?

—Entonces deberías comprender mi impaciencia.

—No comprendo absolutamente nada, Sandokán —respondió tranquilamente el portugués—. ¡Por Júpiter! ¡Estoy aun completamente trastornado y pretendes que nos pongamos en camino con esta noche de infierno! Tú estás loco, hermano mío.

—El tiempo vuela, Yáñez. ¿No te acuerdas de lo que ha dicho el sargento?

—Perfectamente, Sandokán.

—De un momento a otro lord James puede refugiarse en Victoria.

—Desde luego no lo hará con este tiempo de perros.

—No bromees, Yáñez.

—No tengo ninguna gana de bromas, Sandokán. Vamos a ver, hablemos con calma, hermano mío. ¿Tú quieres ir a la quinta? ¿A qué?...

—A verla, al menos —dijo Sandokán con un suspiro.

—Y luego a cometer alguna imprudencia, ¿no?

—No.

— ¡Humm!... Bien me sé yo de lo que eres capaz. Calma, hermano mío. Piensa que somos dos solos y que en la quinta hay soldados. Esperemos a que los praos vuelvan, y luego actuaremos.

— ¡Pero si tú supieras lo que experimento cuando me encuentro en esta tierra! —exclamó Sandokán con voz ronca.

—Me lo imagino, pero no puedo permitirte que cometas locuras que pueden resultarte fatales. ¿Quieres trasladarte a la quinta para cerciorarte de que Marianna está allí todavía?... Iremos, pero después de que haya cesado el huracán. Con esta oscuridad y esta lluvia no podremos orientarnos ni encontrar el río. Mañana, cuando haya salido el sol, nos pondremos en camino. Ahora vamos a buscar un refugio.

— ¿Y tendré que esperar hasta mañana?

—No faltan más que tres horas hasta el alba.

— ¡Una eternidad!...

—Una miseria, Sandokán. Además, en el intervalo el mar puede calmarse, el viento disminuir su violencia, y los praos podrán volver aquí. Venga, vamos a echarnos bajo aquellas arecas de hojas desmesuradas, que nos protegerán mejor que una tienda, y esperemos a que despunte el alba.

Sandokán no se decidía a seguir aquel consejo. Miró a su fiel amigo, esperando persuadirlo todavía para marchar; luego cedió y se dejó caer junto al árbol, dando un largo suspiro.

La lluvia continuaba cayendo con extrema violencia y el huracán seguía alborotando tremendamente sobre el mar. A través de los árboles, los dos piratas veían amontonarse las olas rabiosamente y estrellarse contra la playa con ímpetu irresistible, rompiéndose y volviéndose a romper.

Mirando aquellas olas, que en vez de disminuir iban agigantándose cada vez más, Yáñez no pudo abstenerse de preguntar:

— ¿Qué será de nuestros praos con esta tempestad?... Sandokán, ¿tú crees que se salvarán? Si llegaran a naufragar, ¿qué sería de nosotros?

—Nuestros hombres son unos valientes marineros —respondió Sandokán—. Sabrán salir del atolladero.

— ¿Y si naufragasen?... ¿Qué podrías hacer tú sin su ayuda?

— ¿Qué haría?... Raptaría igualmente a la muchacha.

—Corres demasiado, Sandokán. Dos hombres solos, aunque sean dos tigres de la salvaje Mompracem, no pueden enfrentarse con veinte, treinta o quizá cincuenta mosquetes.

—Recurriremos a la astucia.

— ¡Humm!...

— ¿Me creerías capaz de renunciar a mi proyecto?... ¡No, Yáñez!... No volveré a Mompracem sin Marianna.

Yáñez no respondió. Encendió un cigarrillo y, cerrando los ojos, se tendió en medio de la hierba que estaba casi seca porque había sido protegida por las largas hojas del árbol.

Sandokán, en cambio, se levantó, dirigiéndose hacia la playa. El portugués, que no dormía, lo vio rodear los márgenes de la selva, unas veces subiendo hacia el norte y otras veces bajando hacia el sur.

Ciertamente estaba intentando orientarse y reconocer aquella costa que quizá había ya recorrido durante su estancia en la isla.

Cuando volvió, comenzaba a alborear. La lluvia había cesado hacía unas horas y el viento ya no rugía tan fuerte a través de los mil árboles de la selva.

—Sé dónde nos encontramos —dijo a Yáñez.

— ¡Ah!... —dijo este, disponiéndose a levantarse.

—El río debe de encontrarse hacia el sur y quizá no está lejos.

— ¿Quieres que vayamos a buscarlo?

—Sí, Yáñez.

—Espero que no te atreverás a acercarte a la quinta de día.

—Pero esta noche nadie me detendrá.

Luego añadió, con la entonación de una persona que quisiera expresar la eternidad:

— ¡Doce horas todavía!... ¡Qué tortura!

—En la selva el tiempo pasa pronto, Sandokán —respondió Yáñez, sonriendo.

—Vamos.

—Estoy dispuesto a seguirte.

Se echaron las carabinas a la espalda, se metieron las municiones en los bolsillos y se adentraron en la enorme selva, intentando, sin embargo, no alejarse demasiado de la playa.

—Evitaremos los profundos recodos y ensenadas que describe la costa — dijo Sandokán—. El camino quizá sea menos fácil, pero más corto.

—Ten cuidado, no vayas a equivocarte.

— ¡No temas, Yáñez!

La selva no presentaba más que raros pasadizos, pero Sandokán era un verdadero hombre de los bosques, que sabía arrastrarse como una serpiente y orientarse incluso sin sol y sin estrellas. Se dirigía hacia el sur, manteniéndose a poca distancia de la costa, para buscar ante todo el río en que se había escondido en la expedición anterior. Desde aquel punto no era difícil alcanzar la quinta, que el pirata sabía que se hallaba quizá a un par de kilómetros. Sin embargo, el camino, a medida que avanzaban hacia el sur, iba haciéndose cada vez más difícil a causa de los estragos que había hecho el huracán. Numerosos árboles, abatidos por el viento, obstaculizaban el paso, obligando a los dos piratas a hacer arriesgadas escaladas y a dar largas vueltas. Inmensos montones de ramas dificultaban su camino y marañas de lianas se enredaban en sus piernas, retardando la marcha.

No obstante, trabajando con el kriss, subiendo y bajando, saltando y escalando árboles y troncos caídos por tierra, avanzaban sin tregua, intentando siempre no alejarse demasiado de la costa.

Hacia el mediodía, Sandokán se detuvo, diciendo al portugués:

—Estamos cerca.

— ¿Del río o de la quinta?

—De la corriente de agua —respondió Sandokán—. ¿No oyes ese borboteo que repercute bajo estas frondosas bóvedas de verdura?

—Sí —dijo Yáñez, después de haber escuchado un instante—. ¿Es el mismo río que buscamos?

—No puedo engañarme. He recorrido estos lugares.

—Sigamos adelante.

Atravesaron lentamente el último borde de la enorme selva y diez minutos después se encontraron ante una pequeña corriente de agua, que desembocaba en una hermosa bahía, rodeada de árboles inmensos.

La casualidad los había conducido al mismo lugar donde habían atracado los praos de la primera expedición. Todavía se veían allí las vigas abandonadas del segundo, cuando, rechazado por el tremendo cañoneo del crucero, se había refugiado allí para reparar sus graves averías. En la orilla había pedazos de vergas, fragmentos de amuras, retazos de tela, cordajes, balas de cañón, cimitarras, hachas rotas y restos de diversos aparejos.

Sandokán lanzó una sombría mirada sobre aquellos restos que le recordaban su primera derrota y suspiró pensando en aquellos valientes que habían sido destruidos por el fuego implacable del crucero.

—Descansan allí, fuera de la bahía, en el fondo del mar —dijo a Yáñez con voz triste—. ¡Pobres muertos, todavía sin venganza!...

— ¿Fue aquí donde desembarcaste?

—Sí, aquí, Yáñez. Entonces yo era el invencible Tigre de Malasia, entonces no había cadenas alrededor de mi corazón ni visiones ante los ojos. Me batí como un desesperado, arrastrando a mis hombres al abordaje, con salvaje furor, pero me aplastaron. ¡El maldito que nos cubría de hierro y plomo estaba allí! ¡Me parece estar viéndolo todavía, como en aquella tremenda noche en que lo atacué a la cabeza de mis pocos valientes!... ¡Qué momento tan terrible, Yáñez, qué estrago! Todos cayeron, todos menos uno: ¡yo!

— ¿Deploras aquella derrota, Sandokán?

—No lo sé. Sin aquella bala que me hirió, quizá no hubiera conocido a la

muchacha de los cabellos de oro.

Calló y descendió hacia la playa, dirigiendo sus miradas bajo las azules aguas de la bahía; luego se detuvo con los brazos extendidos, señalando a Yáñez el lugar donde había sucedido el tremendo abordaje.

—Los praos reposan allá —dijo—. Quién sabe los muertos que habrá todavía dentro de sus cascos.

Se sentó sobre el tronco de un árbol, caído quizá de puro viejo, se cogió la cabeza entre las manos y se sumió en profundos pensamientos.

Yáñez lo dejó absorto en sus meditaciones y se aventuró entre los arrecifes, rebuscando en las grietas con un bastón acabado en punta, por ver si conseguía descubrir alguna ostra gigante.

Después de haber andado dando vueltas durante un cuarto de hora, volvió a la playa trayendo una tan grande que le costaba trabajo sostenerla.

Encender un buen fuego y abrirla fue para él cuestión de pocos instantes.

—Vamos, hermano mío, deja los praos bajo el agua y a los muertos en la boca de los peces, y ven a hincar el diente a esta exquisita pulpa. ¡Hala!, que por más que pienses y vuelvas a pensar no vas a hacer volver a flote ni a los unos ni a los otros.

—Es verdad, Yáñez —respondió Sandokán, suspirando—. Aquellos valientes no volverán a la vida jamás.

La comida fue exquisita. Aquella gigantesca ostra contenía una pulpa tan tierna y delicada, que puso de excelente humor al bueno del portugués, a quien el aire marino unido a la fragancia de la selva le habían aguzado extraordinariamente el apetito.

Terminada aquella comida abundantísima, Yáñez se disponía a tenderse bajo un soberbio durion, que sobresalía sobre la ribera del río, para fumarse beatíficamente un par de cigarrillos, pero Sandokán le indicó la selva con un gesto.

—La quinta está lejos quizá.

—¿No sabes exactamente dónde se encuentra?

—Vagamente, pues recorrí estos lugares presa del delirio.

—¡Diablo!

—¡OH, no temas, Yáñez! Yo sabré encontrar el sendero que conduce al jardín.

—Vamos, pues, ya que así lo quieres; pero cuidado con cometer

imprudencias.

—Estaré tranquilo, Yáñez.

—Una palabra más, hermano.

— ¿Qué quieres?

—Espero que aguardarás la noche para entrar en el jardín.

—Sí, Yáñez.

— ¿Me lo prometes?

—Tienes mi palabra.

—Entonces, en marcha.

Siguieron durante un trecho la orilla derecha del río, y después se lanzaron resueltamente a la gran selva.

Parecía que el huracán había azotado tremendamente aquella parte de la isla. Numerosos árboles, abatidos por el viento o por los rayos, yacían en el suelo; algunos se hallaban todavía semisuspendidos, habiendo sido sostenidos por las lianas; otros estaban enteramente tendidos en el suelo. Además había por todas partes matorrales destrozados y retorcidos, montones de hojas y de frutas, ramas despedazadas, en medio de las cuales aullaban varios monos que habían quedado heridos. A pesar de los numerosos obstáculos, Sandokán no se detenía. Continuó andando hasta que se puso el sol, sin vacilar jamás sobre el camino que seguir.

Caía la noche y ya Sandokán desesperaba de encontrar el río, cuando llegó de improviso ante un largo sendero.

— ¿Qué has visto? —le preguntó el portugués al verlo pararse.

—Estamos junto a la quinta —respondió Sandokán con voz ahogada—. Este sendero conduce al jardín.

— ¡Por Baco! Qué buena suerte, hermano mío. Ve delante, pero cuidado con hacer locuras.

Sandokán no esperó a que terminara la frase. Montó la carabina para no ser sorprendido desarmado, y se lanzó por el sendero con tanta prisa que el portugués se veía mal para seguirlo de cerca.

— ¡Marianna! ¡Divina muchacha!... ¡Amor mío!... —exclamaba, devorando el camino con creciente rapidez—. ¡No tengas miedo, ahora que estoy cerca de ti! En aquel momento el pirata habría derribado a un ejército entero por alcanzar la quinta. Ya no tenía miedo de nadie, la misma muerte no lo habría hecho retroceder.

Jadeaba, se sentía invadido por un fuego intenso que le ardía en el corazón y en el cerebro, agitado por mil temores. Temía llegar demasiado tarde, no volver a encontrar a la mujer tan intensamente amada, y cada vez corría más, olvidando toda prudencia, quebrando y arrancando las ramas de los matorrales, desgarrando impetuosamente las lianas, superando con saltos de león los mil obstáculos que le dificultaban el camino.

— ¡Eh, Sandokán, loco endemoniado! —Decía Yáñez, que trotaba como un caballo—. ¡Espera un poco a que te alcance! ¡Detente, por mil espingardas, o me harás reventar!

— ¡A la quinta!... ¡A la quinta!... —respondía invariablemente el pirata.

No se paró hasta que estuvo delante de la empalizada del jardín, más por esperar a su compañero que por prudencia o cansancio.

— ¡Uf! —exclamó el portugués, al llegar hasta él—. ¿Crees que soy un caballo para hacerme correr así? La quinta no se escapa, te lo aseguro, y además no sabes quién puede esconderse detrás de esa cerca.

—No tengo miedo de los ingleses —respondió el Tigre, presa de una viva excitación.

—Lo sé, pero, si dejas que te maten, no volverás a ver a tu Marianna.

—Pero yo no puedo quedarme aquí, tengo que ver a la lady.

—Calma, hermano mío. Obedece y verás cómo podrás ver algo.

Le hizo una señal para que se estuviera callado, y se encaramó a la cerca con la agilidad de un gato, mirando atentamente al jardín.

—Me parece que no hay ningún centinela —dijo—. Entremos, pues.

Se dejó caer del otro lado, mientras Sandokán hacía otro tanto y los dos juntos se adentraron silenciosamente en el jardín, manteniéndose escondidos detrás de los matorrales y de los parterres, con los ojos fijos en el edificio, que se distinguía confusamente entre las densas tinieblas.

Habían llegado así a un tiro de arcabuz, cuando Sandokán se detuvo de golpe, apuntando ante sí la carabina.

—Quieto ahí, Yáñez —murmuró.

— ¿Qué has visto?

—Hay unos hombres parados delante de la casa.

— ¿No será el lord con Marianna? Sandokán, a quien le latía con furia el corazón, se alzó lentamente y aguzó la mirada, mirando aquellas figuras humanas con profunda atención.

— ¡Maldición!... —murmuró, rechinando los dientes—. ¡Soldados!...

— ¡Oh, oh! La madeja se enmaraña —refunfuñó el portugués—. ¿Qué hacemos?

—Si hay aquí soldados, es señal de que Marianna se encuentra todavía en la quinta.

—Eso me parece también a mí.

—Entonces ataquémoslos.

— ¡Estás loco!... ¿Quieres que te fusilen? No somos más que dos y ellos quizá son diez, tal vez incluso treinta.

— ¡Pero tengo que verla! —exclamó Sandokán, mirando al portugués con ojos que parecían los de un loco.

—Cálmate, hermano mío —dijo Yáñez, aferrándolo con fuerza por un brazo, para impedirle cometer cualquier locura—. Cálmate y quizá la verás.

— ¿De qué modo?

—Esperemos a que se haga más tarde.

— ¿Y después?

—Tengo un plan. Túmbate aquí cerca, frena los impulsos de tu corazón y no te arrepentirás.

— ¿Pero los soldados?

— ¡Por Júpiter! Espero que se vayan a dormir.

—Tienes razón, Yáñez: ¡esperaré!

Se tendieron detrás de un frondoso matorral, de forma que no perdieran de vista a los soldados, y aguardaron el momento oportuno para actuar.

Pasaron dos, tres, cuatro horas, largas para Sandokán como cuatro siglos; finalmente los soldados volvieron a entrar en la quinta cerrando fragorosamente la puerta. El Tigre hizo el gesto de lanzarse hacia adelante, pero el portugués lo retuvo rápidamente; después lo arrastró bajo la oscura sombra de un grandísimo pombo y, cruzando los brazos y mirándolo fijamente, le preguntó:

—Vamos a ver, Sandokán: ¿qué esperas hacer esta noche?

—Verla.

— ¿Y crees que es tan fácil? ¿Has estudiado algún plan?

—No, pero...

— ¿Sabe la muchacha que estás aquí?

—No es posible.

—Entonces habrá que llamarla.

—Sí.

—Y los soldados saldrán, porque no podemos pensar que estén sordos, y nos cazarán a tiros de carabina.

Sandokán no respondió.

—Ya ves, mi pobre amigo, que esta noche no podrás hacer nada.

—Puedo trepar hasta su ventana —dijo Sandokán.

— ¿No has visto a aquel soldado emboscado junto a la esquina del pabellón?

— ¿Un soldado?...

—Sí, Sandokán. Mira: se ve brillar el cañón de su fusil.

— ¿Entonces qué me aconsejas hacer? ¡Habla! ¡La fiebre me devora!

— ¿Sabes qué parte del jardín suele frecuentar la muchacha?

—Todos los días iba a bordar en el quiosco chino.

—Magnífico. ¿Dónde se encontraba?

—Está cerca de aquí.

—Llévame allí.

— ¿Qué quieres hacer, Yáñez?

—Tenemos que avisarla de que estamos aquí.

El Tigre de Malasia, a pesar de que estaba experimentando todas las penas del infierno al alejarse de aquel lugar, se dirigió a un paseo lateral y condujo a Yáñez al quiosco.

Era un pequeño y hermoso pabelloncito de paredes horadadas, decorado con vivos colores y rematado en una especie de cúpula de metal dorado, erizada de púas y de dragones chillones.

A su alrededor se extendía un bosquecillo de lilas y de grandes parterres con rosas de China que exhalaban penetrantes perfumes.

Yáñez y Sandokán, después de haber montado las carabinas, ya que no estaban seguros de que estuviera desierto, entraron en él. No había nadie.

Yáñez encendió un fósforo y vio encima de una ligerísima mesa un cestillo

que contenía encajes e hilo, y al lado un laúd incrustado de madreperlas.

— ¿Son cosas tuyas? —preguntó Yáñez.

—Sí —respondió este con acento de infinita dulzura—. Es su lugar preferido. Aquí esa divina muchacha viene a respirar el aire embalsamado de las lilas en flor, aquí viene a cantar las dulces canciones de su país nativo, y aquí me juró amor eterno.

Yáñez sacó de un librito una cuartilla de papel, rebuscó en un bolsillo y, habiendo encontrado un trozo de lápiz, mientras Sandokán encendía otro fósforo, escribió las siguientes palabras:

Desembarcamos ayer durante el huracán. Mañana por la noche estaremos a medianoche bajo vuestra ventana. Procuraos una soga para ayudar a subir a Sandokán.

—Espero que mi nombre no le resultará desconocido —dijo.

— ¡Oh, no! —Respondió Sandokán—. Ella sabe que eres mi mejor amigo.

Yáñez dobló la carta y la puso en el cestillo de labor, de modo que se pudiese ver enseguida, mientras Sandokán, habiendo arrancado unas rosas de China, se las echaba encima.

Los dos piratas se miraron al rostro el uno al otro a la pálida luz de un relámpago; el uno estaba sereno; el otro, presa de una gran emoción.

—Vamos, Sandokán —dijo Yáñez.

—Te sigo —respondió el Tigre de Malasia, reprimiendo un suspiro.

Cinco minutos después saltaban la empalizada del jardín, volviendo a internarse en la selva tenebrosa.

XV. La cita nocturna

La noche era tempestuosa, pues aún no se había calmado el huracán.

El viento rugía y ululaba en mil tonos diferente entre los boscajes, retorciendo las ramas de las planta y haciendo revolotear por el aire masas de follaje, de blando y tumbando los árboles jóvenes y sacudiendo poderosamente los añosos. De cuando en cuando, relámpagos deslumbrantes rompían las espesas tinieblas y los rayos caían abatiendo e incendiando las más alta plantas de la selva.

Era una verdadera noche de infierno, una noche propicia para intentar un

audaz golpe de mano en la quinta. Desgraciadamente los hombres de los praos no estaban allí para ayudar a Sandokán en la temeraria empresa.

A pesar de que el huracán se recrudecía, los dos piratas no se paraban. Guiados por la luz de los relámpagos, intentaban llegar al río para ver si algún prao había podido refugiarse en la pequeña bahía.

Sin preocuparse de la lluvia que caía a torrentes, pero guardándose bien de dejarse aplastar por las gruesas ramas que el viento desgajaba, tras dos horas llegaron inesperadamente junto a la desembocadura del río, mientras que para ir a la quinta habían empleado doble tiempo.

—Nos hemos guiado mejor en medio de la oscuridad que en pleno día —dijo Yáñez—. Ha sido una verdadera suerte en una noche como esta.

Sandokán bajó a la ribera y esperó un relámpago para lanzar una rápida mirada sobre las aguas de la bahía.

—Nada —dijo con voz sorda—. ¿Les habrá ocurrido alguna desgracia a mis barcos?

—Yo creo que no habrán abandonado todavía sus refugios —respondió Yáñez—. Se habrán dado cuenta de que amenazaba estallar otro huracán y, como gente prudente, no se habrán movido. Ya sabes que no es fácil desembarcar aquí cuando están alborotados los vientos y las olas.

—Tengo vagas inquietudes, Yáñez.

—¿Qué temes?

—Que hayan naufragado.

—¡Bah! Nuestros barcos son sólidos. Dentro de unos días los veremos llegar. Los citaste en esta pequeña bahía, ¿no es cierto?

—Sí, Yáñez.

—Vendrán. Busquemos un abrigo, Sandokán. Llueve a chaparrón y este huracán no se calmará tan pronto.

—¿Adónde ir?

—Tenemos la cabaña construida por Giro-Batol durante su estancia en esta isla, pero dudo que pueda encontrarla.

—Vamos a meternos en medio de aquel bosquecillo de plátanos. Las gigantescas hojas de esas plantas nos protegerán.

—Es mejor construir un attap, Yáñez.

—No había pensado en eso. Dentro de unos minutos podemos tenerlo hecho. Sirviéndose del kriss, cortaron algunos bambúes que crecían en las

orillas del río y los asentaron bajo un soberbio pombo, cuyo espesísimo follaje era casi suficiente para protegerlos de la lluvia. Una vez cruzados los bambúes como el esqueleto de una tienda, los cubrieron con las gigantescas hojas de los plátanos, superponiéndolas de modo que formaran dos techos con vertiente.

Como Yáñez había dicho, bastaron pocos minutos para construir aquel abrigo. Los dos piratas se metieron debajo, llevando consigo un racimo de plátanos, y luego, tras una cena compuesta únicamente por aquella fruta, intentaron dormir un poco, mientras el huracán se desencadenaba con mayor violencia, con acompañamiento de relámpagos y de truenos ensordecedores.

La noche fue pésima. Varias veces Yáñez y Sandokán se vieron obligados a reforzar la cabañuca y a volver a cubrirla con ramas y hojas de plátano para protegerse de aquella lluvia diluvial e incesante. Sin embargo, hacia el alba el tiempo se calmó un poco, permitiendo a los dos piratas dormir tranquilamente hasta las diez de la mañana.

—Vamos a buscar la comida —dijo Yáñez cuando se despertó—. Espero volver a encontrar otra ostra colosal.

Se dirigieron hacia la bahía, siguiendo la orilla meridional y, rebuscando en los numerosos arrecifes, consiguieron procurarse varias ostras de increíble tamaño y algunos crustáceos. Yáñez añadió plátanos y algunos pombos, naranjas bastante grandes y muy succulentas. Terminada la comida, remontaron la costa hacia el septentrión, esperando descubrir alguno de sus praos, pero no vieron a nadie navegando por el mar.

—La borrasca no les habrá permitido volver a bajar al sur —dijo Yáñez a Sandokán—. El viento ha soplado constantemente del mediodía.

—Sin embargo, estoy muy inquieto por su suerte, amigo —respondió el Tigre de Malasia—. Este retraso está haciendo nacer en mí graves temores.

— ¡Bah!... Nuestros hombres son unos marinos muy hábiles.

Durante gran parte del día estuvieron dando vueltas por la playa, y después, hacia la puesta del sol, volvieron a entrar en el bosque para acercarse a la quinta de lord James Guillonk.

— ¿Crees que Marianna habrá encontrado nuestra carta? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—Estoy seguro de ello —respondió el Tigre.

—Entonces acudirá a la cita.

—Si está libre...

— ¿Qué quieres decir, Sandokán?

—Temo que lord James la vigile estrechamente.

— ¡Diablo!

—Sin embargo, nosotros iremos igualmente a la cita, Yáñez. El corazón me dice que la veré.

—Siempre que no cometas imprudencias. En el jardín y en la quinta es fácil que haya soldados.

—De eso estoy seguro.

—Intentaremos no dejarnos sorprender.

—Actuaré con calma.

— ¿Me lo prometes?

—Sí.

—Entonces, andando.

Avanzando lentamente, con los ojos en guardia, aguzados los oídos, espiando prudentemente entre las espesas frondas y matorrales, para no caer en alguna emboscada, hacia las siete de la tarde llegaron a las proximidades del jardín. Quedaban aún unos pocos minutos de crepúsculo y podían bastar para examinar la quinta.

Después de haberse cerciorado de que no había escondido ningún centinela por los alrededores, se acercaron a la empalizada y, ayudándose el uno al otro, la escalaron.

Se dejaron caer de la otra parte y sé arrojaron en medio de los parterres, devastados en gran parte por el huracán, y se escondieron en un grupo de peonías de China.

Desde aquel lugar podían observar cómodamente lo que sucedía en el jardín e incluso en la quinta, pues solo tenían ante sí unos cuantos árboles.

—Veo un oficial en una ventana —dijo Sandokán.

—Y yo un centinela que vigila la esquina de la quinta —añadió Yáñez—. Si ese hombre se queda allí después de que caigan las tinieblas, nos va a molestar no poco.

—Lo despacharemos —dijo Sandokán resueltamente.

—Sería mejor sorprenderlo y amordazarlo. ¿Tienes tú alguna cuerda?

—Tengo mi faja.

—Magnífico y... ¡Ah, bribones!

— ¿Qué pasa, Yáñez?

— ¿No ves que han puesto rejas en todas las ventanas?

— ¡Maldición de Alá!... —exclamó Sandokán con los dientes apretados.

—Hermano mío, lord James debe conocer muy bien la audacia del Tigre de Malasia.

— ¡Por Baco! ¡Cuántas precauciones!...

—Entonces Marianna estará vigilada.

—Desde luego, Sandokán.

—Y no podrá acudir a mi cita.

—Es probable —dijo Yáñez.

—Pero la veré igualmente.

— ¿De qué modo?

—Escalando la ventana. Tú ya habías previsto esto y le habíamos escrito que se procurase una cuerda.

— ¿Y si nos sorprenden los soldados?

—Lucharemos.

— ¿Los dos solos?

—Tú sabes que tienen miedo de nosotros.

—No digo que no.

—Y que nosotros luchamos como diez hombres.

—Sí, cuando las balas no nievan demasiado espesas. ¡Eh!... Mira, Sandokán.

— ¿Qué has visto?

—Un grupo de soldados que abandona la quinta —respondió el portugués, que se había izado sobre una gruesa raíz de un pombo cercano para observar mejor.

— ¿Dónde van?

—Abandonan el jardín.

— ¿No irán a vigilar los alrededores?

—Eso me temo.

—Mejor para nosotros.

—Sí, quizá. Y ahora esperemos la medianoche.

Encendió con precaución un cigarrillo y se tendió al lado de Sandokán, fumando tranquilamente como si se encontrase sobre el puente de uno de sus praos.

Sandokán, en cambio, roído por la impaciencia, no podía estarse quieto un instante. De cuando en cuando se levantaba para escudriñar las tinieblas, intentando averiguar lo que sucedía en la casa del lord o descubrir a la jovencita. Vagos temores lo agitaban. Podría ocurrir que le hubieran preparado una trampa en el interior de la habitación. Quizá la carta había sido encontrada por alguien y mostrada a lord James en vez de a Marianna.

No pudiendo contenerse más, continuaba preguntando a Yáñez, pero este fumaba sin responderle.

Por fin llegó la medianoche. Sandokán se levantó de un salto, dispuesto a lanzarse hacia la casa, incluso a riesgo de encontrarse de improviso frente a los soldados de lord James.

Sin embargo, Yáñez, que también se había puesto en pie, lo agarró por un brazo.

—Despacio, hermanito —le dijo—. Me has prometido ser prudente.

—Ya no temo a nadie —dijo Sandokán—. Estoy decidido a todo.

—Se me encoge la piel, amigo. Olvidas que hay un centinela junto a la quinta.

—Pues vamos a matarlo.

—Hace falta que no dé la alarma.

—Lo estrangularemos.

Dejaron el matorral de peonías y empezaron a arrastrarse entre los parterres escondiéndose detrás de los arbustos y de las rosas de China, que crecían en gran número.

Habían llegado a unos cien pasos de la casa, cuando Yáñez detuvo a Sandokán.

— ¿Ves a ese soldado? —le preguntó.

—Sí.

—Me parece que se ha dormido, apoyado en su fusil.

—Tanto mejor, Yáñez. Ven y estate dispuesto a todo.

—Tengo preparado mi pañuelo para amordazarlo.

—Y yo tengo en la mano el kriss. Si da un grito lo mato.

Se arrojaron ambos en medio de un espeso parterre que se prolongaba en dirección al pabellón y, arrastrándose como dos serpientes, llegaron a pocos pasos del soldado.

Aquel pobre joven, seguro de no ser molestado, se había apoyado en la pared de la casa y dormitaba con el fusil entre las manos.

— ¿Preparado, Yáñez? —preguntó Sandokán con un hilo de voz.

—Adelante.

Sandokán, con un salto de tigre, se arrojó sobre el joven soldado y, aferrándolo estrechamente por la garganta, lo derribó de un empujón irresistible.

Yáñez se había lanzado también. Con mano rápida amordazó al prisionero y le ató las manos y las piernas, diciéndole con voz amenazante:

— ¡Cuidado, eh!... Si haces el más mínimo gesto, te hundo el kriss en el corazón.

Después, volviéndose hacia Sandokán:

—Ahora a tu muchacha. ¿Sabes cuáles son sus ventanas?

— ¡Oh, sí! —exclamó el pirata, que ya estaba mirándolas fijamente—. Ahí están, encima de ese emparrado. ¡Ah, Marianna! ¡Si supieras que estoy aquí!
...

—Ten paciencia, hermano mío, que si el diablo no mete el rabo de por medio, la verás.

De pronto, Sandokán retrocedió, dando un verdadero rugido.

— ¿Qué pasa? —preguntó Yáñez palideciendo.

— ¡Han cerrado sus ventanas con rejas!

— ¡Diablo!... ¡Bah, no importa!

Recogió un puñado de piedrecillas y lanzó una de ellas contra los cristales, produciendo un ligero rumor. Los dos piratas esperaron conteniendo la respiración, poseídos de una viva emoción.

Ninguna respuesta. Yáñez lanzó otra piedrecilla, luego otra y enseguida la cuarta.

De improviso se abrieron los cristales, y Sandokán, a la azulada luz del astro nocturno, descubrió una forma blanca que reconoció enseguida.

— ¡Marianna! —silbó, alzando los brazos hacia la jovencita, que se había inclinado sobre la reja.

Aquel hombre tan enérgico, tan fuerte, vaciló como si hubiera recibido una bala en medio del pecho y permaneció allí, como si estuviera desvariando, con los ojos muy abiertos, pálido y tembloroso.

Un ligero grito se desbordó del pecho de la joven, que había reconocido enseguida al pirata.

—Ánimo, Sandokán —dijo Yáñez, saludando galantemente a la jovencita—. Sube a la ventana, pero despacha pronto, porque aquí no sopla buen viento para nosotros.

Sandokán se lanzó hacia la casa, trepó por el emparrado y se agarró a las rejas de la ventana.

— ¡Tú, tú!... —exclamó la jovencita loca de alegría—. ¡Gran Dios!

— ¡Marianna! ¡Oh, mi adorada muchacha! —Murmuró con voz ahogada, cubriéndole las manos de besos—. ¡Por fin vuelvo a verte! Eres mía, ¿verdad? ¡Mía, aún mía!

—Sí, tuya, Sandokán, en la vida y en la muerte —respondió la vaporosa joven—. ¡Verte otra vez aun después de haberte llorado por muerto! ¡Qué alegría tan grande, amor mío!

— ¿Entonces creías que me habían matado?

—Sí, y he sufrido mucho, inmensamente, creyéndote perdido para siempre.

—No, querida Marianna, no muere tan pronto el Tigre de Malasia. He pasado sin ser herido por medio del fuego de tus compatriotas, he atravesado el mar, he llamado a mis hombres y he vuelto aquí a la cabeza de cien tigres, dispuesto a todo por salvarte.

— ¡Sandokán, Sandokán!

—Escucha ahora, Perla de Labuán —prosiguió el pirata—. ¿Está aquí el lord?

—Sí, y me tiene prisionera, temiendo tu llegada.

—Ya he visto a los soldados.

—Sí, y hay muchos soldados que vigilan día y noche en las habitaciones inferiores. Estoy rodeada por todas partes, encerrada entre rejas y bayonetas, en la absoluta imposibilidad de dar un paso abiertamente. Mi valiente amigo, temo que no podré jamás llegar a ser tu mujer, que no podré jamás ser feliz, porque mi tío, que ahora me odia, no consentirá jamás en emparentar con el Tigre de Malasia y hará todo lo posible por alejarnos, por interponer entre los dos la inmensidad del océano y la inmensidad de los continentes.

Dos lágrimas —dos perlas— cayeron de sus ojos.

— ¡Lloras! —Exclamó Sandokán con amargura—. No llores, amor mío, o me volveré loco y cometeré cualquier locura. ¡Óyeme, Marianna! Mis hombres no están lejos; hoy son pocos, pero mañana o pasado mañana serán muchos, y tú sabes qué clase de hombres tengo. A pesar de que el lord levante barricadas en torno a la quinta, entraremos en ella, aunque tengamos que incendiarla o derribar sus muros. Yo soy el Tigre, y por ti me siento capaz de pasar a hierro y fuego no ya a la quinta de tu tío, sino a toda Labuán. ¿Quieres que te rapte esta noche? No somos más que dos, pero, si quieres, romperemos las rejas que te tienen prisionera, aunque tengamos que pagar con nuestra vida tu libertad. Habla, habla, Marianna. ¡Mi amor por ti me vuelve loco y me infunde fuerza suficiente para expugnar yo solo esta quinta!

— ¡No, no!... —exclamó ella—. ¡No, mi valiente! Si tú mueres, ¿qué será de mí? ¿Crees que yo sobreviviría? Tengo confianza en ti, sí, tú me salvarás, pero lo harás cuando hayan llegado tus hombres, cuando seas fuerte, suficientemente poderoso para aplastar a los que me tienen prisionera o para romper las rejas que me encierran.

En aquel instante se oyó bajo el emparrado un ligero silbido. Marianna se sobresaltó.

— ¿Has oído? —preguntó.

—Sí —respondió Sandokán—. Es Yáñez que se impacienta.

—Quizá ha descubierto un peligro, Sandokán. Quizá en las sombras de la noche se oculta algo grave para ti, mi valiente amigo. ¡Gran Dios! ¡Ha llegado la hora de la separación!

— ¡Marianna!

— ¡Si no volviéramos a vernos más...!

—No digas eso, amor mío; yo sabré encontrarte en cualquier parte adonde te lleven.

—Pero entretanto...

—Se trata tan solo de unas pocas horas, amada mía. Quizá mañana llegarán mis hombres y destruirán estas murallas.

El silbido del portugués volvió a oírse otra vez.

—Vete, mi noble amigo —dijo Marianna—. Quizá estás corriendo grandes peligros.

— ¡Oh, no los temo!

—Vete, Sandokán, te lo ruego, vete antes de que te sorprendan.

— ¡Dejarte!... No sé decidirme a abandonarte. ¿Por qué no habré traído a

mis hombres aquí? Habría podido asaltar de improviso esta casa y raptarte.

— ¡Huye, Sandokán! He oído pasos en el corredor.

— ¡Marianna!... En aquel momento se oyó en la habitación un grito feroz.

— ¡Miserable! —tronó una voz.

El lord, porque era precisamente él, cogió a Marianna por los hombros, intentando arrancarla de las rejas, mientras se oía levantar los cerrojos de la puerta de la planta baja.

— ¡Huye! —gritó Yáñez.

— ¡Huye, Sandokán! —repitió Marianna.

No había un momento que perder. Sandokán, que ya se veía perdido si no huía, de un salto inmenso atravesó el emparrado, precipitándose en el jardín.

(La narración de esta obra sigue en *La última batalla*).

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es